







DE GUANTE BLANCO
CUENTOS

Juan F. Muñoz Pabón, Pbro.

DE GUANTE BLANCO

CUENTOS

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica



SEVILLA
IMP. Y LIB. DE SOBRINOS DE IZQUIERDO
FRANCOS, 43, 45 Y 47
1916



R. 52844

Esta obra es propiedad del
Autor y queda hecho el depósito
que previene la ley.

Dirijanse los pedidos a los Se-
ñores Sobrinos de Izquierdo, ca-
lle de Francos, 43 a 47.—Sevilla.

Al Sr.

D. Miguel de Quesada y Dénis.

El libro que le ofrezco no vale ni tres cominos, ¿sabe V? No vaya V. a encandilarse con el título.

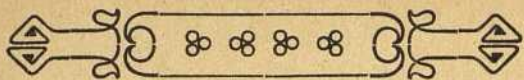
Pero ¿qué hace el literato que quiere agasajar a un amigo con la dedicatoria de una obra, sino echar mano a lo que tiene y ofrecerlo como ello es? Conténtese V., pues, con lo que le doy, que es todo lo que tengo y no vaya V. a hacer conmigo lo que hizo con su pobre víctima el ladrón del cuento.

Fué sorprendido por un ladrón en una callejuela un señor con fama de rico en el lugar. Pistola en ristre o cuchillo en mano y al conjuro de «la bolsa o la vida» lo registró de la cabeza hasta los piés; y, como no le en-

contrase en los bolsillos sino unos siete reales, o sea: tres en calderilla y una peseta en plata, el ladrón montó en cólera, y dándole una bofetada de padre y señor mío por el desfalco, húbole de decir:—¡No le da a V. vergüenza, so tío indecente, de salir de su casa, a estas horas de la noche, sin una mala capa, ni un triste reló, sino con siete reales... cochinos, pa burlarse de los padres 'e familia que se expongan a una quincena en la casilla por una gorriná de menos 'e dos pesetas? ¡Largo de aquí, so jambarrera, so timaó!

Suyo, suyísimo,

JUAN F. MUÑOZ PABÓN.



METEMUERTOS

I

—Y sobre todo, que no se le olvide a usted decirle muy clarito ¡pero muy clarito! que yo no soy metemuertos, ni lo he sido en mi vida. Que si mi hermana ha roto con él y lo ha puesto en donde cantan los empedradores, no es porque yo le haya metido mal corazón, ni se lo haya metido nadie. Ella, y nada más que ella, con esos ojos que se ha de comer la tierra, fué quien lo estuvo viendo en el teatro toda la noche, dándose el agua a buchec con la recoquetoncísima de Pilar Albentos, y ya usted sabe las hablillas que ha habido siempre, ¡eso sí, con razón!..., que parece mentira que haya madres que consientan ciertas

cosas....., y buena es mamá para tolerarnos a nosotras ni la millonésima parte. De modo que, si Laura lo ha desahuciado, es porque le ha salido de donde salen las cosas y él le ha dado sobradísimos motivos para acabar de una vez con semejante títere. ¡Para que venga ahora poniéndome a mí de metemuertos, en el casino y en donde encarta, como ayer en el té de la cursiloncísima de la Gobernadora!..... ¡Mire usted yo, que por lo mismo mismísimo que le he tenido ojeriza desde que éramos tamañitos así, porque es cosa que siempre me ha reventado las hieles el alma mía..... pues bueno: por lo mismo, no he querido decirle nunca a Laura, ¡créalo usted como tenemos que darle cuenta a Dios!....., ¡vaya! ni lo más mínimo; primero, para que ella, que sabe que él siempre me ha hecho sangre torcida, no dudara del desinterés de mis consejos y se casara con él si le petaba, porque malo, lo que se llama mal muchacho, la verdad, nunca lo ha sido, aunque, eso sí, no tiene pizca de educación; y eso de andar con malos nombres a todo el mundo, eso está muy feísimo; y segundo, para que fuera ella quien se fuera convenciendo por

propia experiencia, como se ha convencido, aunque tarde, de que es un mariposón de todos los demontres, más sin asiento que una veleta, y más enamorado que Cupido.

¡Mire usted que yo metemuertos!.... ¡Vamos! ¡Si cada vez que me acuerdo de la cosa, le..... daba un abanicazo en mitad de la frente..... que le rompía los padrones! Que diga mamá, que está presente y que no me dejará mentir, si le he dicho jamás ni nunca, ni a ella misma, ni media palabra..... Lo que tiene, es que él se ve en la precisión de sincerar en todas partes el par de banderillas de fuego que se le han puesto, y alguien es menester que pague los vidrios rotos. Y mire usted por dónde, huyendo yo del perejil, me nació en la frente: por dónde yo, que no he desplegado mis labios, y eso que unas se me iban y otras me venían, he tenido que cargar con las pedradas y adquirir fama por ahí de sacasillas y metemuertos.

¡Cuando le digo a usted que no quisiera más en el mundo que tropezármelo por ahí, donde nadie nos oyera, para decirle las tres verdades del barquero! Un ojo de

la cara yo daba por un ratito de explicoteos con él. ¡Danzante! ¡¡Zascandil!!

Tal decía a gritos, por cierto con soberana voz de contralto, y nada menos que al Señor Deán, una muchacha de hasta unos cuatro lustros, alta de estatura y grandiosa de proporciones, de hermosura de judía..... que fuese muy hermosa, y de ojos «con mucha noche», como diría Góngora, hija menor de los Condes de Salobrejo, señores de tan ranciosa alcurnia, como holgada hacienda, que vivieron, cuando vivían los dos, en inmensurable casona de plateresca portada, frente por frente a la famosa puerta de los Olmos de una de las catedrales de Andalucía.

El señor Deán, íntimo amigo de la casa, como camarada de colegio del difunto Conde consorte, y director espiritual de la Condesa y de las niñas, se reía a mandíbula batiente de la corajina tan atroz y tan sin pizca de motivo, según él, que el dicho o mote de *Metemuertos* había causado en la arrogante moza, quien, un si es no es picada en su amor propio por la poquísima importancia que daba a su rabieta su interlocutor, prosiguió, esgrimiendo a guisa de ba-

tuta el abanico japonés, con peligro inminente de volcar el vaso de naranjada con hielo que saboreaba a pequeños sorbos el señor Deán:

—Sí, señor, Señor Deán: ¿a qué, ni para qué, tiene él que ponerme a mí motes? ¿No tenía bastante con ponerme *Moraima*, que no me conoce nadie por Asunción de Haro, sino *Moraima* por activa y por pasiva, y hasta señorita *Moraima*, como me dijo ayer una pobre en la calle, que le dí la limosna que me pedía, por no darle un guantazo, del coraje que me dió?..... Sí: ríete tú....., palomica sin hiel, mosquita muerta—esto a su hermana, sentada en una mecedora junto a una columna de las del hermosísimo patio, ocupada en hacer una biznaga de jazmines, de un montón de capullos que tenía en la falda,—ríete tú,

..... mientras pían
Estos tristes pajarillos.

Y al señor Deán se le veía hasta la última muela..... postiza.—Tú, que has tenido la culpa de que haya yo cargado con el mochuelo, ríete ahora de mi desgracia. Si tú fueras otra, ¡que no lo eres!, dirías al señor Deán ¡y a todo el mundo! el espiritual pa-

rentesco. — Y la envolvió en una mirada que era una acusación.

— ¡Asunción, chárlalo todo! — gritó Laura, asustada de lo que se le venía encima.

— Pues lo que es al Señor Deán se lo digo, o reviento.

— Mire V. que no hay nada todavía, Señor Deán — se adelantó a decir la delatada, poniéndose el parche antes de que le saliera el grano.

— ¿Qué más querías que hubiera, so ambiciosa?... ¿El «dan a usted cuenta de su efectuado enlace?»..... Aquí donde usted la ve, Señor Deán, con ese aire de santa de vestir, y con esa fama de niña juiciosa que usted le da, es una coquetoncilla de todos los demonios. Y si ha puesto la ceniza en la frente a..... el interfecto, es porque primo Carlos se ha decidido al fin.

— Asunción, no digas tal cosa — corrigió muy severamente D.^a Angustias.

— ¡Ay, que chiquilla tan parlotera! — *epifonemó* la hermana, roja como una guinda.

— Mira, mamá; quien no la haga, que no la tema — dijo muy formalmente *la Metemuertos*: — el Señor Deán es como de la familia, ya ves, nuestro confesor, y hay que de-

cirle las cosas sin ambages y sin rodeos. Bueno que a los demás se les guarde el incógnito y nos echemos un candado en los labios, para que no pierda en su reputación de santa esta..... martillo de los herejes—y le dió un abanicazo en el hombro a su hechicera *rea*;—pero lo que es al Señor Deán no se le debe andar con paños calientes, y yo quiero decírselo, a fin de que se persuada de con cuantísima sinrazón me ha puesto *Metemuertos* ese danzante. Ahí donde usted la ve, Señor Deán, que parece que no ha roto plato en toda su vida, con ese continente perpetuo de niña de primera comunión, será dentro de un año, a más tardar, Marquesa de los Infanzones, Grande de España de primera clase, y, lo que vale para ella más que todos los marquesados y todas las Grandezas, mujer propia y legítima del ave fría de su primo Carlos, Gentilhombre de Cámara con ejercicio y servidumbre, más sin gracia que un huevo sin sal, y más fino que un canónigo, porque yo no he visto gente mas fina que ustedes, Señor Deán: ¡cuidado con lo de reverencias que se hacen ustedes en aquel coro, por qué tame allá esas pajas!

—Pero ¿ha visto usted, Señor, cascos más a la jineta que los de esta criatura? Crea usted que lo de las relaciones de mi sobrino con Laura ha sido mucho después del rompimiento con Pepe Figuerola. Si no, ni Laura es capaz de semejante incorrección, ni yo, créalo usted, lo hubiese tolerado. Es que aquí no se ganaba para disgustos, porque Laura es picajosilla, como buena Haro, y él es, y será siempre, más enamorado que borrico de sardinero. Así es que lo mejor que ha podido hacerse es cortar por lo sano, como se ha cortado, porque esto era un tiberio a cada hora de las veinticuatro que tiene el día; y, para que fueran desventurados el día de mañana, mejor ha sido hacer a ocho lo que hubiera habido que hacer a ochenta, y él en su casa y nosotras en la nuestra y Dios en la de todos, y quiere decir que más se lleva el demonio al cabo del año. Ahora bien: ¿que Carlos, al enterarse de que estaba levantada la veda, por decirlo así, la ha pretendido, y ella ha aceptado de muy buen talante? Prontillo me ha parecido, y así se lo dije a los dos: pero..... ¡cualquiera baraja a la gente menuda de hoy en día! ¡El anarquismo, Señor

Deán, el anarquismo infiltrándose en todo!

—Para que vea usted, Señor Deán—concluyó con aire de triunfo Moraima,—si hay razón para que ese zascandil me llame *Metemuertos*..... ¡Por los clavos de Cristo, que se lo diga usted! ¡Es muy triste salir condenado en costas, sin haber tenido que ver nada en el pleito! Así: ¡que yo no he tenido nada, pero nada, en la torta!

II

—Si, señor, que lo he dicho. Y ahora que sé que le duele, desde las cuatro caras de la torre de la catedral, como los clarines del día de San Pedro, me voy a llevar diciéndolo hasta que se me seque la campanilla: ¡*Metemuertos!* ¡¡*Metemuertos!!*

Por más que no se me oculta a mí que quien ha tenido la culpa definitivamente no ha sido ella, sino el primo Carlos, que al fin se ha decidido su señoría, aunque ellas lo están negando hasta con la mano puesta sobre los Evangelios. Pero esto no obsta a que ella no haya hecho por su parte cuanto ha podido y otro tanto más.

¡Cuidado con la tirria que me ha tomado

por..... la galantería, después de todo, de haberle puesto *Moraima!* ¡Mire usted qué estupidez tan grande! ¡Decir que era nombre de perra, cuando es, como usted sabe perfectamente, el nombre de la mujer de Boabdil!... Pues desde entonces, créalo usted, me ha tomado por delante, y es cosa que no me puede pasar ni en píldoras, aunque en eso estamos en paz: porque si yo le choco a ella como dos, ella me choca a mí como media docena, y ahora, con la trastada que me ha hecho, me ha acabado de emparrar el canasto. ¿Querrá usted creer que hasta me hace un mohín de..... granuja cada vez que me encuentra en la calle, y se me queda mirándome con aquellos ojazos de..... gitana maligna, como pidiendo guerra?

Y todo el motivazo que ha habido, o sea las *razones de decoro*, como en su carta de despedida me decía la otra, todo el motivo fué estar yo en la platea de Rafael Alben-
tos, creo que dos entreactos nada más, la noche del beneficio de la Cobeña, de pali-
que con Pilarillo, que, la verdad, me gusta como amiga, porque tiene la arrastrada la gracia a esportones, y hasta allí las salinas

de San Fernando. Pues bien: luego he sabido que Pilar está de monos con las Salobrejo, creo que desde el nombramiento de reina de los Juegos florales.... ¡Puntillos de mujeres! así es, que la Pilar, con la sana intención de hacerle tragar el paquete a Laura, me estuvo entreteniendo toda la santa noche (porque ahora recuerdo que los dos últimos actos de *La Niña boba* los pasé en la platea, de parloteo con Pilar), y a esto se han agarrado para sacarme el billete de ida sólo, y dejarme a la luna de Valencia y con tres cuartas de narices.

¿Que esto es obra de *Moraima*? ¡Como si lo viera! Ella no me quitó ojo en toda la noche, primero, y..... segundo y principal y tercero y guardilla: ella no me pasa a mí ni con chocolate y lo que es la trastada, me la tenía que hacer. ¿Cree usted que si ella, que es la que lleva ahí la voz cantante, no hubiese firmado la real orden, Laura, que me ha tolerado mucho más, se arranca tan por peteneras, ni la.... tonta de la madre, que, en medio de todo, me ha querido siempre bien, consiente que se me pusiese semejante vara?..... Porque mire usted, Señor Deán, que la cosa chorrea sangre. Al

cabo de año y medio de relaciones públicas, porque novio más paseado no se ha visto, dárseme un revolcón tan sin miramientos, eso, Señor Deán, es para mamárselo, como yo me lo he mamado, y para salir poniéndolas como, sí, señor: las he puesto, cada y cuando a pelo ha venido: de coqueta a la Laurita, a esa ciruela blanquilla, que parece una ciruela blanquilla por lo rubia y lo insulsa; de tonta por vitalicio a la..... Anginas, porque ni Angustias debe llamarse, y de sacasillas y metemuertos a la tarasca de la Asunción, que es la más responsable de semejante indecencia.

¿Qué apuesta usted a que si ella hubiese estado por mí, pone pie en pared y todo se reduce a que Laura y yo hubiésemos estado un par de días, más o menos de hocicos y aquí paz y después gloria, como tantas, tantísimas veces, pues relaciones más accidentadas, ni una montaña rusa? Pero, amigo, como allí no se parte más bacalao que el que ella parte, cate usted ahí por qué se buscaron con un candil *razones de decoro*, y se le hizo lugar al insoportable del primo Carlos, que se acuesta con la llave de Gentilhombre en el cuadril. Pues

bueno: si él es Gentilhombre, yo soy Maestrante de Sevilla. Si él es Grande de España, yo soy Alcantarino por todos cuatro costados, lo que él no lo es, ni lo será nunca, ni lo puede ser, pues por algo yo no tengo en mi ascendencia ninguna bailarina indecente como su bisabuela....., que en paz descanse. Y si a dineros vamos, yo no cambio mi fortuna por la suya, y con el momio de tía Sol, muchísimo menos, y aunque yo no sea tan *chic* como él, ni tan..... extracto de goma arábica como él, tengo diez años menos, una salud..... insultante y unas ganas de dormir y de comer, a prueba de calabazas. Doce horas me he dormido esta noche de un tirón, lo que se dice ¡vaya! sin coscarse. ¿Y sabe usted lo que he almorzado esta mañana? Pues cinco huevos fritos, cuatro chuletas, cinco o seis acedías (yo no llevé la cuenta, ni había para qué), un mogote de filete con alcauciles, que no lo saltaba un galgo, y por remate de miserere, tres platados de fresa, que, si no manda tía Sol retirarlas del comedor y me saca a relucir lo de que si los criados son también hijos de Dios como nosotros, me las como todas. ¡Mire usted qué tontería, como si pa-

ra ser hijos de Dios los criados, fuera preciso que coman fresas!

Por consiguiente, Señor Deán, no crean esas buenas señoras que me han hecho un pie agua con sus *razones de decoro*..... ¡Pampringada semejante! aunque esto no obsta a que la metemuertos de Asunción me las pague a su tiempo todas juntas. A bien que arrieritos somos y el caminito andamos: que me pidan a mí informes de ella; que lo que toca casarse mientras yo viva, eso, por lo civil. Y no, no crea usted que voy a apelar a la calumnia, ni a nada que desdiga de un caballero, como yo lo soy: nada de eso, ni siquiera que le ande alrededor, ni con cien leguas. Pero con decir a pelo y a pospelo que es lo más..... dominante que come pan, y lo más..... metemuertos que bebe agua, ya tiene esa extendido el pasaporte para el po-yetón, y lo que es Arturo Pinoquemado, ese no se le arrima, o puedo yo poco.

III

—Pues ya lo sabes.

—Pues, primero no vengo a la reunión.

—Ya usted se guardará, como de..... lo otro.

—Pues lo que es yo, no las miro. Eso, que le conste a usted desde este punto y hora.

—He dicho que en mi casa mando yo. Conque a andar, y punto en boca. ¡Tuviera que ver!..... ¡Después del número uno, como el que se me guarda a mí en aquella casa, recibirlas yo en la mía para que mi señor sobrino, que es quien tiene que acompañarme a hacer los honores, haga una canallada con amiga mía tan buena como Angustias, y muchachas tan estimables como sus hijas!..... ¡Lo mismo que andar poniendo a Asunción de metemuertos! ¿Ese es modo de hablar un muchacho de clase? Más valiera que tanto matraqueo de Maestranza y tanto hábito de Alcántara, te sirviera para aparentar, a lo menos, mejor educación. Pero los niños de hoy en día creen que todo se reduce a tener un uniforme de caballero, siendo, por lo demás, peores que lacayos. ¡Y cuidado con mirarme de esa manera! ¿estás? Eso, y nada más que eso, son muchos de los de tu ralea: lacayos por dentro y caballeros solamente en la indumentaria. Pues, o a ser como te vistes, o a vestirme como quien eres. A ser fino y cortés y caballero, pues caballero eres, y caballero es tu padre,

y caballeros fueron tus mayores..... ¡digo: el abuelo Virrey!, o a vestirte de *golfo*, pues como *golfo* pretendes portarte. Y ahora que nadie nos oye, te lo digo: el primer rigodón, ese lo tienes tú que bailar con una de ellas. Bueno que no sea con Laura, porque pedida y todo como está ya, y habiendo sido tu novia, no está bien que la saques; pero lo que es con la otra, con Asunción.....

—¿Yo, con la *Metemuertos*?

—Tú: ¡tú, con la *Metemuertos*! Y hazme el favor, mientras estés en mi casa, de no llamar *Metemuertos* a esa señorita. Cuando salgas a la calle y estés en el arroyo, que es tu sitio, pórtate todo lo pícaramente que tu temperamento dé de sí. En casa de tu tía Doña Sol, ¡jojo con lo que se dice y con lo que se hace!

—Pero, tía, que es muy duro no poder ver a una persona y tener hasta que bailar con ella, y el rigodón de honor. ¡Póngase usted en mi lugar!..... ¡Que lo que han hecho conmigo, no se hace ni con los perros!

—No haber dado motivo, como lo has estado dando desde que la pretendiste. ¿Crees tú que a mí no me ha dolido la cosa, quizás

más que a tí? Pero la pasión no debe quitar conocimiento, y al que hace lo que debe no se le puede pedir más. Conque tu rigodoncito con Asunción, y en paz y santas pascuas.

—Pues para eso, mejor lo bailo con Doña Anginas.

—¿Con Doña..... quién?

—Con la Condesa, con D.^a Angustias: una equivocación, cualquiera la tiene.

—Angustias no está ya para esos trotes. Y si la única familia de abolengo, como nosotros, va a quedar relegada a segundo término, y en nuestra misma casa, y por nosotros mismos, ¡adiós Grandeza española! Nada, no; por algo y para algo heredó de su padre un título de Castilla, que, aunque no tan antiguo como el nuestro, porque el nuestro data de Carlos V, y el de ellos de Felipe IV, al fin es un Condado y un apellido de los más ilustres, y luego, parientes nuestros por los Borjas. De modo que, ya que no hay otro hombre en la casa, porque con tu padrecito no hay que contar, y si es tu hermanito de tu alma, no hay quien lo arranque de los Madriles, no me vayas tú a empezar el baile por la hambrona de

la Gobernadora, o por las insoportables de las ricachas esas de Borreguero, ni menos por la trastuela de la Pilar....., que estas son las mujeres que les gustan a los hombres del día. Todas esas y cuantas hayan de venir, esas, que le den muchas gracias a Dios porque se las recibe, porque al fin y a la postre, alguien es necesario recibir, so pena de abrir los salones nada más que para renovar el aire, en un poblachón como éste; pero ellas en su lugar y nosotros en el nuestro. Bien está que se les agasaje y hasta que se extreme con ellas la nota de la finura y el señorío; pero para eso: para que vean que sabemos ser señores, y que no hay nada tan señor como un señor, cuando sabe ser señor y se pone a ser señor.

—¡Señor Dios de los ejércitos, y cuantísimo señor enjareta la buena señora!—
(Claro está que ésto, aparte.)

—Así, pues, quedamos conformes en que, al subir la escalera, darás el brazo a Angustias, y yo, la mano a las niñas. Y el primer rigodón, con la una o con la otra: eso, a elegir.

¡Y cualquiera ponía puertas al campo!

Cualquiera contrastaba la voluntad, indómita de nacimiento, de aquella ricahebra, o sea de aquella *Civila*, como el dicharachero y lenguaraz de su sobrino la llamaba para su capote, a fin de feminizar de alguna manera la idea de guardia civil que le sugería el marcial continente y los guerreros arriscos de D.^a Sol, quien, aparte lo masculinamente enérgico y brioso de su voluntad y lo espartanamente seco de su carácter de viuda rica y sin hijos, adoraba en su sobrino Pepe Figueroa como en un fetiche, y lo tenía nombrado su universal y omnímodo heredero, más que por lo que lo quería, y cuenta que lo quería muchísimo, a fin de desheredar a su otro sobrino, el primogénito de su hermano el Marqués de Dúrcal, y sacarse de esa manera la puya de su desheredamiento de segundona, con lo que había estado siempre a matar, pues lo de la desvinculación llegó a venir--¡mire usted qué casualidad tan desesperante!--al mes y medio de terminadas y hasta pasadas por el Registro las particiones testamentarias de su padre, el vigesimosexto Marqués del sobredicho título.

¡Digo! ¡Para que Pepe Figueroa no estuviese con ella más suave que un guante!

IV

Y llegó el día de la recepción, o lo que fuera. Doña Sol, adornada con todos los ringorrangos, arrequives y perendengues, así de su ropero como de su guardajoyas, estaba que parecía un sol...., aunque en su ocaso, con tantísimo relumbrón como despedía aquella criatura, y su sobrino, la buena pieza de su sobrino Pepe, con el tipo de hombre más hermosamente arrogante, elegante y bien puesto, que había habido en todo el linaje de los Excmos. Sres. Marqueses de Dúrcal, desde los tiempos de Carlos V.

Así fueron recibiendo a toda la alta *crema* de la ciudad, que en el intervalo de tres cuartos de hora subió por la alfombrada escalera de la casa, desfiló por la galería de las Armaduras, y fué entrando por la saleta de los Retratos, al salón rojo, y de allí al amarillo, antesala o vestíbulo del comedor, que se venía abajo con tanta plata labrada y tantísimo cristal, cincelado y do-

rado al gusto del Imperio; ella, D.^a Sol, de traje de tul negro, con lentejuelas bronceadas de tonos rosa y verdes, y él, su sobrino, muy peinada y lustrosa la cabellera y muy a la borgoñona el castaño bigote; de irreprochable frac, con la verde venera de Alcántara en el costado izquierdo, sus zapatos de charol, escotadisimos, y sus cucos calcetines calados, de seda negra. Por lo demás, una gardenia doble en el ojal y una hermosísima perla rosa en la corbata blanca y..... ¿qué más se puede poner un hombre?

Quien venía hecha todo un hechizo era la *Metemuertos*, la *Moraima*.

Y cuidado que había tenido el buen gusto de no ponerse nada chillón, ni cargarse de joyas. Su *toilette* consistía en un sencillísimo traje de *étamine* negro, sin más adorno que muchísimas randas, sobre crujiente viso de glasé blanco, y en unas perlas grises en las orejas, rosadas como dos pétalos de clavel rosa trapo. Eso sí; eche usted vuelo en aquella enagua partida, y eche usted pliegues y canelones en aquellas *bertas*...., y aire y meneo de emperatriz en aquel continente, y zarandeo y donaire en el manejo de aquel abanico de nácar color

de acero, y malicia y diablura en aquellos ojazos de reina mora, mirando por encima del país Luis XV.

Y no crea usted que ni ella, ni su hermana, ni su madre, las tenían todas consigo. Estaba muy vivo aún y muy coleando lo de las calabazas a Pepe Figueroa, para entrarse como trasquilado por iglesia por la casa y estados de su tía Sol. Pero téngase en cuenta:

Primero: que habían ido a la casa tal día como aquél, todos los años, sin faltar uno.

Segundo: que no había excusa con que poder echarse fuera del compromiso por aquel año, y

Tercero: que faltar en lo más mínimo a las consideraciones y miramientos que se debían «por derecho divino» a D.^a Sol, era lo mismo, en lo arriesgado, que pisar la cola a un tigre de Bengala.

Allá, pues. No había más remedio. Y allá se encamparon las tres damas: la madre, más turulata que lo de costumbre; Laura, con más miedo que vergüenza, y era niña muy vergonzosa, y Asunción, *la Moraima*, *la Metemuertos*... deseando que el zascandil de Pepe Figueroa se le pusiera a tiro, pa-

ra echarle un chaparrón de verdades que lo pusiera de vuelta y media y como hoja de perejil.

¡Ojalá les hicieran un desaire, para agarrarse aunque fuera a un clavo ardiendo, y romper de una vez aquella amistad insostenible!.... ¿Cuál no sería, pues, la sorpresa, y hasta la corajina de *Moraima*, cuando al preludiarse el primer rigodón, el guapisimo, porque eso sí, ¡vaya si estaba guapo!, de Pepe Figueroa, se le acercó correcto como un lord, y ceremonioso y rendido como un caballero andante, diciéndole, con una mirada, que era un insulto por lo agresiva:

—¿Quiere....n.... *algunas personas*..... hacerme el honor de dirigirlo conmigo?

—Con mucho gusto—contestó la.... agredida, con otra mirada que fué un mordisco.

El galán ofreció el brazo, y la dama lo aceptó, aunque de cuello vuelto; por cierto, entre la rechifla interior de unos, que conocían el estado de relaciones de los beligerantes, y entre los aplausos, interiores también, de la inmensa mayoría, que jamás habían visto pareja más igual, es decir: más igualmente hermosa.

Lo mismo se parecieron ellos mismos mutuamente, al verse retratados de cuerpo entero en el espejo colosal de luna veneciana de sobre la consola de marfil, concha y bronce del testero principal: malhumorados los dos de ver tan irresistible hermoso a su adversario, y diciendo el primero para su frac: «¡Estás fresca!», y diciendo la otra: «¡Estás fresco!», para su chaquetilla Directorio.

Y empezó el rigodón su marcha cumplimentera, insoportable: un saludo, y otro saludo, y otros tantos saludos, en fin, como parejas estaban bailando.....; y torna a saludar el caballero solo y luego a saludar la señora sola, o viceversa, y luego a saludar también por separado los del bis....., y así sucesivamente....., y cada uno hablando entretanto con su cada una, y a todo esto Pepe Figueroa sin cruzar ni una palabra con *Moraima*.

Aquello era imposible. La pobre *Mete-muertos* estaba roja como la grana y con los negros ojazos atortolados, sin saber en dónde posarlos de tanto corrimiento, ante desaire tan a las claras y tan sin paliativo. Los ojos de Pilar Albentos se clavaban en

ella como dos saetas, y la que menos y la que más, devoraba a la pareja con la vista escrutadora, mordisqueante..... Y a todo esto, salude usted a la pareja de enfrente y torne usted a saludar y a ser saludado... y siempre de la mano de aquel hombre... ¿Cuándo se moría una, María Santísima?

Pepe, que no era malo, que se dió cuenta de la situación desairadísima de la muchacha y de lo nada inadvertida que pasaba la cosa para los treinta o cuarenta demonios en traje de recepción, que, mirando a *la Metemuertos*, cuchicheaban sin pizca de disimulo..... ;Pepe, vuelvo a decir, que no era malo, ni mucho menos, que al lado de una buena moza nunca fué dueño por mucho tiempo de su entereza, y que, más que a la venganza y a la tuya sobre la mía, era propenso al perdón, sobre todo cuando eran manos blancas las que le habían ofendido, sintió allá en lo más hondo de sus entrañas como que se le desmoronaba el castillo, baluarte en que se refugiaban sus resentimientos a los comienzos del rigodón; y, al volver de uno de los saludos de la danza llevando de la mano a su ene-

miga, vióse precisado a decirle..... ¡vaya! que se le escapó sin poderlo remediar:

—Mira que estás bonita con ese traje negro..... Créete que me estás pareciendo una emperatriz..... de medio luto.

—¡Qué quieres, hijo!—replicóle la interpelada, con un dejillo de profundo resentimiento por lo tardío del piropo, aunque sin dejar de agradecerlo.—¡Como a mí ya no me sienta otro color!.....

—No sé por qué digas eso. ¿Tan vieja eres, o tan triste estás, que no te siente a tí nada más que lo negro?

—Ni soy tan vieja, ni estoy tan triste, gracias a Dios. Pero.... ¿has visto tú alguna vez—y le clavó una mirada que era un puñal..... empavonado—has visto tú alguna vez en toda tu vida algún metemuertos vestido de otro color?

—Lo que no he visto en toda mi vida—replicó el interlocutor, pero con otra mirada que era ya una caricia y una solicitud en papel sellado—es ningún metemuertos tan repreciosísimo como tú.

Y la *Moraima* se echó a reir enmedio de su resentimiento, pero con vidriaciones de lágrimas en los ojazos, enmedio de su risa.

¡Dios, y qué coraje tan regrande le dió de lo uno y de lo otro!

—Y ve haciéndome el favor de no apretarme tanto la mano, ¿estás?—añadió, por añadir algo:—una cosa es bailar contigo, por no hacerte el desaire que merecías, y otra cosa muy distinta ¡pero muy distintísima! que yo me olvide ¡ni con la muerte! de lo que tú me has traído y llevado por ahí. ¡Mire usted que metemuertos!

Y la cadena del rigodón, que empezó en aquel punto y hora, cortó el diálogo.

V

—Pero ¿has visto descoco semejante?

—¿Por qué lo dices?

—Mujer, por el desparpajo de sacarte a bailar.

—Pues, para que tú veas lo que son las cosas: yo creo que ha hecho muy bien. Bailar con otra cualquiera, no de clase, y aparte su tia Sol, ya no había más, hubiera sido posponernos a la burguesía. Y ¿vaya que eso tampoco nos hubiera gustado?

—¡Ya lo creo que no! Pero que..... ¡vamos! una cosa es bailar el rigodón de honor, y otra cosa es haberte acotado para toda la noche, cuan larga ha sido.

—No sé por qué digas eso, porque uno de los vales lo bailó con la Gobernadora.

—Sí; pero para darle de lado en cuanto se acabó y volverse al diván contigo, charla que te charla toda la noche..... (Pausa) Yo lo estaba sintiendo por tí, créelo: por el malísimo rato que estarías pasando, con tantísimo como te revienta las hieles, y teniéndolo que tener tanto tiempo cosido a la jareta ¡Manda Dios unos tragos a lo mejor!.....

--¿Chunguita tenemos?

—¿Yó?..... ¡Como estabas tan resentida con él por lo de metemuertos!.....

—Pues mira: acerca de eso ha sido casi toda la conversación, para que te enteres. Conque ya ves cuán errados son los juicios de los hombres.

—No, si eso se estaba viendo a la legua. No había más que fijarse en los pavos tan atroces que te subían, para convenirse de que aquello no era más que capí-

tulo de culpas. ¿Vaya que no ha habido un santo que le haya hecho pretenderte, ni a tí muchísimo menos hacerte decirle que sí?

—Pues mira: en todo caso, yo no hubiese hecho otra cosa, que poner en acción aquella décima de *La vida es sueño*:

«Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta, viendo
Que otro sabio iba cogiendo
Las hierbas que él arrojó.»

—Tú eres muy..... sabia.

—Para mi avío, hija, para mi avío, como dicen las criadas cuando se les pregunta si saben leer y escribir.

—Pues nada, buen provecho.

—Se agradece la fineza.

—Por la señal.....

VI

—Conque, lo dicho. Buen viaje, y siquiera una postal de cuando en cuando. Sobre todo, una desde el Pilar: esa no os la perdono. ¿Qué menos por una misa de velaciones como la que os he dicho, y por una

plática como la que os he «echado», que han llorado hasta las piedras? Dios os conserve siempre tan en su gracia como estáis ahora, y os haga tan felices como yo se lo pido. Muchos recuerdos a Laura y a Carlos, y que hemos sentido tantísimo que no hayan podido venir. Por lo demás....., si sabéis por ahí de algún metemuertos.....

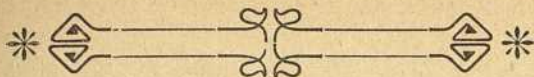
Y arrancó el tren.

VII

Monólogo de D.^a Angustias. que no conocía a Bécquer:

«¡Dios mío, qué solas
se quedan las madres!»





EL MISERERE DEL CONDE

I

Empapada en sudor la raída chamarreta de costalero y bañada en lo mismo la bien cuidada barba; con una rozadura en mitad de la espaciosa frente y manchado de sangre el alpargate del pie derecho, fué el último que salió de debajo de los faldones del *paso* del Señor del Gran Poder, de San Lorenzo, de Sevilla.

Se destocó el costal que, ceñido a la frente y enrollado sobre los hombros, sirve para cargar con la *trabajadera*, y precedido del capataz del *paso*, ceremonioso con él como pudiera estarlo con un rey su ayuda de cámara, se entró en la sacristía de la hermandad, de donde salió al cuarto de ho-

ra, calzado como un príncipe y envuelto en un *water-proof* de irreprochable corte. Se postró de rodillas ante la portentosa imagen, apoteosis sublime de los augustos dolores del Hombre-Dios; rezó unos cinco minutos con la fe de un mártir en la agonia, permitiéndome a mí comérmelo con los ojos para identificarlo, y salió de la iglesia cuando asomaba risueño el chispeante sol de Abril por encima de las macetas de opulentos claveles y rosales en flor que coronaban las azoteas de las casas que miran al Poniente.

¡Yo conocía a aquel hombre! Aquellos ojos tirando a verdes.....; aquella barba rubia, de pronunciado corte Carlos V.....; aquella nariz griega, un poco larga.....; aquella boca, de dientes apretados y puntiagudos colmillos..... No había duda: Marcelo Osorno, un tanto cuanto maduro ya, pues doce años que llevábamos sin vernos no pasan por un hombre sin dejar huella..... Y prevalido yo del riguroso incógnito que me daba mi antifaz de nazareno, me salí tras él, dispuesto a averiguar a todo trance si era en efecto aquel hombre quien yo me figuraba, u otro que se le pare-

cía como un grano de arena a otro grano de arena.

—¿Cómo—íbame yo diciendo para mi túnica, mientras caminaba tras él por la calle de Conde Barajas—hombre tan señoril y tan distinguido como Marcelo Osorno, con un título de Conde de la más rancia cepa, agregado a la Embajada española en Berlín y riquísimo por su casa, había venido tan a menos y tan de pronto, que tenía que descender a ganar un jornal, y en oficio tan fatigoso y tan humilde como es ir de costalero debajo de un *paso*? No: no sería él..... Sería..... pero ¿qué costalero, por otra parte, soltaba el costal, como él, para envolverse en un abrigo digno de la firma de Wort, e irse de chistera y todo cuento a descansar a su hospedaje del Hotel de Madrid, pues allí fué a parar con su cuerpo, y yo tras él, como tras la tapada misteriosa el Estudiante de Salamanca? ¡Cosa más singular!.....

En el zaguán ya del hotel, y mientras mi misterioso seguido atravesaba uno de los corredores, atestados de turistas que volvían de las Cofradías de madrugada, y ponía el dolorido pie en la alfombrada es-

calera, vacilé entre llamarlo o preguntar por su nombre al conserje, parecióme indiscreto lo uno y lo otro sospechoso, con lo que opté por venirme camino de mi casa....., volviéndome de repente desde mitad de la plaza de San Francisco, con rumbo al hotel, donde pregunté al portero, alzándome el antifaz, para que me conociese.

—El Conde de Cajigas, ¿se hospeda aquí?

—No, señor; aquí no.

—¿Cómo que no, si yo lo he visto entrar?

—Deje usted, preguntaré en el escritorio.

.....

—Que no, señor.

—¿Ni D. Marcelo Osorno?

—Voy a ver.

.....

—Tampoco: no, señor.

Por donde, contrariado con lo nada fructuoso de mis averiguaciones, enderecé de nuevo la proa hacia mi casa, a descabezar el sueño que se enseñoreaba sobre mí, como en aquella noche de eterna memoria habíase enseñoreado sobre los tres Apósto-

les de párpados de plomo en el desamparado Huerto de las Olivas.

II

La comezón por descifrar aquella adivinanza me llevó hasta tener una entrevista con el capataz del *paso*, dando por resultado lo siguiente, que fué bien poco dar:

—Oye, Manuel. El costalero aquel que entró contigo en la sacristía del Señor el viernes por la mañana, terminada la Cofradía, y salió al poco rato transformado en todo un caballero, ¿se puede saber quién es?

—Como usted no lo sepa, lo que es yo no.

—¿Pues entonces.....

—Verá usted ... Hace ya cuatro años con este, que al entrar el *paso* del Señor en la parroquia, se acercó a mí un señorito, muy bien portado él; y llamándome aparte y largándome un duro como un sol, me dijo de buenas a primeras: «Para el año que viene, haga usted el favor de contar conmigo de costalero.» Yo lo miré de arriba abajo, pareciéndome que no venía bien

el don con el turuleque; quiero decir: tanto pitimini y tanta pinturería, porque hasta allí el señorío de aquel hombre, con el oficio de costalero. «Pero ¿usted sabe, señor, lo que está usted diciendo?.....», le dije yo, por decirle alguna cosa. «Lo sé, y por eso lo quiero. Se trata de una promesa.....» Y ya yo me callé. Total, y para concluir: que lleva ya tres años de *estár* saliendo. Que me da cinco duros para mí y un duro para cada uno de los que *van* con él. Que no dice su nombre ni *pa* el Pastor....., que llega a San Lorenzo a la una en punto de la noche, y se visté con la ropa que yo le traigo, que le pide la vez al más viejo de la cuadrilla (para el cual deja el dinero que a él le corresponde, además de su duro como a los otros), y al acabarse la Cofradía, si te ví no me acuerdo, hasta otro año, y que mal rayo me parta si sé más. *Lo cual que* casi todos los años le pasa algún percance. ¡Ya se ve, como no está acostumbrado! Hogaño lleva dos. Una rozadura en salva sea la parte, que le ha puesto la frente en carne viva, y un pisotón en un pie, que le han hecho polvo un dedo. Pero lo que decía él: «Esta noche es noche de estas cosas. Más pasaba a

estas horas el Señor por nosotros.» Conque cátele usted ahí.

—¿De modo que su nombre....

—Perdone usted por Dios, que no llevo suelto. Lo que sí puedo decirle a usted es que, por la pronunciación y por los *boquibles*, ese señor no es de Sevilla, ¿está usted? Que es de buenos pañales, no hay más que verlo; que hay dinero como agua, salta a la vista, y que muy apuradito se vería el infeliz para hacer una promesa como la que está cumpliendo como un ángel, eso no hay más que verlo en la *trabajadera*, respirando aquella atmósfera de vino, de tabaco, de sudores...., y siempre arrimando el hombro el alma mía, que se parece el Señor cuando iba por la calle de la Amargura. Y no es por los cinco duros que me da, ¿está usted?, sino que es menester verlo: ¡un hombre tan principal, que llega oliendo a gloria y se mete en aquel.... *infierno andando por las calles*, porque eso es, para que usted se entere, el meterse debajo de los faldones de un *paso* de Cofradía.

III

Y me pasé todo un año, cuan largo es, esperando día por día la madrugada del Viernes Santo; a las seis y minutos de la cual, cuando hubo salido de debajo de las andas del Señor el misterioso protagonista de nuestra historia, de blusa y alpargates, aunque sin avería por aquella vez, me fui en su seguimiento a la consabida sacristía de la hermandad; me destoqué el puntiagudo capirote de nazareno, y....

—¡Marcelo!

—¡Juan!

Nos dimos un abrazo, como el de dos hermanos que se tropiezan al cabo de los años mil donde menos esperaban.

--Pero ¿qué significa tú por aquí, metido a costalero?

—Pues chico, una..... promesa..... hecha en un caso de apuro, y un poco de formalidad para cumplirla.

—¡Créete que me tienes edificado y que no te suponía hombre de tanta fe!

—¡Ojalá la hubiera tenido siempre!

—¿.....?

—Ya hablaremos despacio.

Se calzó unos brodequines que se podían colgar de las orejas, en expresión del capataz; dejó en poder de este los calzones de pana de encima de los suyos, y la chamarreta de rayadillo azul, desteñida y remendada, que substituyó por un amplio gabán de hechura elegantísima; alargó a su momentáneo jefe unos billetes de no sé cuánto, que sacó de una cartera de piel de foca con la corona de nueve perlas en una esquina, y con un «hasta el año que viene» lo despidió risueño y agradecido.

Cuando quedamos solos me convidó a comer con él aquella tarde. Acepté con mil amores la invitación, para ver si acababa de clarearse sobre lo que había hecho a mi nativa curiosidad abrir tanto ojo, y cuando llegó la hora, hétame en el hotel con puntualidad de petardista.

—Porque me has sorprendido con las manos en la masa; porque comprendo toda la curiosidad que ha despertado en tí la razón y motivo de mi improvisado oficio de costalero; porque sé que tienes entendimiento y corazón para apreciar ciertas cosas como son en sí.....

—¡Muchas gracias!

—y sobre todo, porque ya han muerto las dos personas, *partes* conmigo en el vergonzoso drama que voy a relatarte, allá va, punto por punto, para que, ya que, según tú, te he edificado con mi penitencia, sepas la enormidad de mi pecado,—empezó a decirme el Conde, recostado en un banco de las Delicias, adonde en busca de soledad y de sosiego nos habíamos ido los dos a la caída de aquella tarde, melancólica como sería la tarde del Calvario, e impregnada de aromas de acacias y azahares, como las del mes de Abril en los alrededores de Sevilla.

—Pues sí,—siguió diciendo, mientras hacía garambainas sobre la arena con la contera de su *roten*:—y para ahorrarte el trabajo de hacerme la pregunta sacramental de «¿quién fué ella?», te diré que la mujer más asombrosa que he visto en el mundo; esposa de un camarada mío de Embajada, a la que hube de conocer en París, en su viaje de novios, ha hecho ahora siete años. El 8 de Abril justamente. ¡Ciertas fechas no se olvidan!

Y suspiró mi Conde, como si se le saliese el alma por la boca.

—Ni yo le fuí indiferente—prosiguió,—ni ella a mí mucho menos. A las cuatro palabras nos habíamos entendido perfectamente, y quizá por habernos entendido demasiado bien; por ser ella la esposa de un buen amigo mío, y yo, honrado y caballero....., hasta cierto punto, empecé a recoger velas a las primeras calaveradas, horrorizado del sesgo que pudieran tomar. Esquivé las ocasiones de hablarnos y hasta de vernos, hasta que los despedí con la conciencia serena, como tras el cumplimiento del deber, pero ¡ay, Juan! con el corazón despedazado, como tras la batalla formidable con la pasión vencida.

Ella, que era muy astuta, comprendió desde luego el por qué de mi retirada. Ni me pidió explicaciones, ni yo se las dí; pero cuando llegó la hora de despedirnos en la estación, me dirigió una mirada de desafío, como sería la de los hermanos Carvajales al Emplazado, humillada por su derrota, siquiera momentánea; pero segura, segurísima de triunfar más tarde. Confiaba indudablemente en el hechizo infernal de su hermosura prodigiosa, y contaba con que el demonio nos había

de reunir más tarde o más temprano.

Y por fin fué en Sevilla (adonde me dió la humorada de venir una Semana Santa), cabal y precisamente entre una y dos de la tarde del Martes Santo, en el patio de la Lonja. Tú sabes que anualmente se ejecuta allí el ensayo general del *Miserere* de Eslava, y que todo lo más cogolludo de la ciudad, con todo lo más selecto de la colonia forastera, sean o no *diletantti*, nos reunimos allí, a ganar el jubileo de la pestaña y a matar un par de horas, entre crujidos de sedas y *pizzicatos* de violines.

En la primera mitad del *Tibi soli*, cuando expresa el tenor, sin más que unas cuantas notas, colocadas en el pentágrama por la mano de un genio, todo el arrepentimiento, y toda la humildad, y toda la amargura, y toda la confianza del Profeta-Rey, apareció de pronto ante mis ojos como a los del autor del *Miserere* debió de haber aparecido la misma Betsabé, ocasión de aquel cántico...., ante mis ojos, vuelvo a decir, donde aun persistía su imagen idolatrada, sin que tres años de ausencia le hubiesen diluido un contorno ni esfumado una línea.

Era ella: la de siempre; esto es, la de París: el vórtice infernal que me atraía con sólo una mirada como al descuido de sus ojos de mora tenebrosos como el mal y a la vez acariciadores como la tentación. Era ella, del brazo de su marido, que la lucía orgulloso de ser su dueño, como pudiera un avaro, en un rapto de soberbia, ostentar los montones de pedrería de sus tesoros.

—¡Calla!..... ¿Tú aquí?—me dijo con la alegre sorpresa de un chiquillo que se da de manos a boca con un camarada de juego.—Pero ¿cuándo has venido?

—Pues..... anteayer—le respondí turbado, como si temiese yo que leyese en mi cerebro el pensamiento infame que había surgido en él.

—¿Y todo ese..... tiempazo sin haber ido a vernos?..... Para que te fíes, Pepe (esto al esposo), de tus amigos. ¡Tres días en Sevilla, sin parecer por casa, ni mandarnos siquiera una mala razón!..... ¡Descastadísimo! Si no nos lo tropezamos por casualidad, se va sin ir a vernos. ¡Redescastado, redescastado!.....—Y me envolvió en su mirada de serpiente..... de Paraíso.

Y se sentó el apuesto matrimonio, y yo con ellos, en el grupo de sillas en que yo estaba, cuando el coro, glosando la canturía del tenor, con voz «como de muchas aguas», repetía en pasional *morendo*: *Et vincas cum judicaris*.

Y maldito si volví yo por mi parte a fijarme en una nota más de todo el *Miserere*.

V

Acabado el ensayo, tuve que irme con ellos, quieras que no, a pasear en su coche por la orilla del río, que estaba encantadora. No importaba que hiciera calor. Cabal y precisamente venía yo sediento de calor y luz meridional, de aromas de azahares, de primavera, en fin, de Andalucía. Comí con ellos también en su bien montada casa del aristocrático barrio de San Vicente, y con ellos, y en su palco de la plaza de San Francisco, ví todas las Cofradías del miércoles y del jueves, sin que hubiesen consentido que yo comiera en el hotel ni una vez sola, ni yo hubiese tampoco mostrado mucho empeño en desairarlos..... ¡Jamás me había visto con menos energía en la voluntad!

Yo no sé qué será el hipnotismo; pero dudo que pueda influir en el albedrío del *medium* tan avasalladoramente como influían en mí las miradas diabólicas de aquella mujer.

Era él, el marido, cofrade de la del Silencio, y había de vestirse de nazareno aquella madrugada. Por eso quedó acordado, terminada la colación de aquella noche, que yo campase por mi respeto hasta el viernes a las dos de la tarde, hora en que comeríamos para irnos, como en los días anteriores, a ver pasar desde el palco las Cofradías..... Una sola mirada de los dos culpables, como debió ser la de Paolo y Francesca el día en que «ya no leyeron más», púsonos de perfecto acuerdo acerca del lugar, hora y modo. Transcurrieron unas cuantas horas de fiebre en mí, durante las que estuve luchando con mi conciencia, como un San Antón en el desierto....., hasta que, débil como un cobarde con la pasión más avasalladora de mi vida, atropellando todas las leyes y pasando por encima de todos los respetos, pagué a mi pobre amigo con la más negra traición de todas las traiciones su hidalga hospitalidad.

.

El tácito desafío de la estación de París se había llevado a cabo.

VI

Con las claras del día en el cielo, iluminado aún por las espléndidas claridades del plenilunio, y en lo hondo de mi conciencia las tenebrosidades del crimen, tapándome con el embozo de mi capa andaluza hasta las cejas, cual se tapa el malhechor a quien horroriza la idea de ser identificado, y lleno el corazón de ese insoportable hastío que, como hez de amargura de hieles, deja en él la pasión que tuvo saciedad, salí de aquella casa, mancillada para siempre por mí en un rato de vértigo, de fiebre, de locura....., con el frío de la madrugada penetrándome hasta la médula de los huesos, avergonzado de mi bellaquería de rufián y rabioso como un energúmeno contra la mala hembra que me había hecho caer con sus encantos semidiabólicos en traición al amigo, en perjurio al huésped ..., en adulterio contra el hermano.....

Huyendo de la casa, y de la calle, y del barrio, ya que no podía huir de mí mismo,

anduve como al azar por calles y callejuelas, sobre las que se cernía la luz del alba del Viernes Santo, hora de tantos recuerdos para el creyente.

Sin saber a punto fijo a dónde iba, ni siquiera por dónde, tuerzo de pronto una esquina y me hallo en la plaza de San Lorenzo, cuando héte aquí, como una aparición ultraterrena, precedido de dos largas filas de silenciosos encapuchados, descalzos muchos de ellos, desembocando en la plaza el prodigioso Cristo del Gran Poder, cargado con la cruz y doblado bajo su peso el torso hercúleo, denegrido el semblante, como si el sudor de su frente y el polvo de la calle de la Amargura hubiésemle demudado la color; con las aletas de la nariz abiertas, como si la fatiga del camino, lo asfixiara; con la boca contraída por la angustia y remangadas las cejas en su vértice, como si las espigas de la corona le estuviesen punzando, y en los ojos....., ¡ay, Juan de mi corazón, lo que ví en la mirada de aquellos ojos!

No: no era mirada de maldición, como la que yo merecía. ¡Si no maldijo ni al mismo Judas! Ni tampoco mirada de recon-

vención o de reproche, como la que le dirigiría al criado del Pontífice que le dió de bofetadas; ni siquiera de queja, como la que tuvo para los tres Apóstoles, dormidos en el Huerto mientras él se moría de pavor, y de tedio, y de amargura..... Fué algo así como de pena infinita, no por lo hecho contra él ni contra el cielo, sino por lo hecho por mí....., mirada de compasión, hasta arrancarle lágrimas, como cuando lloró sobre Jerusalén deicida.....; mirada como la con que devolvería su compasión a las mujeres que por él lloraban en la vía dolorosa.....; mirada, ¡qué sé yo!, porque tú no sabes lo que yo ví en aquellos ojos de padre del Hijo pródigo....., de Jesucristo mirando a Magdalena....., de Dios-Hombre convirtiendo al Buen Ladrón....., ¡de Jesús del Gran Poder, de Sevilla, a la luz de la madrugada del Viernes Santo!

Aquello no era una estatua: aquello era un hombre. ¿Qué digo un hombre? Aquello era aun más que un mero hombre. Aquello era el Hombre Dios. No importa que el genio soberano de Montañés hubiera pretendido pintárnoslo «gusano y no hombre», como creo que lo llama un profeta: aquello

es un hombre vivo, sobre el que se enseñorean todos los dolores que es capaz de sentir la humanidad; pero Dios a la vez, enseñoreándose sobre el dolor y caminando hacia la muerte «porque quiere», sin que la cruz lo rinda, aunque lo agobie, ni la pasión lo aplane, aunque le duela.....

Qué hermoso es, en medio de sus dolores, y qué hermosos los dolores, soportados por él.... Concibo que haya habido en el mundo quien se haya enamorado del dolor, y llegado a lo que llaman los místicos «la locura divina de la cruz». Yo diría que aquella portentosa imagen era el Tabor glorioso donde el dolor, y la angustia, y la agonía habíanse transfigurado, al conjuro de un genio, hasta aparecer divinos.....

Yo no sé si sería ofuscación de mi mente; pero yo juraría me había mirado y que dos lágrimas habían rodado por su faz al mirarme.

—¿Qué te hice—me pareció que me decía,—o en qué te contristé, para que hayas atropellado esta noche, santificada con mi Pasión y consagrada con la efusión de mi sangre?

Y un dolor, como si me desgarraran las

entrañas con un puñal despuntado; algo así como el mordisco de una fiera en lo más vivo del corazón; ¡un dolor sobre todos los dolores, me atravesó todo el sér de parte a parte! Caí desmadejado ante las andas, llorando como hasta entonces no había llorado nunca, y no publiqué allí mismo y a voces la profanación sacrílega de aquella noche sacrosanta, por nò hacer fango en el fango, poniendo en la picota de la infamia la honra inmaculada de un marido inocente como un ángel y hospitalario y tierno para conmigo, como un hermano del alma con su propio hermano.

El *Tibi soli peccavi* de David, aun con las sublimemente pasionales notas con que logró expresarlo el genio de Eslava, me parecía poco lamento para lo hondo y sincero y amargo de mi dolor. Y concebí un *Miserere* de sudor y cansancio, de humillación y de asfixia, ¡de inmolación de mi carne pecadora a los pies de Jesucristo, sudoroso, jadeante, dolorido y sangriento en la calle de la Amargura, por amor a mí!.....

Entré en el templo tras el *paso* del Señor, como irían tras él los pocos amigos fieles que lo siguieron hasta el Calvario.

Me ofrecí de costalero al capataz del *paso* para el año próximo y para mientras viviera, y seguí de rodillas en un ángulo oscuro de la iglesia, hasta que se hubieron ido curiosos y cofrades, devotos y turistas, aplanado de vergüenza y de hastío, de amor y de amargura, como en casa de Simón el leproso Maria Magdalena.

Un criado del hotel llevó a mi amigo Pepe una expresiva carta de despedida y acción de gracias. Me habían teleografiado de Berlín, llamándome con urgencia (mentira), y tenía que aprovechar el primer tren. Para ella.....—¡qué sarcasmo!— «un recuerdo, y perdón por no llevarle los claveles prometidos.....»

Y me ausenté de Sevilla aquella misma tarde, no sin ir a despedirme del Señor del Gran Poder, y aprovechar el silencio y la soledad del santuario para hacer una sincera confesión con el cura de San Lorenzo.

VII

Conque aquí tienes el *Miserere* de tu amigo el Conde, durante la madrugada de los viernes santos..... Este año he venido a

rezarlo desde Berlín. ¿Quién sabe el año que viene de dónde vendré? Que vendré mientras viva, no te quepa duda. No se abofetea a Jesucristo impunemente, y menos en la sacrosanta noche de sus dolores, por ninguno que se tenga por caballero. ¡La hice, y la estoy pagando! Yo mismo he sido mi fiscal, mi juez y mi verdugo.

—¿Y dijiste que esa mujer había muerto?.....

—En Viena, de una pulmonía fulminante. Pero aun no la he olvidado. La rabia contra ella fué momentánea. Con la distancia creció el amor, como el fuego con el aire, y aquí me tienes soltero, pues quien vió aquella hermosura no puede encontrar otra que se le iguale, y, aunque arrepentido y penitente por haber pecado, sin poder arrancar de mi alma su criminal recuerdo....

¡Qué enigma, qué enigma es el hombre, y qué libro sellado el corazón!....

VIII

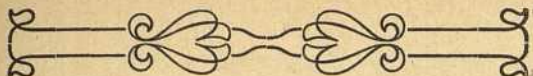
Cuando el Conde acabó de hablar, el sol se había hundido del lado de allá de la iglesia del Patrocinio, de Triana, proyectando en las nubes del ocaso cárdenos resplandores de antorcha fúnebre, como serían las últimas llamaradas del crepúsculo que envolvió el Gólgota en la memorable tarde del Parasceve. Los naranjos en flor, las acacias floridas y los rosales musgo llenos de rosas, hacían recordar los perfumes comprados por las santas mujeres de la Pasión para el embalsamamiento del Dios-Hombre, y las Delicias estaban solas, como el alma de la Madre del Calvario después del Santo Entierro.....

—¿Vámonos?—me dijo el Conde. Y nos pusimos de pié y en marcha. Por el lado de la ciudad se oían las cornetas de los Armados, y una de las Cofradías de Triana (la del Cachorro) pasaba por el puente. Yo callaba, saboreando a mi placer aquel incontrastable influjo de Jesucristo, así en lo más íntimo de la conciencia individual,

como en las costumbres públicas; y el Conde, obsesionado por el recuerdo del *Misere* de Eslava, cantado la noche antes bajo las augustas bóvedas de la gran Basílica, iba tarareando sin darse cuenta de ello, transportado a su *tesitura* de barítono, el versículo inmortal en que llora David su pecado.—*¡Tibi soli peccavi! ¡Peccavi!*

No lo pude remediar: se me arrasaron en lágrimas los ojos, y recé un credo.





EL TIRABUZÓN

I

La carta no decía ni más ni menos que lo siguiente:

«Sr. D. César Téllez de Válór y Ossorio.

»Muy señor mío: A su atenta de ayer, que le agradezco en todo lo que vale, correspondo diciéndole, aunque no sin indecible violencia, que venga usted, ya que tanto se empeña en ello; pero no por la ventana que usted indica, ni a la hora que usted propone.

»Venga, sí; pero a las doce en punto de la noche y a la ventana de la casa de campo, que está entre la cochera y el compás de las Mínimas.

»¿Sería mucho exigir a usted que viniese de gorrilla y embozado, a fin de que, si alguien lo viesé, lo tome por el novio de una de las criadas?

»Hasta la noche, adiós. Es de usted respetuosa servidora, q. l. b. l. m.,—Mercedes Agrela Portocarrero, H. de M.»

II

Yo me quedé como el que ve visiones.

Al principio creí que se trataba de una sangrienta burla a mi honrada pobreza, hecha por el desalmado del Condesito, que, sabedor de mi adoración, cuanto ferviente muda, a aquella mujer sin par en cincuenta leguas a la redonda, me escribía aquella carta con el fin de hacerme leer entre líneas que yo no debía aspirar sino al amor de una de las fregonas de aquel palacio, y no al de la heredera de los Condes de Órgiva, bella como una diosa de Fidias y rica como una reina del Oriente, y esquiva, y zahareña, y reacia hasta con el mismo Marqués de los Abrevaderos, que, sobre una arreciada apostura y un título de Castilla, tenía una de las fortunas más pingües

y desempeñadas del contorno, amén de los requilorios y ringorrangos de *sportsman* distinguidísimo y de político de «grandes esperanzas.....», aunque no hubiese pasado nunca, como tal, de la categoría de «señores que dijeron que *sí*, y señores que dijeron que *no*»; pero hombre, al fin, en comparación con el cual venía yo a ser algo así como un vencejo de campanario, en parangón con un águila de las montañas....., como un triste ingeniero de caminos, canales y puertos, de muy buena familia y todo lo que se quiera, pero tronada, al lado de todo un prócer en dos aristocracias, por lo menos; pues si bien en la del talento estaba por dos velas y en Triana, en trueque, en la linajuda de la sangre y en la modernísima y de nuevo cuño del dinero, eche usted y no se derrame, porque ¡vayan con Dios, al lado de los suyos, los solares más empingorotados de una y otra Castilla, y las más repletas cajas de la feraz y rica Extremadura, donde medía las dehesas por leguas cuadradas!

Que aquella carta, por consiguiente, era una chungu, pero una chungu sangrienta..., algo por el estilo de una carcajada de cruel

sarcasmo a uno que se está muriendo—por-
que yo me estaba muriendo, pero a chorros
por aquella mujer,—eso, innegable. ¿Cómo,
si no, se explicaba *contestar* a una carta *que
yo no había escrito*, concediendo, aunque
con ligeras variantes, pero concediendo a
la postre, una cita que yo nunca, ni
jamás, ni por asomo de soñación, hu-
bírame atrevido, no a pedir, pero ni
a proponer?.....

Sin duda que la cosa no era más que un
rato de pitorreo del Condesito, alma de
mujercilla en cuerpo de hombre....—¿de
hombre he dicho?, ¡qué más quisiera él!—
a fin de desquitarse y sacarse la espina de
haber sido vencido por mí dos días antes
en las carreras de cintas, y en el inmedia-
to, en el tiro de pichón; por cierto todo ello
a vista de Mercedes, que no lo puede ver
ni en estampa y que se había relamido de
puro gusto del descalabro «partido por ga-
la en dos», sufrido por el chismoso me-
quetrefillo.

Que nadie más que el Conde lo sabía, á
lo menos por mí, eso me atrevía yo a fir-
marlo con sangre de mis venas. ¿Quién,
pues, sino aquel indecentuelo, pues inde-

cente me parecía harto honor para él, podía ser autor de aquella carta?....,

¡Mire usted que no conocer yo la letra de Mercedes!.....

Y..... lo primero que se me ocurrió—¡mire usted que estupidez tan grande!--fué romperla en menudos añicos, como se rompe un documento peligroso que nos puede perder el día de mañana. Juré por mi salvación no darme por entendido ni con mi sombra de tan pesada burla, y formulé el propósito de que muriese conmigo el secreto de aquella humillación a mi amor propio y de aquel cínico ultraje a mi primer amor.

Porque Mercedes era mi amor primero. ¿Amor primero, he dicho? He dicho mal. Mercedes era mi exclusivo amor. Amor a lo Petrarca, que habría de acompañarme hasta la sepultura sin perder ni un ápice de su petrarquismo; porque, como buen ingeniero, soy muy dado a eso de medir distancias, y la que me separaba de Mercedes era de esas, para dar aproximada idea de las cuales hay que echar mano de las tablas de logaritmos.

¿Adónde, si no, iba yo, segundón del

segundón del segundón de un Marqués de provincia, de muchos y de muy rancios pergaminos, es verdad, pero que ya para mí no los alcanzaba ni un galgo...., sin más posición en el mundo que una carrera, hecha con tanto lucimiento, a Dios gracias, como trabajo mío y privaciones de mi pobre madre, que tuvo en más de una ocasión, y hasta en más de media docena, que malbaratar una alhaja de familia o un mueble de abolengo para atender a perentorios gastos de pupilaje, matrículas, indumentaria imprescindible y demás zarandajas que una carrera trae consigo....; ¿adónde iba yo, vuelvo a decir, pobre obrero de *smocking*, pero al fin obrero, con aquella heredera de una casa acaudalada, *boccato di Cardinale*, que tenía los pretendientes como moscas, así en la ciudad como en la corte, donde, si bien no levantaba figura—Madrid es muy grande—no pasaba tampoco inadvertida?

Pensar yo, por consiguiente, en aquella mujer era como pensar en una estrella del firmamento. De aquí que, aunque los ojitos se me fueran detrás de ella, como, sin poderlo remediar, se me iban, yo procurase ponerles rienda y hasta lo consiguiese,

afectando, lo mismo en las muchas ocasiones en que la ví en casa de una tía del Condesito, con quien me ligaba y me sigue ligando una amistad hereditaria en ambas familias, que las pocas en que su padre, presidente de la Junta de obras del puerto me había convidado a comer, una indiferencia tal hacia ella, que me río yo de todos los Calvo y de todos los Vico desempeñando un papel de príncipe desganado. «Están verdes», me decía yo, como la famosa zorra de la fábula, ante la imposibilidad, punto menos que metafísica, de atrapar aquel sazonado racimo. Y me envolvía en mi dignidad como en un manto, triste recurso, pero recurso al fin, de los que no hemos perdido nunca nada en el mundo, porque nada hemos tenido nunca que perder, a excepción del honor, y ese lo conservamos immaculado, incólume, intangible.

De aquí que la carta en cuestión, rota y todo a la primera lectura, se me quedase grabada en la memoria como en la plancha de bronce las corrosiones del agua fuerte; y lamentase, ya que no maldijese, haber nacido pobre y no tener por madrina un

hada bienhechora como las de los cuentos infantiles, que me diera una varita de virtud con que trocar en oro de subidos quilates los bloques de sillería acabados de descargar para las obras del puerto.

Así, pues, cuando llegó la hora de acostarme aquella noche, me acosté malhumorado, mohino y cejijunto, murmurando entre dientes a guisa de jaculatoria, mientras me desnudaba, lo de:

El hombre que nace pobre,
Con el viento es comparado,
Que todo el mundo le huye,
No le pegue un constipado,

dejé para mejor ocasión la lectura del número de *La Ilustración Española y Americana*, que había puesto en la mesilla de noche para entretenerme un rato antes de dormirme, según inveterada costumbre. Apagué la bujía, pues me molestaba hasta la luz y a..... pensar en el Condesito, tragándose una carta con letra de mujer, después de habérsela metido por los ojos de merluza..... sentida.

¡Lástima grande que la hubiese roto!

III

.....

Pero ¿y si por mano del mismísimo diablo aquella carta era real y verdaderamente *contestación*, no a la que yo *no había escrito*—claro está que eso no podía ser—sino a otra escrita por cualquier malvado, pero recibida por Mercedes, y ésta me esperaba en efecto—¡claro que para darme un *no* como una casa!,—pero me esperaba al fin?..... ¿Podía yo tolerar que ella.....—¡y aunque no fuese *ella*!—podía yo consentir que toda una señora me esperase en vano?..... ¡Ah! ¡No! ¡De ningún modo! Primero soportar la rechifla del Condesito, o de quienquiera que fuese el autor del documento, si la carta no era de Mercedes—¡desesperación de no conocer su letra!—que exponerme, por huir el bulto a un encuentro, a dejar a una dama desairada y corrida, sin más motivo que su mucha finura en contestarme a vuelta de correo y su mucha dignación en recibirme.

Arriba, pues. A vestirme nuevamente y esperar a las doce, ideando una explicación

satisfactoria de mi atrevimiento en pedirle una cita....., pero una explicación que no fuera pretenderla, pues para recibir un revolcón, siempre había tiempo..... Pero la cosa era.....—y aquí estaba el nudo gordiano de la dificultad—que ¿para qué, sino para requerirla de amores, se cita a una mujer a una ventana?..... ¡Por vida del chápíro verde! y ¡qué perplejidades entre si declararle mi pasión, pasión que yo había jurado que muriese conmigo en lo más hondo, y recóndito, y arcano de mi alma, si decirle....., pero ¿qué carretada de demonios se le dice a una mujer que se adora, cuando se le viene a uno a las manos, como Mercedes se me venía, sino....., en fin, lo que saliera....., y algo habría de salir....., y apostaba doble contra sencillo a que habría de ser..... ¡vaya! una pretensión?.....

Nada, nada, a vestirse, y a vestirse pronto, pues las doce estaban al caer, y que saliera el sol por Antequera. A no quedar a la altura de un cochero de punto en el concepto de aquella mujer, si en efecto *me había contestado*....., o a cargarme la cencerada del Condesito, que me estaría aguardando detrás de una esquina, descontento

desde luego con su dentadura, pues lo que era medio par de bofetadas de cuello vuelto, ése se lo mamaba él como César me llamaba.

Y me levanté de un brinco. Encendí la luz y me vestí en un dos por tres, omitiendo la tirilla, y la corbata por consiguiente. Saqué del maletín una gorra de viaje y me embocé en la capa hasta los ojos, y, como el que va de trasnocheo *non sancto*, me fui por las calles más excusadas y sospechosas hasta la plazoleta de las Mínimas, a la que daba por el lado de poniente la casona con honores de palacio de mis señores papás políticos. ¿Papás políticos?..... ¡Qué más hubiese querido yo!

.....
¡Pensamientos más encontrados y deseos más en pugna consigo mismos, que los que embargaban mi pensamiento y burbujearon en mi corazón respectivamente!..... ¿Estaría de verdad esperándome, o se trataría no más que de una cita por el estilo de la a Jacobo Téllez-Ponce en *Pequeñeces*, del P. Coloma?..... Si yo no le había escrito, ¿cómo me contestaba? Y, si en efecto me contestaba, ¿quién le había escrito y

con qué mal fin?..... ¡Ojalá, por un lado, nadie le hubiese escrito y se tratase sólo de una broma a mí, pues a un hombre no se le pegaba nada, y con un par de *chuletas* estábamos de la otra parte!..... Pero no: ¡ojalá fuese ella la embromada con mi carta supositicia, para que estuviese allí aguardándome como si se tratase de un príncipe....., lo cual sería indicio, siquiera remoto de que yo no le era del todo indiferente, pues me concedía el derecho de beligerancia y me admitía a parlamento!

Pues bueno: supusiéramos que Mercedes había recibido *mi* carta, y prueba de que la había recibido, que bajaba a la reja: ¿podía yo, en conciencia de caballero, valerme de la ocasión que la broma de un mal intencionado me ofrecía, para a boca de jarro y sin más ni más *soltarle la inconveniencia.....*, yo....., pobre paria, sin más que un miserable título de Ingeniero de Caminos, Canales, *et cætera?* ¿Era noble?.....—¿qué digo noble?.....—¿era siquiera medio decente empezar un tratado de amores por una mentira, como era confesarme autor de la carta?..... ¿No era verdad que yo debía decirle—¡pero así, en concien-

cial:— «Mire usted, señorita, que yo no he escrito tal documento.....», exponiéndome, si tal hacía, a que diese una rabotada y me dejase — por cierto con razón que le sobraría por encima del pelo!—aderezado y sin novia?..... Abriérase la tierra y me tragara vivo!

Y con estos pensamientos en el caletre llegué por fin a la plazoleta de las Mínimas, solitaria a la sazón, como un cementerio en desuso, muda como el silencio de la noche, e impregnada de quietud y de melancolía medioeval, como un olvidado rincón de la imperial Toledo.

No bien había vuelto la esquina, el esquilon del campanario de las monjas que tocaba a maitines. ¡Las doce.....! ¡Más puntual!.....

¿Y seré para poco, que sentí como que me flaqueaban las piernas y se me apagaba la voz en la garganta?..... Subí la cuestecilla que forma la plazoleta por la fachada occidental de la casona, dejé atrás la portalada de la cochera, allende la cual me saludó un mastín con nada amigable ladrido y..... ¡Madre de las Angustias, y

que angustias las mías! ¡Héteme en la ventana!..... *Alea jacta erat.*

IV

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Y nos quedamos los dos más callados que un muerto.

—He recibido por el correo interior su... atenta carta—me atreví a decir, tras dos o tres carraspeos que a nada allí venían, un si es no es contrariado por lo muy epistolar de pacotilla que me había resultado el estilo,—y, ante todo, muchísimas gracias por ella, y más todavía que por ella, por haberme concedido tan grande honor, como es haber bajado a la ventana a recibirme.

—No hay por qué darlas.

Y entonces, entonces era cuando venía, que ni anillo al dedo, decirle: «Como ya en mi carta de tal fecha significaba a usted, yo siento por usted esto y lo otro y lo de más allá; pero ¿sabía yo acaso y por ventura lo que decía la carta a que tenía que aludir?..... A aun dando de barato que yo

lo supiera, ¿podía yo ultrajarla diciéndole una mentira?.... ¡Malhubiera la caballería en ocasiones, que, como decía muy bien de la vergüenza la consabida definición, es una cosa que para nada sirve y para todo estorba! Huyéramos, pues, de referirnos a otra carta que no fuese la suya y entráramos de lleno en la cuestión....; pero esa era precisamente la cuestión: que yo no tenía otra cuestión que plantear....., pues la única planteable era la de mis amores, imposibles, dada su excelsitud y mi escasa o ninguna valía....., y eche usted apuros y tramosos, y perplejidades en mi alma y sudores de botijo de Andújar, a pesar del fresco relente de la noche, en toda la periferia de mi cuerpo.

—Pues sí—seguí diciendo, después de veinticinco eternidades de angustias, pues tal me parecieron los cinco o seis segundos de silencio que siguieron a su escueto y comedido «no hay por qué darlas».—Yo tengo que marcharme muy pronto—mentira y requetementira....., pero mentira que yo convertiría en verdad, pues a continuación de decirla lo resolví,—y, por si no vol-

vemos a vernos más, yo le quiero hacer saber, y se lo hago, que habrá habido en el mundo, yo no lo niego, amores .. ¡vaya! ¡de ángeles! pero como este mío por usted...., crea usted, Mercedes, que Dios rompió el molde.

—Muchas gracias.

—¿Qué gracias, ni qué niño muerto? Las gracias deben darse por lo que se recibe sin que se merezca: cuando se.....

—¿Y merezco yo acaso que usted me ame, y menos de esa manera tan despropositadísima?

—¿Que si lo merece usted?..... ¿Que si lo merece usted?..... Pero ¿usted se ha mirado al espejo, criatura?

—Más de milenta veces todos los días.

—Vamos, ¿y qué?

—Pues..... una vulgaridad como otra cualquiera.

—¿Conque una vulgaridad?.... ¿Conque una vulgaridad?..... ¿Conque.....

Y no se me ocurría nada con arte. ¡Por *vinchale!*.....

—¿Y decía usted que se marchaba pronto?—me preguntó, como si quisiera esqui-

var los caminos hacia donde el diálogo parecía enderezar su rumbo.

—Sí, señorita; muy pronto... Pero lo más triste para mí es que ya nunca volveremos a vernos; o mejor dicho, que ya nunca, nunca volveré yo a ver a usted.

—Pero ¿tanto le urge esa marcha?

—Como urgirme, lo que se llama urgirme, no, señorita. Pero ¿quién sigue aquí, para tener que estarla viendo a usted, y viendo siempre en vano?

—Pues crea usted que no entiendo lo que quiere decir. Dice usted que lo más triste de su viaje es tener que dejar de verme, y a renglón seguido que se va usted porque, de seguir aquí, va a tener usted que estarme siempre viendo. ¡Conque ayúdeme usted a desliar semejante lío!

—Es que no ha concluido usted mi frase. No he dicho simplemente *tener que ver a usted*, sino *verla EN VANO*.

— Como usted no se explique....

—Pues allá va la explicación; pero constele a usted que la fuerza del consonante me arrastra a ir más lejos de lo que entra en mis planes. Lo triste no es *verla* a usted, y por eso, y sólo por eso, siento tan-

to irme. Lo triste, lo desesperante, es verla a usted *en vano*, como, pobre de mí, tendré que verla siempre, y por eso me voy....., ¡pero mañana mismo!, ¡pero a la fin del mundo!!

—Insisto en que no doy con la explicación de la adivinanza. ¡Cerrazón de mollera como ésta mía!

—Pues mire usted, y usted perdone lo atrevido de mis deseos: amando a usted, Mercedes de mi alma, como yo la amo; siendo usted, como es, el ideal supremo de mis ideales....., la suma aspiración de mi alma....., mi cielo en la tierra....., mi..... ¡qué sé yo, Mercedes, qué sé yo!, pues hasta se me saltan las lágrimas al ver que usted me oye estas cosas y no me contesta con un bofetón.....

—¡Jesús, María y José!..... ¡Darle yo un bofetón!..... ¿Y con qué motivo?

—¿Y le parece a usted poco? ¿Quién soy yo en el mundo, no para aspirar a su mano de usted, que yo no aspiro a eso—¡libreme Dios de atentado semejante!,—sino para que usted, no solamente se haya dignado de acudir a mi cita....., es decir: a mi cita no, es decir: a mi cita sí.....—usted perdone,

porque estoy que no sé ni lo que me digo, —sino que me esté oyendo....., y tolerándome que le hable de imposibles...., es decir, de imposibles no, porque yo no quiero de usted ningún imposible; yo no quiero que usted me quiera, ni que me corresponda, ¿está usted? Lo que yo quiero de usted es nada más que sepa que

Como yo te he querido, desengáñate,
Así no te querrán.

y usted perdone mi desacato.

—Mire usted, César, aparte los..... mil infundios que acaba usted de enjaretar respecto a ese amorazo tan regrandísimo y tan sin motivo ni fundamento, pues eso es más de novelas que de la vida real, lo que yo no puedo tolerarle ni consentirle es que piense tan exageradamente alto de mí, ni tan rematadamente bajo de sí mismo. ¿Quién soy yo, después de todo, para.....

—¿Usted?..... ¿Usted?..... ¡La Pilarica de Zaragoza, en carne mortal!..... ¡La.....

—Una muchacha de clase, ni más ni menos, hija de unos señores que pasan por ricos, si con razón o sin ella, ¡averigüelo Vargas! ¿No ha oído usted el refrán? «De

dinero y santidad, la mitad de la mitad?> Pues eso, para que usted se entere, vengo yo a ser: una muchacha de clase, con fama de rica.

—¿Y le parece a usted poco?

—Para el monjero de ahí junto, claro que vendría a ser algo así como el premio gordo de Navidad. Comparada, pongamos por caso, con usted—sin que esto prejuzgue ninguna cuestión,— ¡vamos!, que no va tanta diferencia.

—¿Que no va diferencia?..... ¿Que no va diferencia... de los querubines de la gloria, a..... los escarabajos de los estercoleros?.....

—César, por Dios, no diga usted disparates. ¿Es usted acaso de familia peor que la nuestra?

—No: si a familia vamos, allá se andan: en cambio, usted, con más o menos exageración en el haber que se le atribuye, tiene un fortunón deshecho, y yo.....

—Y usted una carrera, y una carrera ejercida con el aplauso de todo el mundo.

—Pero si aquí la diferencia, después de todo, no está ni en los linajes ni en los haberes: la diferencia está en las personas: en que yo no soy nada, ni soy nadie, ni valgo

tres cominos, y usted es....., usted; usted es....., usted; usted es....., en fin, usted.

—Y no salga usted de ahí, y no se perderá.

—¡Salir! ¿Y cómo he de salir?..... En fin, Mercedes, que el hablar de estas cosas es hablar de la mar. Y lo mejor es, una vez confesada a usted mi pasión y..... derramar a los pies de usted mi alma enamorada, como un pomo de aromas, hacer punto final, y marcharme..... y morirme.....

—¡No lo permita Dios, si ha de ser por causa mía!

—Por causa de usted, no; con motivo de usted, sí.

— ¡Y dale, bola! ¡Cuidado con los rompecabezas de este hombre! ¡Pues no es menester un intérprete para entenderse con él!.....

—¿De manera—me atreví a decir, liándome la manta a la cabeza y jugándome el todo por el todo,—que usted no extrañaría que yo la pretendiese?

—¿Extrañarlo?..... ¿Por qué? No quiero decir por esto que yo lo aceptara; pero ¿extrañarlo?

—Ea: pues figúrese usted—añadí ha-

ciendo la hombrada más grande que he hecho en mi vida—pues figúrese usted que la he pretendido.

—¿Y cómo figurarme lo que no es?

—Y tiene usted razón que le sobra, y sólo al que asó la manteca se le ocurre sandez semejante.

Y nos volvimos a quedar callados: yo, corrido de vergüenza, de haber metido la pata hasta la ingle, y ella..... ¡Vaya usted a saber cómo estaría con tamaño desacato a su real persona!

—Pues bueno--me arriesgué a decir, aunque con culebrinas en los ojos, temblor como de perlático en las extremidades y tartamudeo de examinando «con mala suerte»:—puesto que no hay tanta diferencia entre nosotros como yo creía. ... y aun sigo creyendo; puesto que en el abolengo de los linajes y en pergaminos, allá nos andamos, y..... dando de barato que una carrera como la que yo ejerzo no desdiga este mundo y el otro de un capital como el de los Condes de Órgiva....., ¿me otorgarás....., es decir: serás tan buena para conmigo, que me permitas la dicha de..... tutearte?....

Y me escapé por la tangente. Mi interlo-

cutora hizo un movimiento de hombros como de contrariedad, que me animó lo indecible; comprendí que era otra la conclusión de período que ella esperaba, y lo remendé, aunque de latiguillo, con esta otra cláusula:—para, una vez quitado de en medio el *usted*, que tanto embaraza en un diálogo de amor, pedirte.... de rodillas, si es menester, que.... ¡no que me correspondas: yo no me atrevo a tanto!, sino que...., en fin, que te fijas en mí un poco, a ver si, por lo que tú más quieras en el mundo, me vas tomando algún cariño.... porque ¿cómo has de quererme así de sopetón? y a mí no me extrañaría ni chispa que me dijeras que te soy indiferente...., cuando más, simpático, pero que amarme de amor, eso es muy pronto todavía....

—Pero tú te lo dices todo, criatura. Mira, César: decirte que te quiero de amor sin haberte tratado apenas, claro está que sería engañarte, y eso no es honrado. Pero, de serme indiferente como supones, ¿hubiera yo hecho la calaverada de salir de mi habitación a media noche y de atravesar esos patios, oscuros como boca de lobo? Cuando se da este paso que yo he da-

do por tí, por algo se dá, César; de modo, que ríete tú de las que después de haber salido a la ventana se ponen con tiquismiquis y con remilgos, pues para decirle a un hombre que no, se le dice por escrito y santas pascuas.

¡Y no me morí de gusto al oír aquello, porque—¡mentira y requetementira!—la alegría no mata a nadie!

—Según eso—insistí con una valentía rayana en la temeridad,—no te soy indiferente, ¿verdad que no?

—¿Indiferente? ¡Ni mucho menos!

—Sino más bien, algo más a mi favor.... En fin, simpático, ¿no es eso?

—Y si no fueras tan replasta como eres, ni tan chinchísimo, me lo serías mucho más.

—¡Ja, ja, ja! ¿Luego tan plasta soy?

—¡Y tan replasta, hijo, y tan replasta! ¡Sangre más gorda!.....

—¿Y se puede saber cómo quiere *su señoría* que yo me porte, para que esa simpatía vaya cristalizando poco a poco en amor?

—Pues mira, allá va, ahora que nadie nos oye. Esas hurañerías de carácter tuyas, ésas, para los solitarios de los desiertos, y ese bajo pensar de tí mismo y ese tenerte

en nada, eso, para los novicios de la Compañía de Jesús. Todo extremo es vicioso, ¿estás? Y así como es insufrible un hombre petulante y engreído y *partecorazon*, así uno apocado y cena-a-oscuras, como tú....., ¡vaya!, que no va a ninguna parte. Ni ¡arre!, que trote, ni ¡sol!, que se pare. Tanto se peca en el mundo por carta de más, como por carta de menos.

—Oye—hube de decirle encantado de su buen juicio: —¿sabes que desde que te he oído hablar me resultas demasiado más novia para mí que lo que yo creía al principio?

—¿Novia tuya?.....¿Y quién te ha metido en la cabeza infundio semejante?

—¿Conque ahora estamos ahí?

—¿Y cuándo hemos estado más acá o más allá?

—¡Pues ésa sí que está buena! ¡Yo creía que estábamos ya arreglados más de cuanto há!.....

—No, hijo; no se ganó Zamora en una hora.

—¿Entonces, hay que empezar otra vez por el principio?

—¿Ves tú? Otra puerilidad. ¡Cuando te

tengo dicho que eres un niño grande!—Y juro en Dios y en mi ánima que nunca me lo había dicho.—¿Vaya que tú no concibes un noviazgo sin pretensión que le sirva como de vestíbulo? Eso se queda bueno para los cadetes. Las personas formales como nosotros, pelan su pava todas las noches *sin faltar una*, pero de lo que encarta y nada más. ¡Cuidado como mañana me vienes con tonterías!

—Entonces ¿vengo mañana también?

—¡Otra que tal! ¿Pues no habías de venir, alma de cántaro?... Es decir, a no ser que te vayas a ese viaje al Polo Norte, que tienes en cartera...

—No; queriéndome tú, no me voy; y tú me quieres, ¿verdad?

—¡Y dale, bola! ¡Me parece que vamos a hacer nosotros pocas migas!

—¡Ay, no, por lo que tú más quieras en el mundo!

—Pues veremos a ver cómo te portas. Y ea: vete ya, que está al caer la una y temo que mamá se despierte y me vaya a echar de menos y ¡figúrate! Es posible que mañana te convidemos a comer. No vayas a excusarte como algunas veces. De venir, co-

mo vendrás, procura estar conmigo muy expresivo para que vayan entrando en sospechas, y hablame de tú, de modo que te oigan. Y..... ¡despabilate, alma mía, despabilate..., que parece que estás en Gilena, de vuelta de Belén!

V

—Lo que has hecho con ese pobre muchacho, no se hace.

—¿Tan grande mal le he hecho?

—Tanto así como mal, claro está que no. Pero figúrate tú que se enterase la gente por ahí de la diablura de que te has valido. ¿Eso lo hace ninguna niña decente?.. ¡Fingir que él te había escrito, cuando no le pasaría al infeliz tal cosa ni por las telas del pensamiento!

—¿Y qué iba a hacer si no? ¿Cruzarme de brazos y consentir que me casaran con el insoportable de Abrevaderos o con el tití del Condesito?

—Consentir eso, no, pero bien podías haber esperado a que César se hubiese decidido.

—¡Buenas y gordas! ¡Pues si ha necesitado el alma mía un tirabuzón para sacarle la palabra del cuerpo! Desengáñate, conciencia; si no hago lo que tú calificas de diablura, y que quizás lo sea, yo no lo niego, ése no se me arrima, ni con una garrocha, ni el día del Juicio por la tarde. Y por un respeto humano—porque los respetos humanos son muy malos, ¿sabes?—por un respeto humano ¿iba yo a dejármelo ir, tan rebueno, ¡porque mira que es bueno!; tan inteligente....., ¡porque mira que es un pasmo lo que sabe esa criatura! ¡Con decirte que a papá lo trae aturullado!; tan reguapísimo..... ¡porque mira que es guapo!, y luego, de clase; ya ves que se puede cruzar, lo que papá nunca ha podido. ¡Y vaya si cruzo yo a ese antes de casarnos! Yo te aseguro que se cruza, o puedo poco... ¿Qué estás diciendo?... ¿que es pobre?, pues para eso soy yo rica, gracias á Dios, y bendita sea la hora en que puedo con mi dinero comprar la dicha de hacerlo feliz..., porque yo te aseguro que voy a ser una esposa como Santa Juana Francisca Fremiot...., y se va á estar mirando en mis ojos y yo en los suyos..... Pues bueno, y

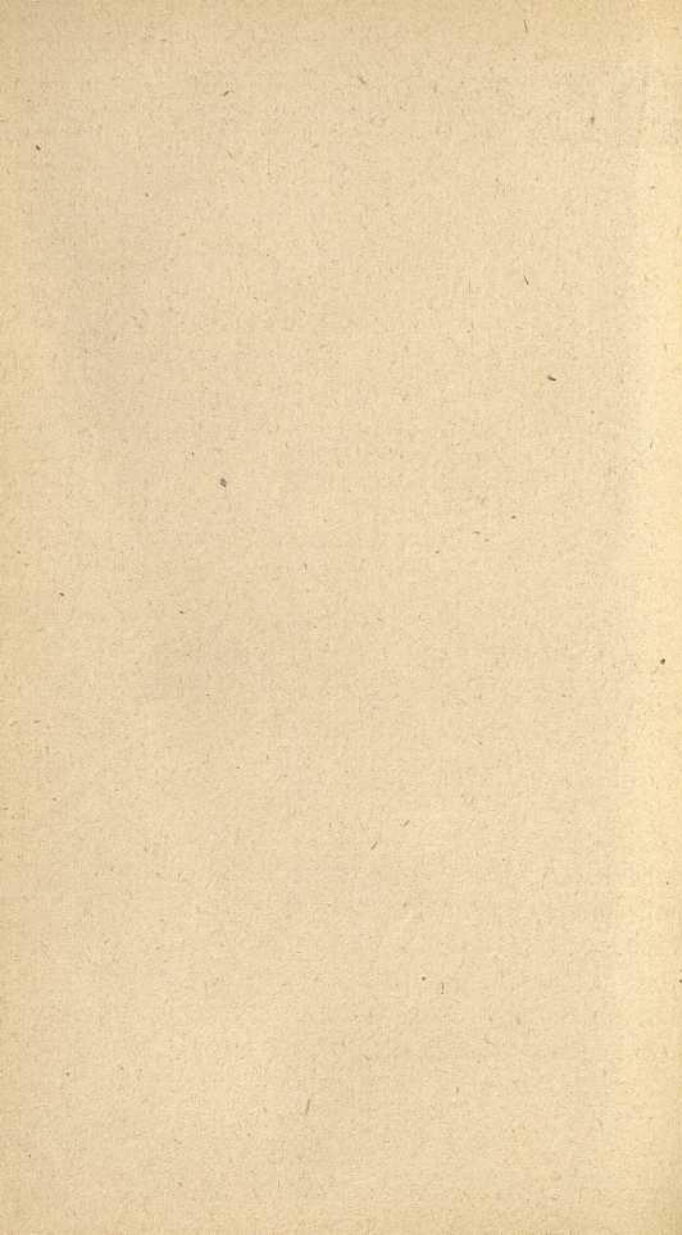
para que me dejes dormir de una vez: porque él sea ten recataplasmísimo, que queriéndome, no me decía nada ¿iba yo a pasarme la mocedad esperando el santo advenimiento? A bien que dice el refrán que lo que no va en lágrimas va en suspiros; y todo lo que él tiene de tentón y meticoloso lo tengo yo de resuelta y de despachada. ¡Pues no que no! ¡Lo que siento en el mundo es no haberme liado la manta a la cabeza dos meses antes!

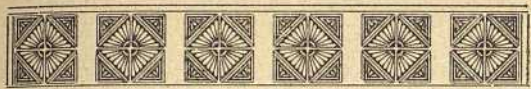
VI.

Reflexión moral del copista:

—¡El demonio, el demonio son las mujeres!







EL CONCEPTO DEL DELITO

HISTÓRICO

I.

«Senore reLle Majos ciero una mune-
cagran De i unca va llo pa Ugenín. este no
esqirbe poqueno sa ve memo ria y dulce
palos dos tamié ceremos una pelo ta

«MARUCA»

Tal fué el documento autógrafo, *ilustrado*
de borrones y enmendaturas, que la chi-
quilla más mona, picotera y ladina que ha
frisado en los siete años en el mundo, es-
cribió a los Santos Reyes del Oriente
el día 5 de Enero, víspera de Epifanía;
claro está que de común acuerdo con Eu-

genín, año y medio menor que la memoria-
lista, de pié sobre una silla del escritorio
de su padre y dejado caer de bruces sobre
la mesa, mientras la Pardo Bazán en minia-
tura «sacaba de su cabeza» aquellas cosas.
El no sabía escribir ¿está usted?, pero echa-
ba borrones mejor que su hermana.....

Entre saltos y brincos llevaron a mamá
la epístola, para que le pusiera el visto bue-
no. Eugenín quiso leérsela; pero... como no
sabía, tuvo que desistir de su propósito y
dejar a su hermana ejercer la secretaría en
la sesión. La madre halló de perlas el do-
cumento, a juzgar por el chaparrón de be-
sos con que hubo de premiar la labor artís-
tica de la escritora y los buenos deseos del
colaborador, y, llamando a su esposo, que
acababa de llegar de la fábrica, le enseñó
aquel prodigio caligráfico.

—¡Mira, mira!....

—¡Muy bien!—dijo el papá, con la obra
literaria en la mano, y los autores metidos
entre las piernas.—A comer deseguidita, y
a acostarse pronto, si no, no vienen los
Reyes.

Terminada la comida con el mayor jui-
cio, pues apenas si Eugenín tiró del pelo á

Maruca dos o tres veces, se pusieron los zapatitos de los solicitantes en el balcón; quedó atada con un lazo á la reja de aquella peregrina epístola y fuéronse á dormir muy llenos de esperanzas, Eugénin a su cuna, que después de su advenimiento no había tenido postor, y Maruca a su cama, como una mujer de cuerpo entero. ¡Ya ve usted!, sabía escribir y todo, o, mejor dicho esqirbir.....!

Cuando estaban aún a duermevela, Eugénin se incorporó en la cuna, todo sobresaltado por una duda horrible, que pasó por su mente como un pájaro siniestro. La duda era esta: si en castigo de no sé qué desaguizado, que solía hacer en la cama las más de las noches, lo dejarían sin el caballo los Santos Reyes....

—¡Maruca!—gritó a su hermana con eco plañidero. — ¡Oye!.... — y sometió al arbitraje de la licurga la resolución del caso.

Maruca se atragantó con el *utrum*, como diría un escolástico, o pregunta, como decimos por acá. Quedó perpleja ante lo arduo del problema propuesto, y echando por la calle de en medio, se agarró á lo

más seguro, diciendo al consultante con tono sentencioso:

—Pues, hijo, ¡no lo hagas! Míra tú yo.

—¡Porque tú eres grande!—le replicó Eugénin para desvirtuar su mérito.

—Pues a ver si siquiera esta noche.....

—Bueno: llámame tú cuando yo tenga ganas.....

—¡Ya se ve! ¡Voy yo a estarme despierta toda la noche, para que pasen de largo por el balcón los Reyes Magos! ¿Tu no sabes que no vienen cuando los niños no están dormidos? Duérmete y calla.

—¡Pues como llegue a..... hacerlo y no me dejen nada, verás tú!

—¿Y qué me va a mí a pasar?

—¡Nada! ¡Prevente!

Y se quedaron dormidos, soñando con los Reyes Magos.

II.

¡Maruca se volvió loca de contenta por la mañana!

Los Santos Reyes se habían portado, como, después de todo, se porta todo el

mundo: como quienes eran; esto es, como Reyes y Santos. Como Reyes, porque mayor magnificencia de muñeca no era posible. ¡Una muñeca que cerraba los ojos y que decía papá y mamá! Y como Santos, porque le habían enderezado una carta, contestación a la suya impetratoria que me río yo del venerable Tomás de Kempis dando consejos. ¡Descuidaran los Santos Reyes, que no habían de caer en saco roto sus saludables moniciones!..... ¡Iba a ser más rebuena de allí en adelante y más bien mandada, siquiera por gratitud!.....

Y, haciendo caso omiso del caballo para Eugenín y de la pelota y los dulces para los dos, se abalanzó a la muñeca de sus ilusiones; y, arrebujiándola en su propia camisa, para guarecerla de la intemperie, descalza de pies y piernas, fué corriendo a la cama de Eugenín, para que fuera el papá de aquel hechizo.

Eugenín se quedó extático.

—¡Oye, cierra los ojos!—fué la suprema síntesis de todas sus impresiones, abriendo desmesuradamente los suyos y clavándolos en los de *su sobrina*, acostada por la madre en la cuna del tío.

—Pues ¡mira, mira!—replicó encantada Maruca, poniendo de pie la muñeca, con lo que ésta hubo de abrir los ojos, con nuevo espanto de Eugenín, que jamás había visto muñecas de aquella clase.—Mira, verás.

Y le tiró de un bramante que le salía de debajo de la camisa.

—¡Papá!—chilló la muñeca con voz como de anginas.

Y Eugenín con los pelos crispados de estupor, se llevó los brazos a la espalda como para ahuyentar todo peligro de tocar aquello ¡Aquello estaba vivo!.....

—¡Tonto!—le dijo Maruca, para aquietar sus temores, sin conseguirlo:—¡si no tira bocados! ¿Lo ves?

Y estrechó la muñeca entre sus brazos maternales, con lo que se quedó dormida al acostarla, con nuevo horror de Eugenín que le decia con supremo espanto:

—¡A ver si la matas, burra!

III

A los dos o tres días de este diálogo, la muñeca desapareció de la casa, sin dejar ni vestigio por donde barruntar su parade-

ro. Ni señores ni criados pudieron dar con ella, por más pesquisas y por más rebuscos, llevados a cabo por encontrarla, antes de dar a Maruca la noticia.

Maruca, cuando lo supo, soltó el trapo a llorar, como cumple a una buena madre la pérdida del hijo de sus entrañas, y más si es el primogénito... ¿Eugenín?... Eugenín no lloró, porque el hombre es más fuerte que la mujer; pero muy honda impresión debió causar en su alma aquella horrible *desgracia de familia*, pues oír hablar de la muñeca y demudársele la color del rostro todo era uno, sin que fuera posible, por más ruegos que le hizo Maruca, que subiese con ella al doblado a buscar por arcones y baúles aquella amada prenda segada en flor, o le ayudase a inquirir, por entre los mil trastos de la bodega y de las cuadras, rastro o columbres, huella o barrunto del llorado bien.

«—¿Adónde te ausentaste,
Amado, y me dejastes sin gemido?»

Y Maruca tornaba a sus lamentos de madre *orbata filio*, y Eugenín a decirle con sequedad espartana:

—No voy ¡eal!; búscala tú.

IV.

—Pues ¿que edad tienes tú?

—Cinco años y medio.

—¿Y quién te ha dicho que vengas a confesar tan chiquitín?

—Yo solo, porque soy muy malo.

—Conque tan malo ¿eh?

—Sí, Padre: tengo un pecado que confesar la mar de grande.

—Pues dímelo, hijo mío.

—No se lo diga usted a nadie, pero ¡yo fui!

—¿Que tú fuistes?

—Sí, señor; digo: sí, Padre.

—Y ¿qué es lo que fuistes tú?

—¡El que mató... (y el penitente rompió en un llanto que hubo de enternecer al confesor) el que mató la muñeca de Maruca!

Y mi hombre respiró como el que se quita de encima una montaña... Su pecado contra el Cielo y contra Maruca, torcedor de su memoria durante la vigilia, y pesadilla de sus ensueños, quedaba desde aquel punto y hora fuera de su conciencia, y al

arbitraje del confesor, que se lo perdonaría con poder divino... ¡Había pecado, verdad, y pecado horriblemente! Su pecado, sin embargo de ello, tenía una atenuante a su entender, y es muy humano atenuar las faltas propias. Por eso ante los hipidos de su hondamente sincera contrición, añadió, como el que saca la cara por su honra:

—Pero no echaba sangre, ¿sabe usted? no echaba más que serrín.





EL TRAJE BLANCO

I.

Yo no sé lo que anteriormente habrían platicado madre e hija (una hermosa matrona de hasta unos cuarenta años, de porte señorial y distinguidísimo, aunque vestida de humilde hábito del Carmen, y una muchacha de menos de veinte abriles, elegante y *comm'il faut* en medio de su *des-habillé*, y bella, como cuando Dios quiere echar el resto en una criatura), de pie las dos en una más que regular pieza de la casa, cubiertas las paredes de colchas, edredones, tapices y cortinajes; en derredor de los muros, y como sobre un mostrador corrido, docenas de ejemplares primorosísimos de ropa interior, de cama

y de mantelería, y en el centro una mesa, de casi todo el largo de la estancia, en la que se mezclaban sin confundirse, sino antes ayudándose mutuamente a producir maravilloso efecto, encajes y porcelanas, joyas y tarjeteros, sombrillas y devocionarios, guantes y objetos de plata, abanicos y pieles, peinetas y cinturones, pilas de agua bendita y mantillas de casco....., todo lo que la buena voluntad, en fin, o el compromiso, el agradecimiento o la esperanza, el «qué dirán», o el parentesco, con más o menos sentido práctico, o más o menos inoportunamente, suele enviar en compañía de una tarjeta como regalo de bodas.

No faltaba en la habitación algún que otro maniquí; aquél, con un «salto de cama» que era un hechizo, y estotro con un traje de ceremonia que era un pasmo, ni algún que otro perchero de reluciente níquel, sosteniendo en lo alto de su soporte sombreros atrevidísimos, adornados de plumas o de flores, cuando no de lo uno y lo otro, entre lazos de cintas y alborotos de gasas.

Que allí iba a haber boda, por éstas, que son cruces, y milagrito sería que la niña

que ya conocemos no fuera la interesada; nosotros, sin embargo, no ponemos ni quitamos rey, sino que nos atenemos a lo que oímos.

Por eso comenzamos por decir que no sabíamos lo que habrían hablado anteriormente madre e hija: en cambio, mire usted con cuánta puntualidad transcribimos letra por letra lo que escuchamos desde detrás de un biombo.

II.

—Te he dicho que traje blanco, ni que lo pienses.

—¡Pero mamá!.....

—Te he dicho que ni pensarlo ni soñarlo, y de ahí no me apeo, ni por los catalanes.

—¡Pero si él tiene ese gusto!

—Pues que se quede sin él. Todo no nos va a venir, que ni a pedir de boca.

—Pero, de todos modos, ¿no es regalo suyo? ¿Qué más te da a tí? ¡Mira que es fuerte cosa! Figúrate que a él le gusta todo de lo mejor...

—Pues que te compre el negro de enca-

je Chantilly que vimos la otra tarde en el escaparate de casa de Ramírez, que ya ves si cabe ahí gastarse una fortuna. Pero casarse de blanco ninguna hija mía, eso, que se le quite a él de la cabeza.

—¡Eso es!..... ¡Traje negro, y luego velo blanco, como las cursis! Pues ¡no quiero, ea!

—¿Velo blanco, demonio? Primero una mortaja. Nada, no. Para eso me he gastado un dineral en la mantilla de parches que llevas, que se la puede poner con orgullo la Reina de España: para que te la pongas ese día, con tu peineta de concha cincelada, que hasta allí la canela. Pero ¿velos blancos en mi casa, mucho menos sobre vestido negro, *combinación* que huele a hambre atrasada? ¡Quita, quita!

—Entonces, ¿todo negro, como una viuda?

—Como una viuda, no. Como una gran señora, que se viste de arriba abajo de encajes legítimos, en lugar de vestirse de rasete de a dos duros la vara, y se prende una joya, pues joya es una mantilla como la tuya, en vez de dos o tres metros de mosquitero.

—¡Pues yo no voy de negro, aunque tenga que subir al poyetón!

—Pues ya puedes ir apalabrándote con Pilatos, pues lo que es traje blanco ninguna hija mía....., primero depositada por el juez. Para muestra, un botón basta..... ¿Qué es eso? ¿Lagrimitas?... Pues lo que me decía mi madre, que en paz descansa: «Que cantes, que llores, la misma renta te corre.»

III

Aquella misma tarde, en un lindo confidente de la sala de confianza, en uno de cuyos ángulos, cayéndose de sueño por más señas, la madre hace labor, mientras ellos departen *sotto voce*:

—Que sí, que tú tienes algo y me lo ocultas. ¡Si te conoceré yo a tí!

—De verdad. que no tengo nada..... Un poco de jaqueca nada más.

—¿Y por un poco de jaqueca nada más lloran ahora las mujeres casaderas?

—Y ¿quién te ha dicho a tí que yo he llorado?

—¡A ver que gracia! Pues ¿y esas lágrimas,

Esas dos líquidas perlas,
Silenciosas y tranquilas,
Que ruedan de tus pupilas
Convidándome a beberlas?

¡Digo, digo! ¡La que no había llorado!....:
¡Si me están dando ganas, chiquilla, de
cantarte una saeta!

—¡Tonto éste!

—¡Como que hasta allí la Virgen de los
Dolores!

—Con las cosas de los santos no me
juegues.

—¿Y es jugar con las cosas de los santos
compararte con la Virgen de los Dolores?
Hasta la copla lo dice:

No me llores, no me llores,
Que me pareces llorando
La Virgen de los Dolores.....

Pues bueno: parézcame usted, o no me parezca, la Virgen de los Dolores, lo que yo quiero saber, pero pronto. ya mismo, es por qué está llorando su señoría.

—Pues..... por lo que ya te he dicho:

porque tengo un jaquecazo, que no me lo merezco

—Eso no lo creo yo, ni aun cuando en cruz te pongas: conque vengan otros motivos más creíbles.

—Pues eso, y nada más que eso: ¡la verdad!

—¡Júralo!

—Bueno....., y otra cosilla, pero sin importancia.

—¡A verla ahora mismo!

—Pues....., ¡pero si no es nada, después de todo!....., sino que mamá no quiere que me regales vestido de boda blanco.

—¿Y por eso lloras tú en el mundo, lucero de la mañana? ¡Yo te lo compro....., si es menester, como los de los cuentos: con el sol y la luna y todas las estrellas..... y todos los peces del mar....., y todas las flores de los campos! ¿Llorar tú por eso, ni por nada del mundo, mientras yo esté en él?..... ¡Vamos! ¡Si cuando te digo yo que eres una muñeca! ¡Mira la tonta!

—No, no; si es que tú no te has enterado de lo que yo quería decir: es que mamá no quiere que me case de blanco, ni por un solo Dios, y yo quiero traje blanco a todo trance.

—Pues de blanco, y tres más: ¿qué más le da a ella?

—Es que ahí está la cosa: que mamá no quiere, y es menester que quiera.

—Vaya, entendido: que hay que echarle los cabestros....., *aunque en mala comparación*: pues iremos, si te parece, por el padre Sagastizábal, que tanto puede con ella..... Por eso no te apures.

—Quita, quita, demontre. ¡Meter un confesor en esos berenginales! Y además, que buen padrino íbamos a buscar al nene: ¡mira tú el padre Sagastizabal, que si fuera por él estaríamos vestidos de estera como los Padres del Yermo! Eso es para que tu madre, y nada más que tu madre, lo haga cuestión de gabinete, vamos al decir; y con su diplomacia, porque la tiene y mucha, consiga de ella que dé su brazo a torcer. Si no, ya me estoy viendo toda de negro como una cucaracha, y

Yo soy la viudita
Del conde Laurel.

—Pues si no son más que esas las penas de mi niña, ya puede ir soltando la carga-jada.

—¡Qué bueno eres, Alfonso!

—¡Calla, feísima!.....

IV

Una berlina con dos caballos que se para en la puerta de la casa, y un lacayo de librea que salta del pescante, se destoca y abre la portezuela del vehículo. Una señora de *incierto* edad (pues, como ha dicho alguien, no hay nada más incierto que la edad de las señoras de cierta edad), que baja de la berlina, se compone los pliegues del velo, se recoge la cola con el garbo de una polluela y el empaque y señorío de una gran dama, atraviesa el zaguán y llama a la campanilla.

Afortunadamente, pasa un criado, que la abre la cancela de par en par, con ese raro instinto de los criados antiguos y de las grandes casas, que saben hasta en sueños quiénes son los visitantes de antesala y quiénes los que a cualquier hora son recibidos como el agua de Mayo. La señora tras un campechano «adiós, Curro», sube a menudos saltitos la alfombrada escalera de mármol de Granada, y hétela levantando la

portiére de la sala de confianza que conocemos y diciendo, segura de que sí:

—¿Se puede?.....

—Adelante—le contesta la dama de hábito carmelita, saliéndole al encuentro, besándola en ambas mejillas y besada a su vez de igual suerte y manera. El obligado saludo: «¿Cómo estás?» «Bien, ¿y tú?» «Yo, tan buena», y las dos, arrellanadas en el confidente que también conocemos.

—Mira, Isabel—empieza a decir la visitante, abriendo un lindo saco de mano y sacando un estuche de tafilete con desollones y sobaduras,—aunque digan que me he vuelto loca con el casorio. Pero me he encontrado allí este broche de esmeraldas de mi abuela, que yo no he de ponerme, y me parece mucho mejor que el que tiene el collar de pedida que trajimos a Lulú meses pasados. Unicamente a tí haría yo estas confianzas. No me agradezcas el broche, por consiguiente. Agradéceme, en todo caso, que te ponga las cartas tan boca arriba y el que todo me parezca poco para ese ángel de Dios que me ha regenerado a mi hijo y me lo ha convertido en un San Luis Gonzaga..... con ganas de casarse. Y a propósi-

to de casamiento; pues a eso venía precisamente, a enseñarte estas muestras para el traje de novia, pues para mí es indiferente, como tú te puedes figurar, que sea así o sea asao, y lo que quiero es que sea a gusto tuyo, y sobre todo, *al gusto de ella*. Mira: ésta, de crespón..... ¡Cosa más ideal!..... No echés cuenta en el precio: mil reales más o mil reales menos no van a ninguna parte. Pues ¿y ésta de muselina?..... ¡Telas como las de ahora! Si te he de decir mi verdad, ésta es la que más me gusta. Esta, de raso maravilloso, no me hace tanta gracia..... En cambio, ésta de crepé grano de pólvora, es que parece enteramente de tisú de plata. Esta tela, con sus buenos encajes, hasta allí, hija, hasta allí. Llama a Lulú, si te parece, para que ella lo elija. Después de todo, *ni tú ni yo nos lo hemos de poner*.....

—Y..... ¿por qué esa rutina (y dispensa) de vestido blanco?—objetó la visitada, llena de contrariedad ante las muestras blancas.—Yo, la verdad sea dicha, lo preferiría..... negro.

—Tú eres muy dueña de pensar así. Pero si te he de ser franca, yo no veo la razón para esa..... empresa fúnebre. Ni la edad de

tu hija (diez y ocho años), ni su posición, ni.... aunque esté mal que yo lo diga, el tronido del novio, piden otra cosa que un casamiento por todo lo alto: una boda de corte, como quien dice. Y vestir a la chiquilla de negro como una Hermanita de los pobres, me parece..... (yo no sé cómo decírtelo que tú no te ofendas).... una....

—Una gazmoñería de beata recalcitran-te, ¿no es así?

—No he querido decir tanto, ni mucho menos.

—Lo digo yo y es igual: no creas tú que a mí se me oculta que la gente va a tomarlo por ahí. Pero bien sabe Dios que no es por eso, ni por nada que se le arremede desde cien leguas, mi oposición decidida a los vestidos blancos para los casamientos. Después de todo, nada más en carácter con la juventud y con la inocencia, ni nada más emblemático de la virginidad.

—Pues entonces.....

—Pues ahí verás tú. Yo, es cosa que le tengo horror..... patibulario: y si te digo que hasta juramento he hecho de que ninguna hija mía se lo ha de poner.....

—¡Ah! Pues si hay eso de por medio, res-

peto tu conciencia. Ahora, que siento muchísimo no dar a Alfonso ese gusto. ¡Está más encaprichado!.....

—¿Y crees tú, Consuelo, que no siento yo ver a Lulú empeñadísima en la cosa (tan empeñada, que milagrito será que no sea ella quien te me echa de gancho sin tú misma saberlo): y negarle eso último que me pide de soltera el alma mía?.... ¿Qué querré yo para ella, sino..... ¡vaya! un altar, si posible me fuera?..... ¡Con decirte que es lo primero que recuerdo haberla negado en toda su vida!.....

—Pues nada: si tú quieres, adelante con los faroles. Yo respeto los motivos que tengas para obrar así, y quiere decir que *donde hay patrón no mandan marineros*.

—¡Por los clavos de Cristo, Consuelo, no te pongas así!

—No, mujer; yo no me he puesto de ninguna manera incorrecta. Respeto, como te he dicho, los motivos que tengas para obrar de ese modo, y, porque realmente los respeto, te lo digo.

—¡Pero sin preguntármelos!

—¿Y estoy yo autorizada para ser indiscreta?

—Es que tú no lo eres nunca, y en esta casa menos.

—Pues si no es indiscreción preguntártelos, hazme el favor de decírmelos.

—Pues allá van. Pero créeme, Consuelo, como si estuviera confesando contigo. No es ficción, que es historia.

Tú no me has conocido hasta que la viudez y el dolor, porque he sufrido mucho, han templado mi alma de mujer, dándole estos arriscos varoniles que hoy tiene y esta energía y esta entereza semimachuna de las viudas de negocios. La virtud educativa del dolor, como me dice el padre Sagastizábal.

Pero yo no era así. Yo era la misma timidez y la propia irresolución. Yo era..... lo que vas a ver en esta..... página, la más vergonzosa de mi vida, que un novelista titularía:

Cuento inverosímil.

V

Era el día de mi casamiento con el pobre Alejandro, que en paz descanse, y héteme aquí ya, vestida con el traje de novia,

regalado por él, como es de cajón, y que era, por más señas, maravilloso.....

—¿Blanco?.....

—Por supuesto: de crespón de la China, con los encajes de Alençon que se le han puesto ahora a Lulú en el que se le ha hecho de mesalina rosa.

Pues bueno: héteme aquí, repito, vestida de punta en blanco, echándome a llorar, pero a moco tendido, perdona la expresión, y sin que hubiera un santo que hiciera ponerme el velo de desposada.

Y a todo esto, Consuelo mía, la casa llena de convidados; las damas de honor en el tocador de mi madre, prendiéndose los últimos alfileres; Alejandro deshecho con mi tardanza, pues teníamos que salir en el correo, para el que faltaban unas tres horas; mi padre, hecho un basilisco con mi pata de gallo, y mi madre, una Magdalena, sin atreverse a empujarme al altar, viendo mi repugnancia, ni a ponerse frente a frente a su marido, cada minuto que pasaba más contrariado, y mientras más contrariado, más furioso.

—Pero Isabel, ¡por Dios! Estas cosas no se piensan a última hora. ¡Haberlo dicho

antes y con antes, no cuando no hay más remedio que el sacrificio o el escándalo! ¿Por qué no me lo has dicho siquiera esta mañana, y le hubiera dado a ese hombre una explicación, o..... le hubiese pegado un tiro....., o me lo hubiese pegado yo, por más que para eso estamos a tiempo todavía?

—¡Ay, no, papaito! ¡Por Dios y por su Madre!..... ¡Si Alejandro es muy bueno! ¡Si yo le quiero mucho! ¡Si.....

—Pues entonces, alma de cántaro, ¿a qué esa salida de tono?

—¡Porque me da mucha vergüenza!

—¿Y nada más que porque te da vergüenza, pedazo de..... angelito, comprometer a tu padre, como me estás comprometiendo, y perder para siempre tu buen nombre de mujer formal....., y renunciar a una boda ventajosísima, y dar el escandalazo que se está dando, porque no creas tú sino que la cosa está trascendiendo fuera del tocador, y yo que Alejandro, tomaría el sombrero y me iría a la fin del mundo, pero después de haberte escupido en mitad de la cara?.....

—Bueno, Enrique, por Dios—decía entretanto mi madre;—¡que te vas del seguro!

—¿No quieres que me vaya?

—¡No, ahora no! Ahora....., morirnos los tres, antes que llevar a una hija al sacrificio.

—Y ¿quién quiere llevarla al sacrificio? ¡Ahora mismo salgo a decir a los convidados que se vayan con viento fresco, y a Alejandro que se muera también de vergüenza por su parte, y.....

—¡Ay, no, no, papaito! ¡Que yo lo quiero! ¡De verdad que lo quiero con todo mi corazón! No es más sino que me da muchísima vergüenza. Pero anda—dije de pronto, tocándome el velo y prendiéndome a trompicones el azahar, — vamos adonde sea preciso, pues alguna vez ha de ser, y el mal camino andar lo pronto.

—Pero ¿con sacrificio por tu parte o libremente? Porque si es con sacrificio tuyo, primero al Tajo de Ronda, de cabeza, tú y yo.

—Sin sacrificio, papá.

—Júramelo por esa santa cruz.—Y me llevó delante de un crucifijo que había a la cabecera de mi cama.

—Por esta santa cruz, ¿lo ves? —y la besé en señal de juramento,—te juro que me caso por mi gusto.

—Y salimos los tres de mi cuarto de soltera, con los ojos como puños.

Y..... en fin, las generales de la ley. Yo del brazo de papá hasta la portezuela del landó de casa, y mamá, del brazo de Alejandro hasta el landó de mi suegra. Y en el cupé las damas, y en veinticinco o treinta coches más, todos los convidados, que eran toda la flor y nata de Sevilla. Y la gente del barrio, alborotada y en pelotones a la puerta de la iglesia, pugnando por entrar. Y nuestro coche parándose de pronto en el atrio del templo..... y yo, ¡otra vez llorando si tenía que llorar, y sin querer apear-me ni por un solo Dios, presa de un nuevo ataque de vergüenza!

Mi padre no me mató, porque era mi padre, y los padres buenos no matan nunca. Pero lo ví con tal desesperación pintada en el semblante, pateando al pié del estribo, y de pronto subir al carruaje, con tan indomable brío cerrar la portezuela de un garfñón y decir al lacayo, estupefacto con la orden: «¡A casa o al infierno!», que abrí yo misma la portezuela opuesta, cuando ya los caballos iban a arrancar, grité al aturdido cochero: «¡para! ¡para!», y, como el que se

suicida, cerré los ojos y me apeé del coche.

Tras mí bajó mi padre, y, por no darme una soba, me dió el brazo. En esto las dos damas, que ya estaban junto al estribo, me recogieron la cola, y ya no vi más, sino muchas sedas y muchos encajes, muchas mantillas blancas y muchas joyas, muchos uniformes muy vistosos y muchos fracs muy negros, muchas plantas y muchas flores y muchas luces en el altar, y el señor Provisor del Arzobispado, precedido de monaguillos y sacristanes, llegar ante nosotros y empezar muy reposada y campanudamente a leer la Epístola de San Pablo.

Al llegar a la pregunta: «¿Quiere usted por su esposo y marido, por palabra de presente, como lo manda la Santa Madre Iglesia, al excelentísimo Sr. D. Alejandro de Ulloa y Gil de Gibaja?», ¡mira, Consuelo, yo me mori! Sentí unas culebrinas en los ojos, y un temblor en las piernas, y una afo-
nía en la garganta, y una sequedad de serrín de corcho en el paladar....., una vergüenza, en fin, tan abrumadora en todo mi ser, que a punto estuve de haber salido corriendo y de meterme para siempre en las Arrepentidas. Pero mi padre tuvo el buen

acuerdo de carraspear de manera que yo saliera de mi abstracción, y con voz como conejo con anginas, pronuncié el «sí quiero», como contestan los moribundos si quieren recibir la Extremaunción. ¡Mira que es fuerte cosa tener nosotras que decirlo antes que los hombres!

Ni pararon en esto mis desventuras; que tras el casamiento empezó la Misa de velación, y el sacerdote se puso malo después de alzar, siendo preciso buscar a aquella hora, punto menos que con un candil, otro Padre que estuviese en ayunas, para que terminara el santo sacrificio..... Y el tiempo volando, y la hora del tren viniéndose-nos encima....., y mi padre temiendo, y con razón, que me sobreviniera otro ataque de vergüenza cuando llegase el momento de aceptar el brazo de Alejandro para descender del altar y atravesar la iglesia cuan larga era y meternos en el coche festoneado de azahares, que a la salida del templo nos esperaba.

El ataque, por desgracia, vino, en efecto, y más agudo, si cabe, que los anteriores. ¡Me daba una vergüenza, que me moría ante la perspectiva de aquel cruel paseo,

para mí más bochornoso que el de un emplumado en un auto de fe!

Mi padre, injectados en sangre los ojos y la cara descompuesta como yo no sela había visto nunca, aprovechó la tradicional costumbre de los abrazos para, mientras me abrazaba, tirarme un pellizco digno de una bruja de Goya, y decirme al oído..... ¡una barbaridad! Lo cierto de ello fué que con aquel reactivo volví en mí y acepté como sonámbula el brazo de Alejandro, percatado de mi indecisión o aturrullamiento o lo que fuera....., que nos deslizamos por entre las dos filas de convidados y de blandones, camino del vestíbulo, y montamos, por fin, en el coche cuando sólo faltaban catorce minutos para coger el tren.

—¡Volando a la estación!—fué la orden de Alejandro al cochero, antes que los convidados saliesen de la iglesia.

Y sin que ni mis padres, ni las damas, ni ninguno de los mil asistentes hubiesen montado aún, partimos a la desbocada de los caballos, sin decir adónde íbamos.

Ni Alejandro ni yo misma paramos mientes camino de la estación en que íbamos vestidos de ceremonia.

—¡Que lo pierden ustedes!—nos gritó un mozo que se nos acercó a la portezuela en demanda del equipaje que no llevábamos.....

Nos precipitamos en el andén, cogiendo el tren por los pelos, y..... ¡aquí te quiero ver! cuando la máquina pita y el tren arranca ¡¡¡y me encuentro vestida de blanco, con velo de desposada y corona de azahar, entre la natural admiración de unos y la chunga de otros, pues para mayor mal demis males, era día de feria de San Miguel e iba el tren atestado como un *botijo*!!!

Figúrate mi aperreo, encerrada en aquel vagón lleno de gente, pues el reservado que habíamos pedido iba muy a la cabeza del convoy y no pudimos llegar hasta él por la premura con que tuvimos que montar, y considera mi horror a apearme en ninguna de las estaciones del tránsito para cambiar de coche, imaginándome, como me imaginaba, las ventanillas hechas racimos de cabezas, cada una con su cara, pero todas mirándonos burlonas, picarescas, con la cruel risita del pitorreo, que es como el medio ambiente que flota en derredor de todas las parejas de recién casados.

—¡La Rinconada: un minuto!

¡Aun cuando fuera una eternidad! ¿Quién se apeaba en un despoblado?

—¡Brenes: un minuto!

¡Horror, horror, y cuantísima gente! ¡Despidiendo a un soldado!

—¡Tocina: cinco minutos!

¡Tampoco y requetampoco! ¡Había allí aún más gente que en Brenes! Pero..... yo, no podía ya más: no somos cuerpos gloriosos, y yo estaba de *cuerpo presente* hacía cinco o seis horas..... En fin y por remate, que, como subirá un sentenciado a muerte la escalera de la horca, me apeé del vagón y recorrí de punta a cabo todo el andén, en medio de un desecho aguacero de tosecillas maliciosas, pullas hasta de mal género y risas indiscretas. Dejé de ir adonde la necesidad me llamaba, pues ya eso hubiera sido el cataclismo, y, huyendo más que andando, sin poder componerme con tres varas de cola, velo, abanico, devocionario, *bouquet...*, ¡demonios encendidos!, llegamos al reservado, ¡no he visto nada más lejos! y nos entramos en él como entrará en el cielo un alma del Purgatorio.

Allí me despojé del velo y del azahar, que no tiré por la ventanilla por no alar-

mar a Alejandro. En Lora del Río compramos unos mostachones, con que nos desayunamos, puesharto habíamos hecho en Tocina con huir de la gente; y con aquel refrigerio llegamos hasta Córdoba, primer punto en que habría hoteles donde encerrarse, libre de miradas curiosas y de risas zumbonas.

Pero..... ¿quién se apeaba, Virgen Santísima, en aquella estación, maciza de criaturas, pues había habido toros en Sevilla la tarde antes, había trabajado en ellos *Lagartijo*, y venía en el tren, por donde todos los partidarios del Califa lo estaban aguardando para recibirlo en palmas y llevarlo en triunfo?

—¡Aquí!—dijo Alejandro, con voz imperiosa.

--Bajó, me dió la mano, salté de un brinco, oí mil atrocidades, que me pusieron colorada como una guinda y que al pazguato de mi marido hacían reir como un bienaventurado, con lo que yo me volaba más todavía, y entre codazos y pisotones y en medio de la extrañeza de todos los nacidos y de la agria rechifla de todos los por nacer, asaltamos un coche de punto que nos llevó a la fonda, gracias a Dios.

¿Gracias a Dios he dicho?..... Todavía no. ¡Todavía me quedaba que pasar la curiosidad burlona de los demás huéspedes, y hasta el guiño de charrán redomado del camarero que nos precedía, a los demás compinches con quienes se confrontaba camino de nuestra habitación, y el ludibrio de todo bicho viviente!, pues yo no sé, hija mía, lo que tienen los novios, que han de servir de pitorreo hasta a las estatuas lloronas de los sepulcros.

¿Salir yo de mi habitación ni con una garrocha mientras estuviera de novia en blanco? Gracias a que al día siguiente, avisados mis padres por telégrafo de nuestro punto de parada, me mandaron, con un criado antiguo y una doncella, un «mundo» con vestidos de viaje, de paseo, de visitas..... ¡Una hopa de ajusticiado me hubiera puesto yo con tal de despojarme de aquel cilicio!.....

¿Comprendes ahora todo mi horror a los vestidos de novia blancos? ¡Con decirte que al cabo de los años mil cada vez que me acuerdo me da vergüenza!.....

VI

«En la mañana de ayer, ante el altar de nuestra celestial Patrona, la Santísima Virgen de las Angustias, ha unido sus destinos para siempre el reputado *sportman* y opulento capitalista don Alfonso Fernández de Córdoba y Alburquerque, con la encantadora señorita Lulú de Ulloa y Alvarez de Toledo.

«La novia, que reforzaba los naturales prodigiosos encantos de su soberana hermosura con espléndido traje blanco, de hechura Princesa, regalo del novio.....»

Y no leimos más.

¡Que siempre han de triunfar las hijas sobre las madres!

Y es que en las luchas de voluntades siempre es el triunfo del que quiere menos.





EL AVE FÉNIX

I

Decía *El Regional*, periódico el de más circulación de toda Andalucía.

«Brillante, deslumbradora, señoril fué la espléndida *garden-party*, que obtendrá eterna remembranza en los elegantes fastos del gran mundo, con que en la tarde de ayer se celebró en los jardines del Gobierno el vestirse de largo la encantadora señorita Luccy Pignatelli, unigénita de nuestro aristocrático gobernador excelentísimo señor marqués de Gallas.

La gobernadora, como acá la llamamos, que lucía elegantísima *toilette* de raso *liberty*, color malva, con negras incrustaciones de legítimo *Chantilly* y espléndidos bordados de cristal, y que reforzaba los podero-

sos encantos de su escultural cabeza de corte griego con ínfulas de cintas color heliotropo y sartas de perlas, que contrastaban con el azabache de sus bucles, hacía, acompañada de su apuesto y distinguido esposo los honores de su casa con todo el majestuoso señorío de una reina de Oriente, en amigable consorcio y maridaje con la gracia más *chic*, la delicadeza más *pschutt* y la coquetería más *e'lantschek* con que puede recibir a sus invitados quien nació, como ella, rica hembra, grande dama.....

En poco más de un año que lleva de vivir entre nosotros ha sabido despertar todas las simpatías y captarse todas las admiraciones. ¿Qué mucho, pues, que nuestra *hig life* y toda la *smar set* de la colonia forastera acudiesen a su galante invitación, *brevet* por otra parte de notoriedad y de buen tono?

Allí estaban, pues, las bellísimas duquesas de Mortago y de Cajigales y viuda de Agüeras, aquellas de blanco y rosa, respectivamente, y estotra de gris acero, color con que se presenta siempre en sociedad desde su alivio de luto por la muerte del malogrado prócer cuyo título lleva.

La marquesa de Valdelajara, que vestía de espuma negra y se adornaba de magníficas esmeraldas *cabuchón* con cercos de brillantes, procedente del fastuoso guardarjoyas de su señora madre la inolvidable baronesa de Rosalejo, presentaba sus hechiceras hijas Salud y Amparo: rubia la mayor de las dos como un ángel de Rubens, y trigueña la otra como una Virgen de Murillo.

No se habló en toda la tarde sino del peregrino contraste de las dos hermanas y del exquisito gusto y asiática magnificencia de las primeras galas de mujer con que el genio artístico de la ilustre autora de sus días las presentaba al gran mundo. Salud iba de celeste turquesa, con prendidos de lilas blancas, *muguets* y culantrilos. Amparo, de rosa salmón, con prendidos de crisantemos color cobre.

Azul, bordado de acero, era el traje de corte Directorio que lucía la gentil marquesa de Cañal, y de encaje de *Alençon*, con viso color *Champagne*, el de pronunciado corte Imperio de su espiritual hermana la vizcondesa de Riafresnas. Amarillo girasol, con incrustaciones de *guipure* y grupos de

margaritas tierra siena, el de la apuesta marquesita de Mesón de Infantes, y verde nilo, con lazos Luis XV de terciopelo negro, el de su interesante prima Pilar Negurete, nombrada reina de los próximos Juegos Florales.

También hubieron de sorprender con su hermosura y de deslumbrar con su elegancia la condesa de Pozo Santo, que se enojaba de espléndidos rubíes y vestía de *etamine* color Burdeos sobre mesalina blanca.

La de Valladar de Acantos, con magnífica *riviére*, de brillantes de roca antigua y soberano vestido de ceremonia de *surah*, color telegrama, y la de Alpujarreñas, que lucía con su proverbial distinción inapreciables encajes *valenciennes* sobre gasas multicolores, cual si el iris con sus pálidas tonalidades se hubiese complacido en envolver a una hermosa.

Acompañada de su arrogante hija Popó, que lucía gollesca *toilette* de batista blanca, con guirnaldas de rosas de pitiminí, tuvimos la dicha de conversar siquiera brevemente con la opulenta banquera de esta plaza señora de Taruge, que se adornaba con magníficos encajes de punto de Vene-

cia, sobre costoso terciopelo *frapé*, a ramos *Pompadour*, sobre fondo azul prusia.

También estaba allí la no menos elegante señora de nuestro primer literato señor Castañeda; la señora y señoritas de Concha Pege; las del general de brigada señor Cisco; las tres de Melenudo, a cual más guapa; Rosa y Pilar Angioletti, con su señora madre, que empieza a sustituir sus tocas de viuda por los risueños atavíos de las mundanas fiestas; señora y señoritas de Somavía, de Sandino y Trinquete y otras mil que sentimos no recordar, compitiendo todas con todas en lujo y en distinción, y en elegancia y en hermosura, hasta llegar a parecer el paridisíaco parque de la gobernación un encantado desfile de huríes vestidas a la europea, en un cuento de «las mil y una noches».

Pero quien descollaba y sobresalía sobre todas las demás (perdónenme las otras) era la que llamar pudiéramos reina de la fiesta, la heroína del día, la bellísima y espiritual y sugestiva y subyugadora, en fin, Lucey Pignatelli, en cuyo honor se celebraba la fastuosa *garden party* que habrá de formar época en la historia de nuestro gran mundo.

¡Qué bella es y qué linda estaba! Peinada su rubia cabeza de Josefina con todo el *cachet* Imperio de las beldades inmortalizadas por el pincel de Goya, ostentaba una preciosa diadema de la época, entre graciosos bucles de oro de Ofir; vistiendo un lindo traje, casi de medio paso, de joyante raso rosa musgo, con bordada guardilla, gusto Imperio, de lentejuelas multicolores.

Y pequeñita, porque lo es; y rubia de azules ojos, como la malaventurada esposa de Napoleón *el Grande*; y fina y gentil y apuesta como ella sola, parecía al discurrir por las enarenadas calles del jardín del Gobierno, entre rosales en flor y bajo el verde y oliente toldo de naranjos cubiertos de azahar, una de esas hechiceras figuritas de porcelana de *Sèvres*, que se destacan de sobre el rancio tapizado de telas Luises de las vitrinas rococó, o una de esas deliciosas muñecas que juegan con alados amorcillos en los países de satinada vitela de los abanicos de nácar de la época de María Luisa.

Tiene en medio de su envidiable juventud (acaba de vestirse de largo) todo el aplomo y dominio de sí misma de la mujer hecha y derecha. Es un capullo, cerrado ayer,

que ha adquirido de pronto toda la completa exuberancia de la plenitud. Nadie diría que arrastraba cola por la primera vez quien sabe manejarla con toda la coquetería de una increíble de la época Directorio y toda la olímpica majestad de una emperatriz de Bizancio.

Reciba nuestro aplauso más rendido la rubia gentil, llamada a ser el primer ornato de nuestros salones, y nuestra más entusiasta enhorabuena los linajudos marqueses de Gallas, por el éxito colosal de la espléndida *garden party* con que han sabido celebrar dignamente la presentación al mundo de hija tan encantadora.

Mañana publicaremos la lista de los mil variadísimos regalos, a cual más valioso, hechos con tan fausto motivo a la señorita Pignatelli por sus numerosísimas amistades.—*Juan Muñoz.*»

II

La Marquesa de Gallas, de bata y en babuchas y recogidos de cualquier manera los bucles de azabache (se los pintaba con *Ju-*

venia), se había ido muy de mañana al comedor a desayunarse con los restos del ambigú de la *garden party*. Pidió, al sentarse a la mesa, los periódicos más madrugadores, y se puso a leer en *El Regional* la crónica que antecede.

Los piropos a su trasnochada belleza y a sus refrescadas galas produjeron en su alma de mujer presumida el efecto sedativo y halagador que produce todo elogio en toda vanidad, esa especie de caja sonora que existe dentro del alma humana para que repercuta siempre en ella y halle eco simpático la cuerda del egoísmo cuando la hiera la adulación, o la galantería la acaricie.

No echó de menos nada más que una cosa: la mención honorífica de los pendientes de perlas acalabazadas que había lucido, y que, aunque falsos y todo, daban el pego al mismísimo Ansorena.

Siguió, entre sorbo y sorbo de café y algún que otro emparedado, leyendo nombres propios y *toilettes*, títulos nobiliarios y prendidos, disintiendo del cronista en las más de las apreciaciones y conviniendo con él en ocasiones muy contadísimas. Ni había tanta hermosura ni tanta distinción. Desde

luego era mucho más el ruido de la crónica que las nueces pintadas por el autor con sus pelos y señales. Hasta que llegó por fin al primer párrafo de los consagrados a Luccy, que le hubo de parecer digno de la firma de *Montecristo*.

Lo de «pequeñita», sin embargo, no le gustó gran cosa, dicho sea en verdad. En cambio le esponjó el alma lo de «rubia y con los ojos azules como la malaventurada esposa de Napoleón *el Grande*» conmoviéndole, hasta hacerle arrasársele en lágrimas los ojos, lo de «una de esas hechiceras figuritas de porcelana de *Sèvres* que se destacan de sobre el rancio terciopelo de telas Luises de las vitrinas rococó, o una de esas deliciosas muñecas que juegan con alados amorcillos en los países de satinada vitela de los abanicos de nácar de la época de María Luisa».

—¡Hija suya de su alma!—Y se secó los ojos con el perfumado pañuelo y se comió un bollito de *foie-gras* y prosiguió leyendo entusiasmada:

«Tiene en medio de su juventud (acaba de vestirse de largo) todo el aplomo y dominio de sí misma de la mujer hecha y de-

recha. Es un capullo, cerrado ayer, que ha adquirido de pronto toda la exuberancia de la plenitud. Nadie diría que arrastraba cola por la primera vez quien sabe manejarla con toda la coquetería de una increíble de la época Directorio y toda la olímpica majestad de una emperatriz de Bizancio.

—Oye, Manuel—dijo al mozo de comedor que le servía—: ¡A ver si se ha despertado su excelencia!

Y prosiguió la lectura de la crónica con un humor de todos los demonios.

—Su excelencia se está levantando—volvió diciendo el mozo de comedor.

Y salió la gobernadora como un cohete.

III

—Oye, Gonzalo; ¿quién es este Juan Muñoz que firma esto?

—Pues un Juan Muñoz cualquiera que firmará eso. Y se puede saber, entre paréntesis, ¿qué cosa es eso?

—Pues un artículo o crónica de la *garden party* de ayer que milagro será que no traiga intención de molestarnos.

—Pero ¿qué periódico es?—preguntó el gobernador metiendo la peluda faz en la palangana.

--*El Regional*—contestó la marquesa.

—Pues entonces de seguro que no pretende molestarnos en lo más mínimo—siguió diciendo la autoridad civil entre refregones y salpicaduras—. Si fuera *El Trompetero*... Pero ¿qué es lo que dice, después de todo?

Y echó mano de la toalla con la marca D. P. (Diputación provincial) para empezar a enjugarse.

—Que ¿qué dice? Escucha: «También estaban allí...» ¿Dónde está, Carmen?... ¡Ah! ya, sí: aquí. «Peinada su rubia cabeza de Josefina...» ¡Un cuerno retorcido! Sí, ¡aquí está ya! «Tiene en medio de su juventud—viene hablando de Luccy, ¿estás?—tiene en medio de su envidiable juventud (acaba de vestirse de largo) todo el aplomo y dominio de sí misma de la mujer hecha y derecha,» Luego, una tontería de capullo que acaba de abrirse; y... ¡el cataclismo! verás. «Nadie diría que arrastraba cola por la primera vez quien sabe manejarla con toda la coquetería de una increíble de la época Directo-

rio y toda la olímpica majestad de una emperatriz de Bizancio.» A ver si esto no tiene más intención que un Miura... Este debe de saber algo y no hay quien me lo quite de la cabeza.

—Ese no sabe nada. Además, el periódico está subvencionado, de modo que es pan comido. Si fuera *El Trompetero* de mis culpas y pecados... A ver qué dice esa buena pieza.

—Tienes razón; veámoslo.—Y salió la señora marquesa del cuarto tocador de su marido.

—¡Manuell!... ¡Manuel!

—¿...?

—¡Los periódicos que están sobre la mesa del comedor!

IV

(Tomando *El Trompetero*, recorriendo con la vista la primera plana, abriéndolo y repasando los epígrafes de las dos siguientes):

—¿Creerás que no dice nada?

—Tanto mejor.

—¡Vaya!; ni pizca. El artículo de fondo

firmado por *Demócrito*... Otro artículo titulado «El Ave Fénix», sin firma ninguna... Las noticias locales, ninguno de cuyos encabezamientos se refiere a nosotros... Los telegramas... Anuncios...

—Trae para acá.—Y el gobernador tomó el periódico de manos de su señora. Lo repasa febrilmente, y exclama:—Ya está aquí ¿No te lo decía yo? Leyendo:

«EL AVE FÉNIX»

Copiamos de *El Cantábrico*, de Santander, correspondiente al 11 de Febrero de 1901.

En la noche del día de ayer se ha celebrado un espléndido baile de trajes en los aristocráticos salones del Gobierno civil de esta provincia, con motivo de vestirse de largo la encantadora Luccy Pignatelli, hija única de los marqueses de Gallas, nuestros gobernadores desde hace un año.

El palacio de la Gobernación, cuajado de luces, macizado de flores, todas blancas, y lleno por todas partes de biselados espejos que multiplicaban las luces de las arañas y las irisaciones de la pedrería de los preñi-

dos, parecía la realización feliz de un cuento de «las mil y una noches».

Los regalos recibidos por la hechicera niña que empieza desde hoy a actuar de mujer, constituyen una fortuna por lo valiosos y formarían un museo por lo artísticos.

—Una bigotera de división, y

«Copiamos de *El Defensor de Lérida*, correspondiente al 21 de Junio de 1904.

Con motivo de su fiesta onomástica y en celebración de la más risueña fecha de la mujer—el vestirse de largo—ha recibido una imponente manifestación de simpatías la distinguida y bella señorita Luccy Pignatelli, hija del gobernador de esta provincia excelentísimo señor marqués de Gallas.

Todo lo más granado y cogolludo de nuestra aristocracia de sangre, con todo lo más saliente de la aristocracia del dinero y del talento, se había dado cita en los jardines del Gobierno civil, donde había de celebrarse una risueña verbena andaluza que dejará entre nosotros imperecedera remembranza, por su asiática magnificencia.

El parque, vistosa al par que fantásticamente iluminado con farolillos a la veneciana, era una verdadera carcajada de color

con los polícromos bordados de mantones de Manila. Aquello era un cuento vivido de «las mil y una noches».

—Dos o tres líneas de puntos suspensivos, y...

«Regalos de todo género, entre los que se repiten con más frecuencia los encajes y los abanicos, las sombrillas y las joyas, han estado por todos estos días entrando sin cesar en el Gobierno. Nada más en su punto que homenajear de esa manera al talento y honradez de un aristócrata como el marqués de Gallas y a la hermosura olímpica, subyugadora, de su preciosa hija Luccy».

—Otra bigotera, y añade por su cuenta: —«Como, desde hace mes y medio, viene anunciando nuestro colega *El Regional*, ayer estaba invitada toda nuestra aristocracia a una suntuosa *garden-party*, con que iba a celebrarse en el Gobierno civil el hecho trascendentalísimo de vestirse de largo la unigénita del señor gobernador de esta provincia, señorita Luccy Pignatelli, heredera del marquesado de Gallas.

Ayer era 25 de Abril del año de Cristo de 1908.

Es un hecho demostrado la existencia histórica del «Ave Fénix.»

V

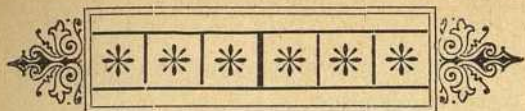
La gobernadora, en el paroxismo de la rabia.—¿Eso dice ese infame?

El gobernador, en el colmo del corrimiento.—Como lo oyes.

—¡Y no se les seca la mano al escribir esas... infamias!

—¿Se nos cae a nosotros, por ventura, la cara de vergüenza al cometerlas?... ¡Al demonio se le ocurre vestir de largo a la chica tres veces nada menos.





EL LIENZO DE LA VERÓNICA

I

Bajo el peso de una desventura tan grande, como grande es Dios (1), y con un dolor en el alma, tan hondo como clara es la percepción de su desventura, bajaba por la suave pendiente del monte del Olivar, a la caída de la tarde del día de Parasceve, entre unos cuantos amigos, una mujer pálida como la muerte; triste, como la soledad y el desamparo; pero hermosa como la resignación en el infortunio; avanza por la suave cuesta, con el paso seguro con que andan los héroes... Nadie diría, a juzgar por su

(1) Separari a Deo haec est tanta poena, quantus ipse est Deus.—San Agustín.

porte, que lleva siete espadas de dolor clavadas en el alma...

Cual si se le hubiese asperjado con un hisopo mojado en sangre, trae salpicada de ella la blanca toca a la judía que envuelve su cabeza, y el manto de color de jacinto en que se arrebuja, para conjurar el frío que ha dejado en la atmósfera el eclipse de sol que vistió de luto al universo... No se la puede mirar, al verla tan ensangrentada, sin acordarse del varón que vió Isaías venir de Edón, y a quien pregunta el profeta: "¿Porqué está roja tu indumentaria y tus vestidos, como el de los pisadores en el lagar?" A lo que el varón responde: "El lagar pisé yo solo, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo; los pisé en mi furor y los conculqué en mi ira, y se salpicaron con su sangre mis vestidos, y manché mis ropas... (1)"

¿Quién es y de dónde viene la mujer de los vestidos ensangrentados?

Debe ser algo muy íntimo de alguien que ciñó espinas por corona, pues trae una sobre el pecho, sin curarse en su dolor de que

(1) Isa.—LXIII.

se le va clavando poco a poco; y debe de venir del sepelio del muerto de sus amores, acaso crucificado, a juzgar por los utensilios que portan a su vez los amigos que la acompañan: dos escalas, a hombros de dos varones de porte señorial; unos vasos que sirvieron para aromas y que vuelven de vacío en la cabeza de otras tantas mujeres; un manojo de clavos que conduce un adolescente vestido a la galilea, y una esponja para abluciones funerarias, que va besando a ratos—los en que no ensordece los aires con sus gemidos—una joven pelirroja, de ojos ardientes como el amor y azules como las aguas del mar de Tiberiades.

Al llegar a la Puerta Judiciaria, los hombres de las escalas proponen rodear el muro, para entrar en la ciudad por distinto camino del que recorrieron por la mañana poco antes de la hora de sexta. El adolescente de los clavos y la mujer de la esponja preguntan con una mirada a la... madre o lo que quiera que sea, de la corona de espinas; y a un enérgico decidido ademán de la Señora, penetran por el arco de la puerta que mira hacia el Gólgota, y se pierden

como grupo de fantasmas por la estrecha y tortuosa calle que va al Pretorio...

II

—La paz sea con vosotros—les dijo con acento galileo un hombre ya maduro, que se confrontó con ellos en el camino.

—Y con tu espíritu—le contestaron.

¿Quedó en el sepulcro ya?—preguntó el encontradizo.

—¡Todo está consumado!—respondió el adolescente que vestía a la galilea.

Y, como si las palabras del adolescente despertasen en la mujer de los cabellos de oro recuerdos desgarradores, rompió a llorar a gritos en mitad de la calle, como suele llorarse en la muerte del primogénito.

A los destemplados lamentos de la joven, un grupo de mujeres saliendo por la estrecha puerta de una casa...

—¿Magdalena?

—¿Verenice?

—¡¡Madre y Señora!!—Y la que respondía por Verenice adoró, frente en tierra, a la de los vestidos ensangrentados.

—Esclava del Señor, querrás decir—le replicó la aclamada por madre y señora.

—Esclava del Señor, o madre, o reina—prosiguió Verenice todavía de rodillas ante ella—, lo que os pido es que entréis en mi morada. Yo os la ofrezco con la más grande buena voluntad.

—Es que el Maestro me la ha encomendado a mí desde la Cruz, y yo la he recibido como mía desde aquel punto y hora. Su casa es la casa de mi otra madre—. Replicó con el aire del que reclama un derecho, el adolescente de los clavos.

—Pues entrad, sin embargo, siquiera un instante...

—Es tarde, Verenice. Está apuntando el sábado y hay que soltar estas escalas.

—Dentro de casa podréis descargaros de ellas... Entrad, por Dios... ¿No queréis ver al Maestro?

—¿Resucitado antes del tercer día??—replicó la que se había denominado esclava del Señor...

—¡En figura, en imagen... en...

—Cómo y por dónde?...

—Entrad y vedlo...

III

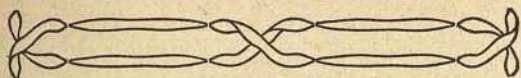
Y bajaron los desiguales escalones del portal. Atravesaron un patio, donde gemía una fuentecilla con eco plañidero y entraron en una estancia, vagamente iluminada por varias lámparas de barro.

La mujer de la corona de espinas, que iba detrás de Verenice y en la delantera de los otros, echó a andar desatentada y con los brazos abiertos hacia el testero de enfrente... Se acordó, sin embargo, en la mitad de su carrera de que, antes que madre, era esclava, y se postró sobre el frío pavimento de la pieza, con la frente en la tierra y el labio en el polvo...

Todos los de su séquito de reina del dolor hicieron lo propio, y la rubia de la esponja prorrumpió en nuevo duelo...

IV

Sobre el enjabelgado muro del lado de Oriente, clavado con unas estaquillas de madera, había un lienzo de lino, con la dolorida faz del más hermoso de los hijos de los hombres impresa en él...



EL BESO DE LA PERFIDIA

A mi mejor amiga, María
Jesús García Berdoy.

I

(Con ansiedad)—¿Y el Maestro?

—En el cenáculo queda con los otros once.

—¿Adónde vas tú, pues?

—A... a casa del Pontífice: ¿te importa mucho acaso?

—¡Judas, no vayas allá ¿Tú no sabes que tienen jurado matar al Maestro desde la resurrección de mi hermano?

—Mentiras de Gamaliel y Nicodemus: hablillas de desocupados y miedos de mujeres.

—Judas: que el que no está con el Maestro está contra él. ¡Anda, vuélvete al cenáculo!

—No puede ser: he de verme con el Pontífice esta noche; me ha mandado llamar con urgencia, y no es cosa de desacatar a la más genuina representación de Dios sobre la tierra.

—Pues que vaya contigo otro de los doce. Que te acompañe... Juan, que tiene entrada en la casa. Tú solo, no.

(*Con amargura*)—Juan queda muy engolfado en hacer zalamerías al Maestro, y no se le arrancaría del seno en que está reclinado ni para hacerlo ir al cubículo de la esposa. (*Con despecho*) Créete que me irrita la sangre tanta ternura en el discípulo, y tan marcada predilección en el Maestro.

—¡Porque tienes el alma de palo! Porque no sabes lo que es amar. (*Con ternura infinita*) ¡Si tu supieras, Judas, lo que es amor...!!

—¿Diceslo, por ventura, porque no robo a los pobres como tú, derrochando en perfumes costosísimos, para los pies del Maestro, lo que, trocado en pan, saciaría el hambre de cien familias? Cada cual, Magdale-

na, ama a su modo; aunque a tí no se te alcance más amor que desperdicios de perfumes y ternuras de besos. ¡Al fin, mujer!

—Y algo más, y algo más. Algo que vale más que todos los perfumes, con no costar dinero, y que brota de más hondo que los ósculos: mi amor es también lágrimas.

(*Con marcado desdén*)—No haber hecho en tu vida por donde tener que verterlas. (*Con ironía*) Juan, que, según tú, ama tanto, ya ves: no llora.

—Juan es inocente y puro, como los querubines del Santo de los santos, y yo he sido una infame: mi amor tiene que ser lágrimas, aun cuando el de Juan no lo sea.

—Pues llora simplemente, y no hagas locuras: eso de los perfumes no es más que un despilfarro. ¡Tantos pobres sin pan, y tú vertiendo aromas como agua! ¡Cata ahí un sacrilegio!

—No, Judas, no; mi amor tiene que ser lágrimas de arrepentimiento, porque he pecado mucho; pero también ha de ser derrames de perfumes con que repare tanto como pequé, y besos con que agradezca tanto como se me ha perdonado. ¡Ojalá no peques

nunca, y ojalá te arrepientas si llegas a pecar! No todos se arrepienten. Créelo, Judas.

(*Con brusquedad*)—En fin: adiós.

(*Atajándole el paso*)—No: ¡tú no te partes de mí, sin antes haberme dicho cómo amas tú! Si Juan ama con zalamerías y yo con besos y con perfumes, yo quiero que me digas cómo ama Judas Iscariote.

—Como se debe amar, según el Maestro: dando la vida por él cuando llegue la hora.

(*Con ironía*)—¡Ah, ya; entendido!... Sabes la conjuración del Sanedrín contra la vida del Justo, y vas a otrecer la tuya en trueque de la de él... ¡Vuélvete, Judas!

—Pero, ¿quién te ha dicho a tí que hay tal conjuración?

—¡Tu cara de réprobo, que te está delatando! Es muy clara la luz de la luna del mes de Nisán, y te está dando de lleno en el semblante. Tienes los labios secos; los ojos extraviados... insegura la voz... irresoluto el ademán... erizado el cabello... ¡Tú vas a algo malo, Judas!! ¡¡Pero a algo muy malo!!!... ¡A algo que huele a sangre y a sangre de Dios!... ¡Vuélvete!... ¡Anda, vente conmigo!... ¡Pruébame que amas al Maestro como dices, obedeciendo al conjuro de su

nombre!... ¡¡Por las entrañas de caridad con que tanto nos ha amado el Maestro, vente conmigo!!

—Pero ¡qué tenacidad la de esta mala mujer!...

—Bueno. sí; insúltame; ¡arrástrame por los cabellos! ¡¡Mátame si es menester, pero no vayas, ¡¡por el amor de Jesucristo!! a casa del Pontífice!!

—Y ¿por que no he de ir? ¿Está impuro? ¿Es leproso?...

—¡Porque no amas! ¡Porque eres codicioso! ¡Porque te darán dinero y tú lo venderás!

(*Con reconcentrada ira*)—¡¡Infamia semejante...!!

—¡Ojalá te persuadieras de todo lo infame que es la idea que acaricias, para que te horrorizaras!

—Y ¿quién tiene esa idea, ni la ha tenido nunca?

—¡Tú, que lo tienes en trato, como a una bestia! ¡Tú, que, más que codicia, lo que sientes es desamor, y estás dispuesto a entregarlo!

—¡¡Mientes coma quien eres; mala hembra!!

—¡Tú sabes que es verdad, aunque sea una pecadora quien lo dice! Apelo a tu conciencia, si es que la tienes. ¿Vaya que no me juras que es mentira? «¿Qué queréis darme y os lo entrego?» (*Pausa*)... ¿Callas?.. ¿Vacilas? (*Cayendo de rodillas y abrazándolo por las piernas*) ¡Ay, Judas, hermano mío! ¡Todavía es tiempo! ¡Anda, vuélvete al redil del Buen Pastor! Arrodíllate a sus pies, como esta sin ventura en casa de Simón el Leproso; ámalo y llora. Su corazón de padre te acogerá. Su corazón de Dios es todo misericordia. ¿No te acuerdas de la parábola del hijo pródigo? Aquel padre era él: el hijo, todos los pecadores; yo... tú...

—¡Suelta! No quiero que tengan que echarme en cara, como a él, que me deje tocar de pecadoras.

—Perdón una y mil veces por haberte tocado; pero, anda, vente. ¡Por tu pobrecita madre, a quien vas a asesinar! ¡Vente conmigo! Pruébame que es verdad que no vas a entregarlo, no acudiendo a la cita del Pontífice. ¿Tanto urge la cosa que ha de ser esta noche?

—Déjame en paz.

(*Con desesperación*)—¡Ay! ¿qué hacer,

Dios de Israel, para que este desgraciado se aparte del precipicio que lo atrae? (*Aparte*) ¡Ah! ¡qué idea! (*Con resolución*) ¿Quiéres dinero?... Pues lo tendrás. Vende, pues yo te lo cedo desde este mismo instante, mi castillo de Magdalo... Vente. Cuanto haya en la casa de Bethania se te dará; oro, alhajas, ganados, cosechas... ¡Cuanto sea de mis hermanos, Lázaro y Marta, pasará a ser tuyo! Si te parece poco todavía, véndeme como esclava y quédate con el precio. ¡Todo, antes que entregar al que, habiéndonos amado, nos amó hasta el fin!

—¿Sabes que eres porfiada más que la Cananea? ¡Ea, déjame ya; pues para prueba de mi paciencia es hartó!

(*Con desolación*)—¿Luego te vas al fin?

--¡No hay más remedio!

(*Con desesperación*)—Pues bueno; márchate. ¡Yo avisare al Maestro de tu perfidia! ¡Yo haré a los otros once salir en busca tuya a impedir ese deicidio! ¡Yo gritaré por las calles, como una loca, convocando a la defensa del Maestro a cuantos han recibido beneficios de sus manos!! ¡No dejaré en Jerusalén piedra sobre piedra hasta llevármelo a Bethania, donde, para tocarle a un pelo

de la cabeza, habrá que pasar por encima de mi cadáver! ¿En el Cenáculo dices que están? Pues allá voy corriendo. (*Echando a correr.*)

¡Para! ¡Detente!... ¡No hagas tal cosa! ¡No impidas con tu imprudencia la salvación del Maestro! ¡Su vida está en mi mano... y en la tuya!

—¿De veras, Judas? (*Con anhelo infinito*)
¿De verdad?

—¡Como ese cielo!

—¡Dime qué haya que hacer para salvarlo!

—No puedo ahora; respeta un gran secreto.

—¡Luego hay conjuración!

—Hayla, y tremenda.

—¡Pues vuélvete, por Dios! (*Con terror pánico*) ¡Vuélvetel!...

—Te he dicho que no puedo. Su salvación depende de mi entrevista con el Pontífice. (*Con prodigiosamente fingida sinceridad*) Me creen cómplice suyo y voy a despistarlos, para que en tanto huya el Maestro. Vete con las mujeres, sin decir ni a la tierra que me has visto, y confía en mi honradez y en mi amor al Maestro.

—Pero ¿lo amas de verdad? ¡Si me parece que no! ¡¡Júrame que lo amas, para quedar tranquila!!

—Te juro por el Dios vivo, que... cuando lo vuelva a ver, le daré un beso; mira tú si lo amaré.

—Pues si lo besas, estás salvado. Anda; ve y vuelve pronto. ¡Que no omitas el beso! ¿Me lo prometes?

—Te lo he jurado, que es más.

—Pues la paz sea contigo.

—Y con tu espíritu.

II

—«El que yo bese, ese es; prendedlo, y conducidlo con cautela.» (1)

III

—«Judas: ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?» (2)

(1) Marc. XIV—44.

(2) Luc. XXII—48.

IV

—¡Horror!... ¡horror!... ¡Aquí, en la cara!... ¡Fuego!... ¡Más agua!... ¡más!... Si no hay ascua de candela que el agua no apague, ¿por qué ésto no se apaga con toda la del Cedrón?... ¡Más agua!... ¡Más!... No: ¡más arriba!... ¡En la mejilla derecha!... ¡Junto a la boca!... ¡¡Qué me estoy achicharrando con este botón de fuego que tengo aquí!... Lo besé, me besó ¡y me ha matado!... ¡Yo no tengo perdón!... ¿*Absque Misericordia* no era el nombre de la hija del Profeta?... Pues mi pecado también! ¡Para él no puede haber misericordia, pues he hecho sarcasmo del amor!... ¿Besar para vender?... ¡Y me llamó su amigo!—¿*Amice: ad quid venisti?*—¿Qué mala hiena me concibió en su vientre? ¿Qué mala víbora me enseñó a besar? ¡¡Maldita sea la hora en que prometí besarlo!!... ¡Acaso aún sea hora de atajar el mal!... ¡Al Sanedrín!...

V

¡¡Pérfido!! ¡¡Infame!! ¡¡Deicida!!... ¡Me has matado a mi amor!... ¡¡Más te valiera no

haber nacido!!... ¡En el Tribunal de Poncio lo tienes ya...! Réprobo!... ¡Réprobo!...

VI

—«¡Pequé, vendiendo sangre inocente!» (1)

—«Y a nosotros ¿qué? ¡Tú allá!» (2)

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Tirar ahora el dinero! ¡Mira, recógelo!

—«No es lícito meterlo en el tesoro» (3)

—Y ¿por qué no?

—«Porque es precio de sangre» (4)

—Pues... compraremos un campo para sepultura de peregrinos.

—Justo, cabal: «*Hacéldama*, campo de sangre.» (5)

VII

Un árbol cimbreando su ramaje al trepar por su tronco un hombre con una cuerda.

¿Qué va a hacer ese loco?

(1) Math., XXVII—4.

(2) Math., XXVII—5.

(3) Ibid.

(4) Ibid.

(5) Ibid.

¡Un lazo corredizo a la garganta!... ¡Un garfañón en la mejilla derecha, junto a la boca, hasta hacerse sangre! ¡¡Un grito de condenado, que repercute por todo el valle de Josafat. y... el cadáver del ahorcado, balanceándose en el aire, como un péndulo!...

VIII

¡Había besado a Jesucristo de mentira!...





ENVIDAR EL RESTO

I

En dos cosas se parecía la Registradora de Fresales a la malaventurada madre de Carlos V: en llamarse D.^a Juana y en padecer de celos. Pero celos que, comenzando por desasosegarla como si se rozase con ortigas en cuanto el Registrador salía por la puerta de la casa, se iban recrudeciendo y agigantando a cada movimiento de la péndola del reloj del gabinete, poniéndola, al cuarto de hora de haber salido de casa Don Rafael, que esta era la gracia de su Felipe *el Hermoso*, a dos dedos de la locura de remate, si es que no la ponían dos dedos más allá, como en no muy contadas ocasiones ocurrido había.

Y cuidado que el tal Don Rafael frisaba a la sazón en los cincuenta y cinco; era, y había sido siempre, poquito de persona, un si es no es patizambo, desmedrado de carnes, ralo de dentadura, quebrado de color y desmayado de movimientos, por donde, más que peligro de tentación, era algo así de suyo como la bendición de S. Francisco.

Pero ¡fuera usted a poner puertas al campo! Fuera usted a exigir orden y concierto, ilación y lógica en el desequilibrado calestre de una mujer histérica... De aquí los resquemores de la Registradora en cuanto Don Rafael tardaba en volver a casa siquiera diez minutos, y los interrogatorios de catecismo acerca de los lugares y ocupaciones, conversaciones y hasta pensares en que había empleado aquellas... ¡eternidades!

—Bueno: en ir a casa de Don Ramón Angulo no se echa tanto tiempo.

—...

—¿Un cigarro? Conformes. Pero alguien más estaría allí.

—...

—¡Hombre! ¡qué casualidad! Adondequiera que tú vas, ha de ir el señor Cura.

Pues ya sabes que me quiebras los ojos con ir todas las mañanas de Dios a casa de Angulo. Y a lo que tú vas allí es a ver a las muchachas que pasan por agua y a que ellas te vean; y miraditas de inteligencia y chicoleos indecentes, que no sé cómo la de Angulo consiente semejantes porquerías en la misma puerta de su casa... y... ¡y no paso de ahí, porque me vuelvo loca de solo pensarlo... Porque no les he cortado el pelo a más de cuatro bribonas, porque no se diga que desciendo hasta ellas; pero que a quien le voy a cortar la cabeza una noche es a tí, mal marido, indecente, mal caballero... ¡adúltero, y más que adúltero!...

Y el ataque de nervios, y los gritos de energúmena, y las carcajadas de histérica... y la taza de tela con gotas de éter... y el pobre Don Rafael acoquinado y envidiando la suerte de las cucarachas, para poder meterse debajo de un ladrillo.

II

No se sabe a punto fijo si fué porque en realidad de verdad Don Rafael, que jamás había sido cazador, se aficionó a la caza, si

fué por sacudir un tanto cuanto el insoportable yugo de la tiranía doméstica, nuestro Registrador se pertrechó de armas y se proveyó de municiones de cacería, y dió en la flor—que cardo ajonjero hubo de antojársele a la Registradora—de salir todas las tardes de aquel celo a la sabrosa caza de la perdiz.

Por cierto que al mirarlo tan canijo y tan escuchimizado con el sombrero de alas enfundado de verde y de verde asimismo la casi rozagante blusa que se vestía para confundirse y perderse entre los paradisíacos verdores de la repuesta espesura de los puestos, parecía materialmente—mi palabra no le ofenda—uno de esos bichos verdes que anidan en las rendijas de los árboles, y, lo que dijo una mujer del barrio del Cañuelo al verle ir una tarde en tan extraña catadura: ¡Míalo! ¡paece un lagarto con un divieso!—aludiendo a la jaula del reclamo que, enfundada de verde, llevaba a la espalda.

Y cosa particular. Con no haber sido en su vida tirador, no volvía ni una tarde sin dos, tres, a las veces cuatro, o a lo menos una víctima de su certera puntería... ¡Ay

de él la tarde en que volviera con las manos en el seno! pues entonces de seguro que, lejos de haber ido de cacería, habría andado de picos pardos por ahí y... la timba número uno en la casa... y los gritos de la formidable consorte oídos por los muertos del cementerio, y el ataque de nervios, y la taza de tila... ¡y el cataclismo!

Esto me figuro yo que sería lo que le haría no respirar en el puesto y afinar la puntería como si se tratase de un mosquito, y precisar el disparo, y ser desde el primer día de afición el terror de los olivares del término y el ángel exterminador de la inofensivas gallináceas de todo el contorno.

III

Y sucedió que una tarde, la siguiente a otra tarde que había matado tres perdices, se presentó en la casa solo con una... Como estaban ya de perdices como el confesor del rey del chascarrillo, no había querido cargar la mano.

—Pues entonces, ¿a qué santo te has lle-

vado por ahí toda la tarde de Dios cuan larga es?

—Tardó mucho en entrarme, y cuidado que el macho parece que lo hacía por contrata: pues lo mismo fué colgarlo del olivo que empezar el animalito *cuchichi, cuchichi*, y mientras se me puso y no se me puso a tiro...

—Luego entonces no traes más porque no ha encartado, no porque no has querido tirar, como dijiste.

—No; porque no he querido, no; porque ya se me hacía un poco tarde y porque siempre te pones en lo peor cuando no vuelvo pronto.

—¿No he de ponerme? ¿Crees tú, por ventura, que aun con perdices y todo se me puede pegar la camisa al cuerpo? No digo que no vayas a cazar; pero no hay quien me quite de la cabeza ..

—¿Va a empezar ya la matraca?

—Y mientras no me pruebes que no pasas siquiera por los Cuatro Cantillos, no te dejaré ni a sol ni a sombra. ¡Infame! Que la tuve en mi casa mirándome en ella como en una hija, para que me pagara de ese modo; y más infame tú, que sabiendo que

me quiebras los ojos de la cara con pasar por allí, te has metido a cazador sin haberlo sido en tu eterna vida, nada más que para no dejar pasar un día sin rondarle la calle. ¿Crees tú que no sé yo de muy buena tinta que por cada perdiz que traes a casa se come ella y la lambruciona de su madre media docena (mentira); que tienen escandalizado a todo el barrio con el olor a estofado de perdiz que sale por aquella puerta de la calle? ¡Perdices en estofado a costa mía!... ¡Lástima de escopetazo en aquella jeta de gallineta de arroyo, que tan hermosa te parece a tí!

—Juana, Juana, ¡por Dios, no te subas a la parra!

—¡A lo alto del angelote de la torre es adonde me voy a subir el día menos pensado; pero es para publicar a los cuatro vientos y hasta que se me seque la campanilla. que eres un mal marido y un mal esposo! ¡Infame!... ¡Mal caballero!... ¡Viejo indecente!...

(La campanilla de la cancela.)—¡Tilín!, ¡Tilín!

—¡Adúltero y más que adúltero!...

—¡Juana! ¡por Dios! ¡Que hay gente en la cancela y te van a oír!

—¡Déjalo que me oigan hasta los sordos: a bien que a conciencia libre nadie teme! Más valía que esos temores que te entran ahora te entraran a la hora de tentarte el enemigo y de ser el escándalo de todo el pueblo: ¡pirandón!... ¡mal marido!... ¡viejo ind....

—¡Tilín! ¡Tiliín!

—¡Sal a ver quién demonios está ahí!

.....

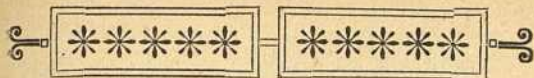
IV

—Bueno: y ¿qué quieres tú con esos modos de llamar a la cancela? (Esto, la señora Registradora a una chiquilla que le muestra un manojo de tres perdices.)

—Que dice mi mamá que le diga usted a Don Rafaé que se quée con el resto, y que se las dejará en los treinta cuartos.

V

¡¡Abriérase, tierra, y tragárase vivo al Registrador de Fresales!!



OBRAD BIEN, QUE DIOS ES DIOS

HISTORIA

I

—Mire usted, Don Juan: cosas de la juventud... locuras de los pocos años, en que los hombres no paramos mientes, hasta que llega la hora de recoger el fruto, bien amargo por cierto en ocasiones, como ésta en que me encuentro. Mi Laura, ese serafín del cielo en cuerpo de diosa (usted sabe que no me ciega la pasión de padre, porque ni más angelical ni más hechicera cabe ya en lo humano), acá para entre nosotros... es... ¡hija de mi alma y de mi corazón, y qué desventura tan grande la que se te ha venido encima, siendo tú tan inocente!...

Y el pobre padre rompió a llorar, como si le mordisquearan en las mismas entrañas.

Lo dejé desahogarse con el llanto, pues dolor que se pretende consolar de pronto, más que mitigarlo, se exacerba. Y cuando ya mi hombre se rehizo un poco y hubo pedídomme perdón por el mal rato que dándome estaba, prosiguió entre suspiros entrecortados y mucho sobeo de mano por la trasudada frente;—es... ¡locura y retelocura de los pocos años y barrabasadas de la carne moza!... es... es... pues... ¡hija natural, ni más ni menos!

Y el sin ventura respiró, como si se hubiese desanudado un dogal que le oprimiera la garganta.

—Cierto que la legitimamos por subsiguiente matrimonio y que en Sevilla nadie lo sabe, pues para eso precisamente trasládé aquí mi residencia a raíz de nuestro casamiento; pero el castigo sigue siempre a la culpa, siquiera sea con paso de carreta, y el castigo ha llegado en la forma más horrible por cierto con que ha podido ser herido y lastimado mi corazón de padre.

Es el caso, Don Juan, que la muchacha está en relaciones, o por mejor decir, *esta-*

ba, pues la cosa se ha terminado como el Rosario de Espera, con un chico de Madrid, de soberana estampa y de más que brillante posición, capitán de la Escolta Real nada menos, ¡con lo que las mujeres se pagan de los uniformes!, y sobre todo, enamorado de la chiquilla y ella de él, que me río yo de Romeo y Julieta... Pareja más encantadora y más digna de ser feliz y más llamada a serlo!... ¡¡Hija mía de mis entrañas!!...—Y cata nuevamente al pobre padre hecho un mar de lágrimas con tempestad de sollozos.

En este estado las cosas, Don Juan de mi alma; en las vísperas de echarse las bendiciones, como quien dice; ¡en fin, pedida y todo, con el *trousseau* a medio hacer y hasta recibidos por una y otra parte regalos de boda, mi hombre se retira de buenas a primeras, sin la menor explicación de su conducta. Y aquí me tiene usted con mi hija de mi alma muriéndoseme a chorros, llanto va y duelo viene, claro que sin probar gracia de Dios hace con hoy tres días, y la madre por otro lado hecha una Magdalena; y yo en medio de todo, sin saber si mandar a ese hombre tarjeta de

desafío, si levantarme la tapa de los sesos de un pistoletazo, o si darle a la pobrecita de mi alma la puntilla, revelándole la deshonra de su nacimiento y que nos escupa en la cara a su madre y a mí, que fuimos los verdugos que la matamos socialmente al traerla a este mundo en una hora de vértigo... ¡de locura...!

—¿Y no serán—me atreví yo a insinuar entre trasudores y carraspeos—veleidades del chico?...

—¡Quiá! ¡No, señor! ¡Nada de eso! Y si son veleidades, crea usted que Talma se quedaba en pañales haciendo papeles. Desde que se ha retirado de mi casa, no sale de la suya, y ni come ni bebe, ni duerme, ni hace más que llorar como una plañidera, según nuestros informes... No le quepa a usted duda de que ese se ha enterado del borrón que pesa sobre Laura. Y como, por otra parte, la quiere de verdad, ¡mire usted que la quiere de verdad! ¡Soy ducho en esas cosas! la deja... ¡claro está que la deja! ¡y hace bien, después de todo, y está en su derecho!; pero siendo teatro el infeliz de la formidable lucha que entablan en el corazón del hombre enamorado y pundono-

roso, como lo es él, el amor y el decoro... ¡Pobre hija de mi alma, digna de mejores padres!...—Y otro duelo con todas las de la ley, y yo a dos dedos de hacerle el dúo... ¡Tenemos que pasar los curas cada tramojo!...

—Conque usted me dirá, como hombre de talento y de conciencia,

—¡Muchas gracias!

—qué es lo que debo hacer en estas apreturas.

—Por de pronto—le respondí encomendándome a su ángel de la guarda—ninguno de los tres disparates que se le han ocurrido... Yo no le veo al conflicto más solución que una... Trabajosa, no hay duda, hasta la pared de enfrente; pero única que puede dar resultado, si se trata de un hombre de corazón.

—¿Cuál, Don Juan de mi alma?—Y me cogió las manos como el náufrago la cuerda que se le arría desde el barco de salvamento.

—Vamos por partes. Dice usted que está pedida...

—Sí, señor; pedida está.

—¿Por quién?

—Por él en persona, mediante una carta de su padre, que traigo aquí.

—Y usted no le dijo nada de... la mancha, digámoslo así, que deslustra el nacimiento de la chica. ¿No es así?

—No, señor: ni una palabra. ¡Primero haberme dejado despedazar mil veces, que hacer mangas y capirotos de la honra de la mujer a quien he dado mi nombre!

—O lo que es lo mismo: que por rendir culto al honor, faltó usted al honor, pretendiendo hacer pasar por mercancía limpia la que era mercancía averiada.

—Justo y cabal.

—Pues hijo (y aquí entra lo amargo de la receta), cuando los hombres de bien abusan de la credulidad de los que se fiaron de su hombría de bien, contraen la obligación de delatarse: esto es lo honrado: y cuando los cristianos causan daño conscientemente, o reparan, a costa de lo que cueste, el mal que originaron, o si éste es irremediable, piden perdón. Esto es lo cristiano.

Y usted, amigo mío, a pesar de su honradez, lo cierto es que ha engañado a un hombre ocultándole una verdad a que te-

nía derecho, y ha causado un gran mal a una inocente niña...

—¡¡Hija de mis entrañas!!

—que debe conjurar a toda costa. Así, pues, hijo mío, lo que debe usted hacer es ir a ver en persona a ese caballero, pedirle mil perdones por haber pretendido darle gato por liebre, vamos al decir, declararle punto por punto toda la verdad y volverse a su casa muy tranquilo de haber cumplido con su deber: de caballero pundonoroso, diciendo la verdad a quien tiene derecho a saberla; de padre, sacrificando su amor propio en aras de la felicidad posible de su hija, y hasta de pecador arrepentido, reparando, por medio de lo humillante y vergonzoso de la confesión, sus pasados descaminos y descalabros.

—¿Y no será posible, padre mío,—murmuró con acento y semblante de Cristo en el Getsemaní—, que pase de mis labios este cáliz?

—Más merece una hija—le repliqué—: y, aunque no hubiese una hija de por medio, más se merece Dios.

—Pues hágase su voluntad y no la mía. Y salió del despacho que no veía la puerta.

II

Desde la cancela de mi casa, de allí a la hora próximamente:

—¿Está el señor?

—Sí, señor. Abre. ¡Suba! y me fuí hacia la escalera.

—¡Bendita sea la hora en que me inspiró la Virgen de los Reyes venir a ver a usted!!—Y pasamos al despacho.

—Hable. ¿Qué ha ocurrido?

—Pues... ¡Si lo escribe usted en un cuento y no se cree!... ¡Si ha sido providencial la solución!... ¡Si estuvo usted inspirado!... El mismo caso de Laura repetido en él, y las mismas angustias de Calvario mías, por parte del infeliz, al saber por la partida de bautismo lo manchado de su nacimiento.

—Pero ¿es posible?...

—Lejos de pisotearme y escupirme al rostro, como yo esperaba, me ha abrazado y besado, pidiéndome perdón por habernos atormentado con su cobarde proceder.—Me faltaba valor—me decía—para exponer ante usted el deshonor de mi madre, y de mi madre muerta; y entre ser un mal hijo

y un mal amante, crea usted que optaba por lo segundo. Dios ha querido, sin duda, pagarme mi abnegación, devolviéndome la posibilidad de hacer mía a mi Laura... Que no sepa ella jamás lo uno ni lo otro, y que Dios le pague a usted—y me besó las manos—tanto bien como me ha hecho.

—Eso le digo yo a usted, señor D. Juan.
¡¡Que Dios se lo pague a usted!!





EL FINAL DE "LAGRIMAS"

I

Acababa yo de leer, con toda la propensión al romanticismo, propia de los diecinueve años, la novela "Lágrimas": obra la más delicadamente femenina y más artísticamente santa de todas las de la musa señoril, entre romántica y mística, entre idílica y trágica, subjetiva y folk-lórica, de Fernán Caballero.

La esquelética imagen de aquella malaventurada niña, huérfana de madre desde la cuna... y huérfana de padre desde antes de nacer (pues en hombre como Don Roque la paternidad es un sarcasmo de la naturaleza) la lastimera imagen de aquella pobre niña desmedrada de carnes como la

etiquez hereditaria, y exquisitamente delicada de sentires, como lo es de perfume y hasta de tonos *la flor de la lilá* del popular romance; la imagen, vuelvo a decir, de aquella mártir del desamor, lastimada en todos sus más finos sentimientos de amiga y cruelmente burlada en sus sagrados amores de mujer, que agoniza, perdonando como Cristo en la Cruz, a los que, si no le dan la muerte, se la precipitan y se la amargan, y muere, al fin, al ardor de la calentura que la consume, como las brasas del incensario la aromática goma, cantando en el delirio de la fiebre:

—Que los tengo perdonado:
¡Que es tan dulce perdonar!—

flotaba en mi imaginación con perfiles de ángel de tríptico gótico, nimbado, como hoy se dice, por la corona de espinas del infortunio.

Y fuese porque el cuadro final de la novela en cuestión es la hoguera, que hace la honrada alcaldesa de Villamar «con la cama, los muebles, las ropas de la pobre niña que murió ética», fuese por la manera prodigiosa con que el cuadro está escul-

pido más bien que pintado, junto con el recuerdo de la aérea figura de la mártir, flotaba en mi impresionable imaginación de novelista en ciernes el torcedor recuerdo de aquella hoguera fatídica a la orilla del mar; arrasándoseme en lágrimas los ojos, no sé si de compasión a tamaño infortunio, si de deleite artístico, cada vez que se me venía a los labios la jeremiaca lamentación que sirve a la novela de coronamiento y remate:— «¡Nada quedó de ella!... ¡Ni aun la memoria!...»

II

Y era una tarde de las postrimerías del mes de Octubre, del mes de la caída de la hoja de la parra y del desprendimiento del árbol de la vida por parte de las hojas maduras antes de tiempo por la traidora tisis... una tarde impregnada de suave melancolía otoñal y de vaga poesía de rima becqueriana.

Saturada la atmósfera de la humedad de la reciente lluvia de sementera, tamizaba los oblicuos rayos del sol poniente, hacién-

doles adoptar tornasoles de *candilazo*... Así sería el resplandor de la hoguera que azotaba la brisa marina en la monótona playa de Villamar...

Con la obsesión del recuerdo de «Lágrimas» me dió la humorada de pasear aquella tarde por lo que se llama en Sevilla Ronda de Capuchinos, entre la rota muralla levantada por Julio César como un himno de granito a Marte belicoso y el Hospital de las Cinco Llagas, brotado del corazón de una gran mujer, D.^a Catalina de Rivera, como un lamento de compasión al infortunio ageno, como un salmo de piedra a la virtud suprema: la caridad.

Rumiando aquello de Bécquer

—Cerraron sus ojos
Que aun tenía abiertos.
Taparon su cara
Con un blanco lienzo,
Y unos sollozando
Y otros en silencio
De la triste alcoba
Todos se salieron,—

ví venir un coche fúnebre con un blanco ataúd, camino del cementerio de San Fernando—el camino de la «Venta de los Ga-

tos» del poeta de las Rimas—y en lugar de rezar un padre-nuestro, como cumplía a mi cristiandad, por la pobre muerta de la caja blanca, púseme a tararear *pianísimo* con tono de plañidera malagueña la copla del enamorado loco, protagonista de aquella elegía en prosa:

En el carro de los muertos
Ha pasado por aquí:
Llevaba una mano fuera:
Por ello la conocí.

.
En fin y por remate: que me encontraba imposible, con el ataque aquel de romanticismo agudo, especie de sarampión psicológico, que hemos padecido en nuestra mocedad literaria cuantos tuvimos la chifladura de creernos predestinados al Parnaso.

Salvando barrizales de la reciente lluvia y pisando hojas secas de los árboles, que empezaban a desnudarse para el sueño tenaz de la invernada, me entré por lo que fué en tiempos puerta de Córdoba. Anduve sin rumbo fijo por el antiguo barrio de San Julián, triste como una grandeza que pasó, y héteme desembocando de allí a po-

co en el de Santa Lucía, pedazo de población que, más que de la tercera capital de España, parece de una aldea, formado de casuchas bajas y miserables, entre espaciosos huertos y plazoletas mudas, resucitando en mí el neurasténico tipo del autor de «Tres Fechas» en sus poéticas excursiones por las legendarias calles de la imperial Toledo.

Por cierto que al pasar cerca de un huercecillo, con ancha portalada de tejaróz y tapias almenadas, por las que recolgaban hacia la calle ramos de hiedras y campanillas azules—las flores predilectas de Bécquer—hubo de llegar a mis oídos un canto de mujer que parecía un lamento; una sentida copla popular, cantada con voz de ángel y dejos de gitana; uno de esos cantares andaluces matizado de pasionales sostenidos y de espontáneas formatas intraductibles al pentágrama musical; una *soleá* nativa, salpicada de calderones y de gorjeos, de rugidos como de pantera y arrullos como de paloma; uno de esos *cantes jondos*, en fin, que no se parecen a nada de este mundo, como no sea a la cántiga no aprendida que el ruiseñor endecha junto al nido

entre las repuestas ramas de la espesura en la estrellada noche...

La letra de la copla decía así:

—¿Quién ha visto mayor pena?

¡La que muere de mi mal

Hasta la ropa le queman!

¿La que muere de mi mal hasta la ropa le queman?.. ¿qué es esto, sino el final de «Lágrimas» sólo puesto en gitano?—díjeme al oír aquel hondo poema de dolor, encerrado en tres versos de factura popular. —¡Sí, sí; la hoguera de la playa villamarina, no dejando de la pobre niña ni aun la memoria!

De fijo que del lado allá de aquellas tapias desconchadas a trechos y tapizadas de yedras y de campanillas azules habría una pobre niña, de ojazos negros como la noche que no le cabrían en la cara, con la descarnada faz como de cera y dos chape-
tas rojas en los pómulos, delatorias de la fiebre que acompaña en su desastrosa huida a la tisis galopante... No tendría finiquito la caída de la pámpana de aquel otoño, sin que ella tendiera el vuelo de golondrina de Bécquer para no más volver... ¡Po-

bre niña!... ¡pronto no quedaría de ella ni aun el recuerdo!...

III

Y me alejé del huerto de la copla—yo desde entonces lo llamé así—con la imagen de «Lágrimas» y la visión de la hoguera de la playa de Villamar cada vez más grabadas en la memoria y sintiendo repercutir en las profundidades de mi alma de poeta, como repercute el eco de montaña en montaña, aquella copla popular que compendia-
ba un libro:

—¿Quién ha visto mayor pena?
¡La que muere de mi mal
Hasta la ropa le queman!

.





“SERVENTUR MORES” (1)

I

—¡Ay, no me lo diga V.! ¡no me lo diga V!!... ¡Bendito sea el Señor, que así prueba a los suyos y que tantísimas tribulaciones está descargando sobre mí en esta prelación de mis culpas y pecados. Primero, lo de la obra del refectorio, que nos dejó pegaditas a la pared... Luego, lo de los títulos de la deuda, que se llevó el bueno de D. Serafín, mi palabra no le ofenda, y que nos quedamos sin ellos, como yo me quedé sin padre, para ciento y un días. Después, lo de la enfermedad y operación de Santa Filo-

(1) «Guárdense las costumbres.»

mena, para que se muriera la pobrecita, después de tantas dolencias y tantísimos gastos ¡más de catorce duros!... Ayer como quien dice, lo del impuesto de arbitrios por los mazapanes ¡mire V. qué humillación tan regrandísima para unas esposas de Jesucristo, a más de lo que se llevan con sus manos lavadas, que ¿sabe V. lo que importa un mes con otro? ¡pues dos napoleones, porque yo, Padre, no entiendo por pesetas. ¡Y encima de todo este chaparrón de desgracias, sin contar lo de las cataratas del concuñado de la demandadera, que dice D. Cirilo que no hay más remedio que operárselas, para remate de miserere y para que no le falte a una ni sarna que rascar, la traslación de V!.. (Llora).

¡Un sacerdote tan rebuenísimo! ¡Un confesor tan reprudente y tan resabio, porque me río yo de Salomón, para dirigir conciencias de religiosas, que está la comunidad desconocida desde que V. la dirige, porque son ángeles en carne humana!... ¡No le quiero decir a V. la que se va a armar en cuanto que lo sepan! Apunte usted en los extraordinarios de este mes lo menos tres reales de tila, y eso que acá

tomamos claritas todas esas cosas para que cundan. (Vuelve a llorar.) ¡Verá V. Patrocinio, con lo que esa criatura siente todas las cosas del convento! ¡Con decirle a V. que todavía está mala de cuando se le secó el jazmín morisco a la Madre Maestra!... ¡Pues no le quiero decir a V. Santa Rosalía, que tantísimo nos tiene encargado el médico que no tome disgustos, porque es cosa que se echa a morir en cuanto se disgusta o se asusta, desde la noche de los ladrones!... Pues ¿y Corazón?... Pues ¿y Niño Perdido?... ¿Y...? ¡todas! porque aquí en diciendo D. Práxedes todas tocan reliquias en él y yo la primera... pues nada más que de considerar lo que tiene V. hecho con la comunidad... ¡D. Práxedes, que las pestañas de San José!... ¡D. Práxedes, que cobrar los cupones del trimestre!... ¡D. Práxedes, que la platiquita del día de retiro!... ¡Don Práxedes, que las décimas para la profesión de la novicia!... ¡D. Práxedes, que el dibujito para la saya de la Santa Madre!... Y D. Práxedes para todo lo temporal y lo eterno... y este santo varón sin un mal modo, ni una mala cara, lo mismo para un barrido que para un fregado, siempre de-

rramando el bien a manos llenas, y hecho la víctima propiciatoria de la comunidad... ¡Déjeme V. que me desahogue, por el amor de Dios!! (Aquí, sus cinco o seis minutos de gimoteo. D. Práxedes está a punto de hacerle el dúo).

II

—¿Ave María Purísima?

—Sin pecado concebida... ¡Entra!

—Hola, Padre, ¿como está V.?

—Bien, ¿y tú?

—Yo tan buena a Dios gracias y para servir a V. ¿Y su señora madre?

—Tan buena gracias a Dios y tan jirocha.

—¿Y su hermana?

—Tan bien.

—¿Y su cuñado?

—Tan bueno.

—¿Y los niños?

—Tan monos.

—¿Y la niña?

—¡Tan resalada!

—¿Y la familia del pueblo?

—Sin novedad.

¿Y...? Pero ¿qué es eso, Madre? ¿Por qué llora su merced?

—¿No quieres tú que lllore, si... se nos va D. Práxedes?

—¡Ay, no me lo diga V.! (cae desmayada.)

—¿Lo está V. viendo ya? ¡lo que yo le decía! Primera estación de la Vía-Sacra. (Saliendo a la puerta del locutorio.) ¡Mónica!... ¡Mónica!... ¡¡tráete el éter corriendo!! (Volviendo a la monja accidentada). Pero, San Cristóbal, ¡por Dios!... ¡Jesús, hija, si lo sé no te lo digo!... (A una que entra en el locutorio, atraída por lo del éter). ¡Una poca de agua del botijo para espurreársela por la cara! (A otra) ¡Un abanico! (A otra) ¡Una taza de tila! (A Mónica que entra con el éter) ¡Anda, aplicaselo a la nariz mientras yo la sostengo! (A la accidentada que vuelve en sí con el éter). ¡Anda, hija mía, a ver si puedes llorar, que eso alivia mucho...

(La aludida, soltando la poderosa, por cierto que era la sochantre de la comunidad).—¡Ay! ¡¡Ayyy! ¡¡Ayyyy!!!

(La comunidad en masa, precipitándose en el libratorio, alborotada con las *fermatas*

en *crescendo* de San Cristóbal. Todas a la vez):

—Pero ¿qué es esto?

—Pero ¿qué pasa?

—Pero ¿qué ocurre?

—Pero...

(La Priora en el paroxismo del dolor):—
¿Qué queréis, hijas mías, que pase? ¡¡Que se nos va D. Práxedes de Beneficiado a Ceuta!!...

(Coro al unísono):

—¡Santo Cristo de Torrijos!

—¡Señor Dios de los ejércitos!

—¡El dulcísimo nombre de Jesús!

—¡Jesús, María y José, Joaquín y Ana!

—¡Madre mía del Dolor!

—¡Jesús, Jesús, Jesús!

—¡Ay, qué pena!

—¡Ay, qué disgusto!

—¡Ay, qué tribulación tan regrandísima!

—¡Qué desgracia tan reatroz!

Y una gimoteando por aquí, y otra hi-
peando por acullá...; una, dando un chilli-
do inverosímil y cayendo con un síncope
en brazos de otras dos, una de las cuales
se contagia y tiene que ser sostenida a su
vez por otras tres o cuatro, de las que re-

sultan contagiadas otras dos...; unas, administrando agua y otras yendo a hacer tila... y ¡el día del juicio en aquel libratorio!

III

El pobre de D. Práxedes estaba conmovido. ¿Qué digo conmovido? Consternado. ¡Ahogándose meramente de compasión ante aquella desolación tan sin medida!

Y, sacerdote ante todo, con entrañas de verdadera caridad, y con deseos decididísimos de hacer bien por las almas, por encima de todos los humanos intereses, pareciéndole escoria y estiércol su deseadísimos Beneficio de Ceuta en comparación con el bien espiritual de aquellas infelices, se resolvió a decir a su desolada grey, cuando ésta se repuso un poco, y con éter, unas, con tila, otras, y con agua clara las más, encajaron sus respectivos sistemas nerviosos:

—Pues nada, hijas mías. No hay que apurarse. Hoy mismo le escribo al Sr. Conde dándole las gracias por el Beneficio y diciéndole que disponga de él para otro. No digo yo un Beneficio en Ceuta; la mitra de Toledo no vale dos cominos en comparación de vuestro bien espiritual! Aquí

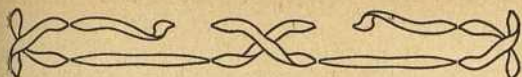
tenéis confesor para mientras necesitéis de mis consejos. Después de todo, lo que dijo el otro: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.

—¡De ningún modo! ¡de ningún modo!! ¡Ni que lo piense V., ni que lo sueñe!—replicó la Priora.—V. se va a su Beneficio ya que se lo ha proporcionado Su Divina Majestad. ¡Tuviera que ver!... ¡Sacrificar el pan de su familia, tirar por la ventana su vejez!...

—¿Pero no ves este cuadro—replicó el confesor, haciendo pucheros,— capaz de partir los corazones?... En fin, que no tengo entrañas—y rompió a llorar a todo velamen—para dejaros en semejante desolación.

—Mire V., Padre—exclamó muy apurada la hermanita Paloma, a quien la gente maleante de la comunidad llamaba por sus sandeces la hermanita Pava—; mire V., Padre, que no se vaya V. también a poner malo con el disgusto... Sepa V. que es costumbre de la comunidad siempre que se nos despide un Confesor, que... ¡vaya!... armemos un escarceo como este.

—¡Ah!... ¿Sí?



EL MONÓLOGO DEL CORCHO

*A mi amigo queridísimo
Señor Don Luis Montoto.*

Cuadro de Navidad

Si no *pino del Ponto*, como la célebre navecilla cantada por Horacio, soy tan *hijo de la noble selva* como ella lo fué. Séame lícito jactarme de mi alcurnia, como ella se jactó: *et jactes genus et nomen inane*.

Fué mi abuela una bellota alcornoquera, que caída de su áspero cáscabullo cuando llegó la hora de su completa madurez, fué rodando, rodando, sin tropezar en rama, desde lo más abrupto y esquivo y remangado de la sierra a lo más hondo y abyecto del barranco: a la musgosa hendidura de una roca, *sentada sobre muchas aguas*, como

la meretriz de que habla el Apocalipsis.

Con la humedad del arroyo por un lado —pues eso eran las muchas aguas de que queda hecha mención— y por otro el calor vivificante del astro rey, la bellota mi abuela hubo de resolverse, andando los tiempos, en el pujante alcornoque de que procedo, y que ¡hasta allí los troncos majestuosos y con garbo, y hasta allí las ramazones con gracia y brío..., no porque sea mi padre!

Eche usted años y más años en la edad del autor de mis días, hasta que llegó la hora de afeitarlo por la primera vez: si es que merece el nombre de afeitado el liarse con él unos desalmados descorchadores y dejarlo al pobrecito mío de mi alma como a San Bartolomé sus verdugos, sin pizca de pellejo, desde casi las raíces que, a modo de culebras, se retorcián por entre las piedras del barranco hasta la cruz de que partían las ramas, como brazos condenados a un desperezo eterno.

Hubo de parecerme la operación algo así como un *robo en despoblado*. Y púseme a dar vueltas en mi caletre a esta serie de preguntas, a cuál más lógica:

I. ¿Para qué servirá la túnica inconsútil de mi padre, cuando así se la arrancan?

II. Si real y efectivamente sirve para algo, ¿por qué me han tirado a mí, parte de ella, con el mayor desprecio?

III. ¿Tan nada es en el mundo de los señores hombres el corcho borneadizo que no sirva para maldita de Dios la cosa?

Cavila que cavila, y piensa que te piensa, hubiérame llevado toda una eternidad, si no acierta a pasar por allí el bueno del cura párroco de un lugar vecino rezando en su breviario estas palabras consoladoras que hubieron de llenarme de esperanza:—*Lapidem quem reprovaverunt edificantes, hic factus est caput anguli*: la piedra que los edificadores menospreciaron ha sido colocada en el vértice del ángulo.—¿Sería aquello por mí?... ¿Era aquello una revelación de mi destino?...

Siguió el cura paseando y rezando por la maleza, hasta que llegaron junto a donde yo estaba dos monaguillos con sendos esportones. Me echaron en uno de ellos a una indicación del párroco, que celebró mi tamaño y encomió mi hermosura, y cátame de allí a poco nada menos que en el presbi-

terio de la iglesia del lugar, al lado de unos haces de fragantes romeros, balsámicos lentiscos, aromáticas jaras, olientes almoradujes y frutecidas madroñeras, elementos constitutvos, con un servidor de ustedes, del anual *Nacimiento*, con que se erigía trono, se levantaba altar y se ofrecía propiciatorio al Dios recién nacido por amor al hombre.

Yo me llené de orgullo al verme, por designio de la divina Providencia, erigida nada menos que en morada del que los cielos, con ser tan grandes, no pueden contener. Yo iba a ser el teatro de su venida: la *Idumea en que iba a extender su calzado...*

Y con efecto, señores: la mano creadora del sacristán, por virtud taumatúrgica de unas puntillas aquí y allí y de un poco de papel encolado acá y allá, empezó a convertirme, ora en cauce de río, ora en arco de puente; lo mismo en valle frondoso de verde serrín, que en pico de montaña con reluciente escarcha de cristal machacado; en atrevido sendero que serpenteaba por entre abruptos montes para servir de camino a los Santos Reyes del remoto Oriente,

que en plácida llanura, donde los betelemíticos pastorcillos apacentasen sus complejas ganaderías; lo mismo, en fin, en terraza del palacio de cartón del Rey Herodes, que en muros y techumbre del Portal de las cercanías de Bethelén.

Como, aunque corcho, y corcho borneadizo, me traigo mi *mijita* de erudición, según habrán ustedes notado, recordé una hermosísima idea que en una de sus conferencias en Nuestra Señora de París desenvuelve admirablemente el Padre Monsabré. A ver si la enjareto.

Al hablar de la pluridad de mundos habitados por seres necesitados de redención, como el hombre de acá, dice que la elección de la tierra para teatro de la encarnación del Verbo, a pesar de su humilde categoría de planeta de tercero o cuarto orden, encaja divinamente en el plan de las humillaciones del Verbo: del Verbo, que se encarna en Nazareth y no en Roma; del Verbo que, aun en la tierra misma, nace en Bethelén y no en Atenas... No recuerdo si son esas las mismas palabras del egregio Dominico; pero sí son, desde luego, suyos, estos dos exactísimos dictados

que da a nuestro planeta: «Capital teológico del universo mundo»; «Bethelén de la inmensidad.»

Pues bien, señores míos; eso había yo llegado a ser, gracias al providencial tropiezo del cura conmigo en la maleza: la capital teológica del mundo de aquella iglesia de lugarejo: el Bethelén de aquella reducida inmensidad. Bien había dicho el señor cura, rezando con David: «La piedra que los edificadores menospreciaron había sido colocada en el vértice del ángulo.»

Porque ¿qué había sido entretanto de los demás pedazos de corcho, hijos de mi mismo padre, recogidos por los descorchadores con tanta estima, y conducidos en carro, como los antiguos vencedores, a ciudades populosas?... Los que más, habían llegado a tapones de botellas de *Champagne*. Botellas que, descorchadas en medio del báquico estruendo de la revuelta orgía, habían enloquecido con su licor a los que no estaban ya locos antes de descorcharlas. Entonces me acordé de esta frase del Profeta Rey: «Más vale un día en tus atrios, Señor, que millares de días. Prefiero vivir abyecto en la casa de mi Dios a habitar en

los tabernáculos de los pecadores. Ellos, mis hermanos digo, los otros corchos de mi misma extracción, rodarían a aquellas horas por la sala del festín, entre rufianes y meretrices. Yo estaba sosteniendo sobre mis hombros, gracias a unos aglutinantes goterones de cola, o pastores inocentes, o Reyes santos, o ángeles tañedores de músicos instrumentos, o a la Trinidad terrestre, Jesús, María y José, benditos sean.

Lo único que me humillaba en mi nuevo destino era servir de sostén y alfombra a la última expresión de la arbitrariedad y de la tiranía; al muñeco más déspota y más sanguinario que registran los fastos de las historias de los pueblos: al Rey Herodes, más *sin entrañas* que se ha visto en el mundo, y que, sentado a la puerta de su palacio, en un sillón recocó, de espaldas decorado con purpurina, como pudiera sentarse cualquier burgués en la terraza de su quinta de recreo, parecía decir a un sayón que estaba delante de él, con una cosa en la mano como una batuta, pero que era una espada, según deduje:

Succesor instat. pellimur.

Satelles. i, ferrum rape:

Perfunde cunas ságuine:

«¡Me amenaza un sucesor de mi corona! Tú, mi ministro, coge la espada, e inunda en sangre las cunas.»

Por estas, que son cruces, que no me he abierto a sus pies, y me lo he tragado vivo, porque el papel encolado que le sirve de pavimento no me lo consiente; pero me he desquitado, diciéndole con la liturgia:

*Quid próficit tantum nefas?
Quid crimen Herodem juvat?
Unus, tot inter fúncra,
Impuné Christus tollitur:*

«¿De qué aprovecha tanta infamia, ni de qué sirve a Herodes tan grande crimen? De entre tantos y tantos funerales, uno resulta ileso: Cristo.»

Y ahora caigo en la cuenta de que estoy imposible con tanta erudición, aunque de pacotilla... Perdónenme los lectores y sigan prestando atención a mi relato.

Era la media noche del día en que se acabó de poner el Nacimiento. Las campanas de la espadaña de la iglesia, tras el alegre repique del *Te Deum*, remate de los maitines, dieron el último toque a la Misa del Gallo.

Por las calles del pueblo, impregnadas de olor a aceite frito, delator de buñoladas, sonaban castañuelas y panderetas, triángulos y zambombas, bandurrias y guitarras, acompañando alegres villancicos entonados por poderosas voces juveniles, de frescura primitiva, entre el chapaloteo de las gentes que, afrontando fangales y esquivando charcos, se dirigían a la iglesia... El templo llegó a ponerse de bote en bote.

El cura, revestido de ornamentos sacerdotales que entretejía la seda y recamaba el oro, subió las gradas del presbiterio. Las mujeres, con el pañuelo de colorines a la cabeza y arrebujuadas en el mantón peludo, y los hombres, destocados y envueltos en las capas rozagantes, llenaban las anchas naves del santuario y hasta los últimos rincones de las capillas; toda la chiquillería del lugar, en torno de la grada, que olía a monte, levantaba las inquietas cabecitas y *desparratocaba* los brillantes ojazos, anhelante de ver recién nacido, entre las pajas del pesebre, al que había de decir en su Evangelio: «Dejad que los niños se acerquen a mí.» Resonaron uno a uno los nueve *kiries*, cantados pausadamente por el so-

chantre, que se crecía con el gentío y explotaba todos los poderosos recursos de su pechazo de barítono, hasta con regodeo de cantollanistas... Las palabras que en labios de los ángeles bajaron de las alturas en la memorable noche que marca la plenitud de los siglos, el *Gloria in excelsis Deo*, brotaron al fin de los labios del celebrante... y un «¡ya!... ¡ya!...» salido instintivamente de infinitas gargantas, trémulas de emoción, que hubo de hacerme recordar lo de *Expectación de las Gentes*, profetizado a Judá por Jacob moribundo, invadió todo el templo como el zumbido del emjambre la colmena...

Se había descorrido una cortinilla de tisú de oro y había *visto toda carne al Salvador de Dios*.





EL ALMENDRALEJO

(Rigurosamente histórico)

I

La huerta El Almendralejo, propiedad de Benigno de la Paz y Gómez, consistente en un pedazo de vega de hasta unas tres aranzadas de extension sembrado de frutales, lindaba por el Norte con el camino de Benalúa; por el Naciente, con huerta de Antón Flores; por el Sur, con la vereda de propios, y con arboleda de Francisco de Vayas por el Poniente. Tal rezaba la escritura de compraventa a los herederos de D. Enrique de Páramo, pasada por el Registro de la propiedad y todos sus menesteres.

II

Codicioso y hormiguita para su casa, donde los hubiera, el tal Antón Flores, y amigo de lo ajeno el Francisco de Vayas, como si el séptimo mandamiento no rezara con él o no se extendiera a bienes raíces, cada vez que uno y otro araban sus respectivas heredades se comían *una pestaña* de la heredad intermedia, llegando en ocasiones hasta a propasarse al párpado... tanto que un nogal hermosísimo que tenía Benigno Paz en el tercio de su huerta que cae hacia Poniente, se encontró por arte de birlibirloque del lado allá de la linde de la arboleda de Francisco de Vayas; y un pino secular, conocido en toda la comarca por el pino de los Páramos, y que estaba en el tercio del lado de Levante, se encontró, de la noche a la mañana, allende la mojonera de Antón Flores.

La huerta, por consiguiente, llamada El Almendralejo, sin alargarse un jeme de tierra por los polos—lindaba con dos caminos—se estrechaba más cada día por lo que llamar pudiéramos el Ecuador; con lo que

hubo de quedar reducida, andando el tiempo, a algo por el estilo de una gavia entre dos lindes.

Principio quieren las cosas.

III

Benigno, el de la huerta Almendralejo, lindaba por el Norte con el sustantivo de su nombre propio; por el Sur, con su apellido paterno, pero acompañado del epíteto «inalterable», y de Levante a Poniente con... la pasta más de almendras con que se han confeccionado en el mundo mazapanes de Toledo.

Y aquí de las perplejidades del cronista; porque mientras unos aseguraban que *no tenía alma en el cuerpo*, otros estaban diciendo continuamente que *tenía alma de cántaro*; y mientras unos decían que tenía sangre de horchata, otros aseguraban que la tenía de chufas. Como no fuera que la horchata fuese del mencionado tubérculo... Yo me inclino a esto último.

Dígolo porque, a pesar de estar viendo, cada vez que visitaba su heredad, el inicuo despojo de que estaba siendo víctima por

parte de sus vecinos colindantes, ni aun así perdió mi hombre la paz interior. Claro que no le gustaba, ni mucho menos, aquel repartirse las vestiduras del justo. Pero de no gustar una cosa a protestar contra ella, va tanto trecho como del dicho al hecho proverbiales.

IV

En cambio su señora (porque hay que advertir que Benigno era casado, con la agravante de serlo por la tercera vez) era la encarnación de las malas pulgas y algo así como el verbo de la protesta; de aquí que se pusiese hecha un basilisco cada vez que con su esposo iba al Almendralejo; sobre todo, cuando se halló de buenas a primeras desposeída del nogal de sus encantos y expoliada del pino en que tenía cifrado todo su orgullo, explicándose de esta guisa y talante ante su boquiabierto velado, pero con el peor talante que imaginarse puede:

—¡Y te quedarás tan fresco ante tamaña... Sierra Morena sin trabuco, ¿verdad?! ¡Y no te arderá la sangre, ni te repudrirás

por dentro!!... ¿Qué habrías de repudrirte tú, papanatas, calzonazos, viva la virgen?... Pues bueno; como no me los cites a juicio, pero esta misma noche, y consigas por encima del mundo que se haga un deslinde judicial; y recuperes lo que has sudado y y que no es sólo tuyo sino de los dos, pues ha sido adquirido durante el matrimonio, y les saques por la ley mi pino y mi nogal y mis otros almendros y todo lo que te han robado, ¡y tú consintiéndolo, pazguato, sin servir, que no te doy más guantadas que se dan en la *vía sacra*, porque no se diga...! De modo que ya lo sabes: o esta noche me los dejas citados a juicio, o sale por la mañana camino del palacio arzobispal mi demanda de divorcio, ¡Yo no, yo no, y yo no! Yo no hago más vida matrimonial con un sol puesto cerrado, ni con un pedazo de carne bautizada, que ahí te puse, ahí te estés, hecho el hazmerreir hasta de los chiquillos de la escuela, por pánfilo y por Juanaguas, que bruta, rebruta yo que me casé contigo.

—Mira, Rosario, que hasta el refrán lo dice: «pleitos tengas y los ganes».

—Es que una cosa es pleitear para es-

quilmar al prójimo, y eso tampoco me gusta a mí, y otra cosa es defenderse ¡recontra! ¡Que una hormiga es y se revuelve cuando la pisan, y eso de «dale la capa al que quiera quitarte la túnica», eso está muy bonito para los sermones de Cuaresma! Conque ahora que estamos solos y sin más testigos que Dios: ¿me prometes menearte alguna vez en tu vida y sacudir la melena, como quien dice, y defender lo tuyo aunque arda Troya?

—Lo haré, porque tú quieres; pero demás sabes tú que no quiero litigios.

Pues hijo, a la fuerza ahorcan. Hágase lo que se deba, aunque se deba lo que se haga.

V

Aquí lo tienes todo. Tus calzones de listas. Tu camisón de holanes. Tu chaqueta de paño. ¡Trael te cepillaré el sombrero mientras te vistes...

Deja; te ayudaré a ponerte el ceñidor... ¡Ajajá!

¿La chaqueta? Aquí la tienes.

¿Eso? Cuatro arruguillas de estar guardada.

No te hace falta más que una corbata para que fueras hecho todo un gran señor. Lo que dice la copla:

Con un pañuelo blanco
que yo me pongo,
todas las de mi barrio
las abandono...

¡Cree que vas hasta guapo!

Y nada de avenencias, ¿estás tú? Sino un deslinde como Dios manda, que a bien que está ahí de testigo todo el pueblo. ¡Mira tú el pino!... ¿Pues de qué se llama entonces el Pino de los Páramos, sino de que ha estado dentro de la suerte toda la vida de Dios? Y si es el nogal, ahí está todo el pueblo, que ha venido a comprarme las nueces, porque no hay otras en todo el término. ¡Y sobre todo ¡jinojo! que ahí está la escritura, con las lindes de la finca y cabida de sembradío! ¡Mira tú! ¡Tres aranzadas de tierra, y quedarnos sin más de la mitad de una mano a otra!...

VI

Y estar que estar, y las doce de la noche, y Benigno sin volver por su casa...

Sería que habría gente en el Juzgado, y... por más que para una simple demanda no se necesitaba tampoco ningún cuarto de luna...

¿Sería, quizás, que habría ido a ver a los vecinos colindantes y ver si por las buenas se arreglaba la cosa, por aquello de que más valía un mal arreglo que un buen pleito?...

¡Pues que se previniera su marido si no llevaba la cosa a punta de lanza!... No le gustaban a ella los paños calientes, sino al que fuera turco que lo ahorcaran. ¡Pues ya se veía!...

VII

Hombre: ¡gracias a Dios! ¡Creí que habías desmanchado! ¡Cuidado con el resuello que tienes para buzo! ¡Es que te pintas solo para ir por la muerte!

Conque vamos a ver. Siéntate. Había

mucha gente en el Juzgado, ¿no es verdad? Bueno: llegaste, diste tus buenas noches... ¡y qué?... Vamos: cuéntamelo todo del papá, que a mí gustan las cosas con el huevo, la gallina y quien lo puso. Conque anda, empieza. Te dijo te que sentaras.... Te sentaste, *lo cual que* te quitarías tu sombrero, ¿verdad?... Bueno: pues echa por esa boca, que la gente hablando se entiende, ¡contra!

—Si... no he llegado a estar en el Juzgado ..

—Ya me lo decía yo desde que dieron las once, y tú sin parecer. ¡Ese habrá ido a verse con Antón Flores y Frasco Vayas, y de ahí que tarde tanto! Al principio ¡como si lo viera!, se te rabistirarían y echarían las patas por alto, sobre todo el Antón, que es tan chilindrinero y tan licurgo como todos los Flores. Pero que verían la razón, pues no son faltos de conocimiento, y se vendrían a las buenas. Pues créete que me alegro: ¡sí, señor, que me alegro! No sé qué tiene el papel sellado que no le gusta a nadie.

—¿Y Frasco Vayas, que dijo? Porque ese, a lo bruto, tiene más debajo de la tierra que encima... Vamos: ¿cómo fué la en-

trada? ¿Por dónde empezó la conversación? Que llegaste:—Buenas noches.—Buenas noches.—Pues yo venía...—¡Jinojo; habla o revienta!

—Es que tampoco he estado con ninguno de los dos.

—¿Pues dónde has estado entonces, alma... usía?

—Sentado en la Alameda pensando... una solución

—¿Y se puede saber cuál es ella?

—Yo no sé si te gustará; pero todo tiene sus inconvenientes en el mundo. Yo, demás sabes tú que no quiero pleitos...

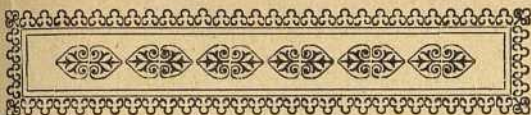
—Bueno que no los quieras: ¿los quiero yo acaso? Ahora, defender lo tuyo y no dejarte robar en despoblado...

—Pues la solución mejor que se me ha ocurrido es no meterme con ellos... por ahora, ¿estás? sino dejarlos meterse, a ver si por fin se juntan, que sí se juntarán. Y entonces.....

—Y entonces, ¿qué?

—Pues... ellos allá entonces que pleiteen.





LA MOSCA DEL INFIERNO

I

Sale el 21 de enero, como reza la frase popular: —El 21 de enero sale la mosca del infierno— y es, aunque la comparación sea un tanto cuanto cortijera, algo así como la mosca llamada tábano que pica en ciertas épocas al ganado vacuno, haciéndole *cucar* desalentado por la llanura; sólo que el díptero invisible de que tratamos aquí, donde pica es en el buen humor de quien lo tiene, incendiando, a la gente maleante sobre todo, en deseos de jaleo y zambra, de retozo y de broma, a contar desde el mencionado día hasta que con sus seis pies y su zoquete, armada del bacalao y de la alcuza, apa-

rece la austera figura de la Cuaresma en el horizonte del almanaque.

Denominase así, pues, *el tiempo de la mosca*, allá por los pueblos del Aljarafe y del Condado, el intervalo que media entre el 21 de enero y el miércoles de Ceniza, caiga éste cuando caiga; y es época de inmunidad para toda suerte de desahogo, o como si dijéramos, de carta blanca para todo género de burlas y chanzonetas carnavales, sobre todo para una, a que suele ser muy dada la gente de por allá y que huele a costumbres medioevales a un tiro de ballesta.

Consiste este desahogo, que deja de ser chusco para ser cruel, en decir las cuatro verdades del barquero a cualquier hijo de vecino que lo merece y aun a quien no lo merece ni poco ni mucho: si se pica, porque es muy divertido oírlo desvergonzarse en desquite de los improperios que se le enderezaron; y si no se pica, porque al fin y a la postre, más tarde o más temprano, tendrá que picarse y hasta que banderillearse, so pena de tener alma de cántaro, sangre de chufas y oídos de mercader.

Llámase el tal deporte simplemente *lla-*

mar, y es una especie de cantaleta, como la que va a escribir mi pluma pecadora.

II

Es por la noche. La clara luna del mes de enero platea las fachadas de las casas y las enjabelgadas tapias de los corrales, proyectando diagonalmente sobre los blancos muros los desiguales batientes de las sombras de las tejas. En tal o cual esquina, o en tal o cual enerucijada, algún que otro farol alumbrá con titilante luz la cruz de hierro forjado, que costeó la piedad o los furibundos piques contra la gente del bando opuesto; y algún que otro tenducho, cafetín o taberna, si no lo es todo a la vez, deja escapar alegre y bullanguero un trapecio de luz, que corta el mal empedrado piso de la calle y se pinta deslumbrador y provocativo, en la pared de enfrente. Por lo demás, perdóneme uste por Dios de más alumbrado, pues a bien que nadie se echa a la calle, sobre todo de noche, a bordar el *lausi*, y dé usted gracias a Dios porque al fin hay luna, aunque le falte un rayo, como dice la copla,

vaya usted a buscar la razón que tendrá para ello:

A la luna de enero
le falta un rayo,
y a tí para ser mía
te falta un año.

Es por la noche, decíamos. En el campanario o torre de la iglesia (para el caso es igual) han sonado las Animas y rezádaslas todo el mundo con el mayor posible recogimiento.

Ha cenado todo bicho viviente, como Dios y San Cayetano bendito le ha dado a entender, y los novios, por no desmentir la copla:

Las Animas están dando
con abalorios:
Componerse, muchachas,
que viene el novio,

entran, un si es no es encogidos, en la cocina de sus futuros suegros, en demanda del sabroso rato de palique con su novia. Las hermanas de la interfecta, sin pava que pelar—y cuidado que yo no me meto en si lo sienten o dejan de sentirlo—ni ganas, por otra parte, de aburrirse junto a los tizones,

dejan a la buena de la madre «custodiando la caseta»; y, con permiso pedido o presunto, se arrebuja en el mantón y se tocan el pañuelo o la toquilla de estambre, y se van pián pianito a casa de tal amiga, que gusta de zumba y chasco, y que es materia dispuesta para cuanto es travesura y diablura.

Flotan en el ambiente húmedo y frío jirones de humo de hogares que no atinaron a entrar por el tragante de la chimenea, con lo que se desparramaron por la casa, saliéndose por la puerta de la calle tan guapamente, o el olor a aceite frito de alguna buñolada con que se está celebrando tal casorio, que se urdió en la cogida de la aceituna, pues

Cogiendo la aceituna
se hacen las bodas;
quien no va a la cogía
no se enamora.

Apenas si tropieza en el camino con alma viviente, pues el frío repliega hacia el interior, y el que está haciendo hace noches es para que se hielen las palabras en el aire...

Sólo algún que otro chiquillo que va

vendiendo piñones tostados, con pregón que parece un lamento, o el hermano de las Animas, que armado de resonante campanilla pide de puerta en puerta, son los que no se encuentran bajo techado; a no ser tal cual chiquilla que fué por el jornal del hermano o del padre, y va diciendo por el camino de la tienda para que no se le olvide: —¡Media panilla de aceite! ¡Un cuarto de vinagre! ¡Una perra gorda de garbanzos remojaos! ¡Un reá de morcilla y lo demás güertol!....

Han llegado las expedicionarias a la casa de la amiga. Vístese ésta en «traje de calle» y, acompañada de Menganita, casada joven, o de Señá Zutana, viuda entrada en años y de honradez proverbial, pues no es cosa que tres o cuatro niñas mocitas anden matando perros por ahí sin editor responsable, y, recatándose morunamente de cualquier transeunte con quien tropiezan, ora salvando fangales, ora *cogiendo liebres* (1) arriban a la casa, jaula de la pobre fiera a quien piensan agujonear con el acerado rejón de su sangrienta burla.

(1) Dando resbalones.

III

La casa es de un pelantrín que suele «abrir sus salones» a sus amigos, y que sentado patriarcalmente bajo la campana de la chimenea, tiene, como las grandes damas que reciben, «una palabra para todos», y que por lo mismo suele ver favorecida su tertulia, todas las noches, por lo más copetudo del lugar, que va a pasar la velada al calor de la lumbre.

Allí están, pues, tío Mondongo, nombre que se le ha asignado por lo desarrollado de su abdomen; tío Antonio Chilindrinas, a causa de las muchas que enjareta por dar esas pajas; tío Tragalindes, porque cada vez que ara su heredad la aumenta el pobre-cillo lo que puede; Portañuela, diminutivo del sobrenombre de su padre — tío Portación —; el cojo Engañalosas, porque al andar echa el pie media vara más acá de lo que hizo suponer el movimiento del remo lesionado, y finalmente, tío Diego Agallas, por ser desde muchacho de más que razonables tragaderas.

—Po sí—está diciendo éste, con el sombrero encasquetado hasta la nuca y la chivata entre las piernas, mientras pica con la navaja, de un palmo de andadura, infame tagarnina, restriega la picadura entre las manos, la vierte en el papel que sostuvo entre los labios durante la tarea, la lía como puede y se dispone a encender con humeante tizón que coge del hogar:—él me la ha precuraa en rostroventa, y lo que yo le he dicho: ¿No ves, arma de Dios, que eso va sé semenesté pasarlo po la poteca?...

Y resuena en la puerta de la calle sospechoso aldabonazo.

—¡Tío Francisco!—pregunta al amo de la casa una voz como de polichinela —¿Está ahí tío Diego?

Y como nadie le responda, prosigue, subiéndolo un punto el diapasón:

—¿Que si está ahí tío Diego Agallas?

Y al aludido se le demuda la color del rostro.

—Po si está ahí, échalo usted juera; que pa hablar con sinvergüenzas siempre hay tiempo.

—¡Ar primer tapón, zurrapa!—murmura el aludido, como queriendo echar a broma

la chanzoneta.—Po sí: la rostroventa es una cosa...

—¡Tío Francisco!—sigue la voz, con acompañamiento de aldabonazos. —¿Está ahí tío Diego, ese que tié más agallas que er pescao e San Rafaé? Po si está ahí ese judío, más farso que er arma e Júa, y con más caras que un medio armú, coja usté la escoba e ramas, y plántelo usté aonde cantan los empedraores.

—¡Ya escampa, y caían chuzos! vuelve a murmurar el piropeado, dispuesto a no entadarse... en cuanto sea posible, porque si no va a ser peor lo roto que lo descosido.

—¡Diego!... ¡Dieguito!!...

—¡Güeno! ¿Se queréis dir ya? replica el dueño de la casa con los peores modos para extremar la nota de hospitalario.—¡A ver si se largáis con viento fresco, si no queréis que le tire a ustés un cubo de agua que las ponga jechas una sopa, so sinvergonzonas.

—¡Caray! ¡Y que güen abogao defensó le ha salio a ese Diego... ¡Corriente sin trabuco! ¡Ladrón, más ladrón que Geta, capaz de sartá siete tapias con una burra ebajo er brazo!...

—¡Y alospué dicen que si se infaa uno!

—exclama el agredido.—¿Quién no se infaa con esta inquisición?

—¿Cuántas burras has robao deje feria e Manzanilla, so ladronazo? ¡Lástima e cabo Méndez que se fuera tan pronto! ¡Y que fué menúa la birma que te costó la paliza que te dieron los civiles cuando lo de los mulos de la Viúa!

—¡Señores! Esto pasa ya de castaño oscuro—dice el pobre llamado, poniéndose de pie y echando mano a la chivata, dispuesto a todo.

—¡Por Jesús el del Portá, señó Diego!—dice el ama de la casa, haciéndole sentarse nuevamente y desarmándolo—¡no se vaya usted a perdé por mó de cuatro sinvergonzonas que salen a chulearse con los hombres, an lugá de está en su casa jaciendo carceta! Por los clavos de Cristo, damusté la chivata.

—¡Diego!—vuelve a decir la voz cada vez más agresiva, más sarcástica—: ¿y qué? ¿estaba muy rica la asadura del cochino de San Antonio?...—Y la pregunta en cuestión apenas si tiene malicia.

Me explicaré. Cualquier vecino del pueblo dedica a San Antonio un lechoncillo,

al que hierra o señala convenientemente para que sea conocido por todo el vecindario. El animal, con el pueblo por jaula, anda por donde le place, aquí me entro y allí me salgo; y esta devota le da un poco de borujo con afrecho, y aquella un dornajado de calabaza, allí recoge un puñado de maíz y acullá se da un hartón de cáscaras de higos chumbos, con lo que vive mi hombre o mi cochino como un potentado, en una perdurable montanera.

Cuando, como a todo puerco de este mundo le llega su San Martín, el hermano mayor del Santo Paduano lo vende al que en más lo puja de todos los tablajeros del lugar, por lo que el Santo bendito se halla con una limosna muy decentita, sin apenas haber sido gravoso a nadie.

Pues señor: sucedió que cierto año el cochino votivo, por así decirlo, desapareció de esta vida miserable sin que se pudiese averiguar su paradero. Las sospechas de todo el pueblo, sin embargo, se clavaron en el pobre tío Diego Agallas, como las flechas de los soldados mauritanos en San Sebastián, y ya no tuvo necesidad de más el sin ventura: rara era la noche del tiempo

de la mosca en que no se le endilgaba la preguntita:

—¡Oye! ¿Estaba mu rica la asaúra del cochino de San Antonio?

.
—¡Que si estaba mu rica la asaúra del cochino de San Antonio!

—¡Cuiiin!..... ¡Cuiiin!.....—gruñían entre tanto *los coristas*, formando contrapunto a la voz cantante.

Y el pobre hombre sudaba tinta:

—¡Lástima, hombre, ¡que no hubiá tenio lobao, pa que hubiás reventao como un triquitraque!...

—¡Cuiiin!... ¡Cuiiin!...

—¿Y qué jace uno, Dios eterno? ¿Aguanta usté a pie firme esta recua de insurto, tos mentira, porque ¡er cochino en custión ni yo lo ví en mi pajolera vía, ni yo soy escapá de enconarme ni en la valía de un arfilé, o sale usté etrás é esas sinvergonzonas y les corta usté er pelo, pa que haiga una perdición?

—¿No te ha queao por una causaliá una mijita é morcilla pa un ejanao, o una tajaita é lomo pa llevarlo al Rocío?... ¡Anda, hombre, no seas tan estil; ya que entre tos lo

engordamos, quitándonolo de la boca como quien dice, justo es que tos disfrutemos de lo nuestro!...

—¡Cuiiinn!... ¡Cuiiinn!...

Y tío Diego no puede más. Levántase de la silla, cual si hubiera sentido en las posaderas un alfilerazo. Se desprende, con un par de brutales sacudidas, del dueño de la casa y de otro de los contertulios que intenta detenerlo. Atraviesa en un par de zancadas la cocina y en menos de otras dos el portal de la calle. Echa mano a la puerta, cerrada traidoramente por algún cómplice del interior, con lo que se desespera más y más. Rabia, babea, maldice, mientras descorre el cerrojo, atado, por más señas, al ojo de la llave, y cuando tras mil trabajos y veinticinco mil desesperaciones logra al fin abrir la puerta de par en par,

me asomé a la muralla,
respondió el aire:

la calle está más sola que la una de la noche y más callada que un cementerio.

Más callada que un cementerio he dicho, y he dicho mal; porque hacia el lado de arriba de la casa, y hacia el lado abajo; en

el corral de enfrente, y aun jurara el infeliz que dentro de la casa misma que a sus espaldas tiene, oye en desesperadora algarrabía, sin poder comprobar de dónde salen:

—¡Cuiiinn!...

—¡Cuiiinn!...

—¡Cuiiinn!...

—¡Cuiiinn!...

Y no se pega un tiro con un revólver, primero: porque no tiene revólver. Segundo: porque no le da la real gana de matarse.





LA VENTA DE LA BURRA

Metamórfosis no incluída entre las de Ovidio.

Cuento gitano

—Oigasté, prenda. ¿Está ahí er señó on Rafaé, anque mar pregunte?

—¿Qué?

—¿Que si está en casa er señó on Rafaé, por una causaliá?

—Armozando está: ¿por qué?

(Levantando la voz para que se percate de ello el interesado).—¡Pa que vea un ramillete é clavellinas, andando por sus pies! ¡La burra é la Juía a Egito, que viene a verlo en presona! De moo y manera que, si se quíé ajorrá la azuca pa er café, que se asome a la puerta!

(Paseándose por el zaguán.)—¡Juí! ¡Y qué ruchilla de prata filigraná!... ¡Si jasta pecao mortá me está paresiendo vendé un arma de Dios por dineros der mundo!... ¡De mí a Júas en esta ocasión, ni er canto é una peseta!... (Canturreando):

La Vigen va de camino
titita llena de moños,
y San José va delante
cojiendo ar Niño madroños.

Anda, ve, corre y díle a mi Graviela
que voy a la jerrería:
que no llore ni tenga pena,
que güervo mañana de día,
¡Que vy a fabricar... ¡canela!!

—Conque, vamos a ver, hombre; vamos a ver ese portento de burra.

—¿Lo dise usté en guasa? Po jásesse usté cuenta que ya me estoy najando con ella, pa ponerla en un morumento. Misté: sabe de tó. De leé... de resá... de ajustá cuentas é memoria... ¡Con desirle asté que no borda al lausi porque otavía no he poío mercarle un marcaó!...

—Bueno: ¿y qué pides por ella?

—Misté: veintisinco napoleones, que se disen de una vez, me han estao metiendo

por los ojos ayer tarde por ella en la feria é la Parma, y que mar rayo me parta si no es verdá. Y lo que yo le dije ar compraó: ¿veintisinco salibasos por... la diosa de Venu en carne mortá?... ¡Si no le miento a usté la madre porque tengo a gala ser bien jablao! Y va y me dise, dijo: Usté ispanse, compare: un mar paso cualisquiera lo da, y ar mejón paño le cae la mejón mancha: ahora que estoy viendo espasio el arfilé de pecho que tiene usté de la jáquima, comprendo que he vorcao la pileta. Ahora veo que es mu poco, pero mu repoquísimo, no digo veintisinco napoleones, sino titita la prata del Perú, jecha duros colunarios. ¡Jasta las lágrimas se le sartaron, de pena que le entró!...

Alospué llegó otro, ofresiéndome de güenas a primeras cuarenta duros. Y a ese, ni le contesté... ¿Está usté sordo, amigo?... ¡Lo que estoy es inritao de oí en er mundo alevantá farsos testimonios! ¿No es un farso testimonio desí que una niña mosita es... ¡vaya! una cualisquiera, y andá quitándole su való? ¡Po eso es ofrecé menos e mir reales por el lucero de la mañana, encantao en una burra!

Alospué llegó otro. Y a éste ya le jablé claro. Y le digo, dígole: Misté: esta burra, aunque usté la ve libre ar paresé, es lo mismo que una mujé cuando se ha tomao los dichos con un hombre. Esta burra está comprometía con un señó de mi pueblo, don Rafaé Arcántara, que es el amo de titito er Condao. Ese señó, pa que usté se entere, la quié tené en su cuadra, na más que pa cuando vaya ar pueblo el arsobispo, que vea un animalito con vocasión de monja. ¿No me está usté ofresiendo por ella el oro y el moro? Po a don Rafaé Arcántara se la doy yo por una conviá. Yo sé que está esaviao, endeje que un mal arma le robó pa la Vigen de Agosto una burra pelicana como un sol, que yo le había vendío, y lo que toca ésta, ésta es pa él, manque me la pesaran a diamantes.

Conque amos a vé, señó on Rafaé, si jamosos negosio: que la suerte no está pa quien la busca, sino pa quien la encuentra... ¿Ve usté? la edá en la boca. Seis años no cumplíos. Ya er que viene, a confesá... Po verá usté qué andares los que me gasta... ¡Amos, hija e mi arma! ¡Arremanga esos cuartos lanteros y luse ese garbo de

reina en sirimonia!... ¡Que se armarea uno, señó on Rafaé, de un paso tan sereno!... ¡Como en un corchón e plumas! ¿Que se güerva?... ¡Se güerve como una mala mujé, anque en mala comparasión! .. ¿Que se pare?... ¡Se para, más pará que un sesante!... ¡Que eche a andá?... ¡Pos avante, y echa són que me pierdo!... ¡Un artomovi! (Pasea un rato).

¡Vaya que no sabe usté lo que estaba pensando?... Po no vendérsela ya, ni ar Preste Juan de las Indias, que estuviera de antojos... De moo y manera, señó on Rafaé, que no hay na en er trato. Quié desí que me las piro ponde mesmito vine, que de sabios es muar de pareceres. Quéé usté con Dio. (Hace como que se va; pero se para y vuelve.)

Por más que no señó. Los probes no podemos tené un gusto en er mundo... ¡Semos mu desgraciaos, señó on Rafaé! (Rompiendo a llorar.)

¡Tiene uno los ojos puestos en una prenda como esta, y la tiene que largá cuantito se la precuran!... (Llora a moco tendido.)

(Serenándose un poco, y limpiándose las lágrimas con el revés de las manos.) Er

mar camino, señó on Rafaé, andarlo pronto; damusté lo que quiera por ella, y la ganga que había de ser pa otro, que sea pa usté... ¡Cuarenta duros, y no jablemos más! Quien no se anroja, la mar no pasa.

—¿¿Cuarenta duros??

—O treinta y nueve y medio o lo que sea razón... ¿Está bien en treinta y ocho, pa que se convenza usté de que quiero servirlo?

—¿¿Treinta y ocho machacantes por ese escarabajo??...

—U treinta y siete: lo mesmo da. Quié desí que me jaré cuenta de que han subío la séula e vesindá. ¡Pajoleros gobiernos que de tó sacan jastillas! Conque ande usté ya por ellos, que me están jasiendo farta pa dí a feria e San Migué, a ve si me repongo de esta sangría. No rebaje usté ni un séntimo, ¿estasté? ¡Misté que en llegando a Flande, no hay más Flande!

—La cosa es que no me gusta... ¡Tiene el pelo tan negro!.

—¿Y cómo quié usté que lo tenga, si ese es er suyo?... ¿Pueo yo tenerlo rubio, siendo cañí, ni usté tenerlo cano, con veintisinco o treinta años que tendrá usté a tó

reventá? Po pa que vea usté lo que son las cosas. A mí me gustan más las burras pelinegras que las pardas. Jasta la copla lo dice:

Lo moreno lo hiso Dios,
lo blanco lo hiso un pratero.

¿No era parda la otra que le robaron a usté?... Po esta de ahora va a ser negra, y en la variación consiste er gusto.

—Pero si pides un disparate. Si lo que vale esa burra a todo tirar será... unos quince duros, digo, napoleones...

—No me jaga usté reí,
que tengo er labio partío.

¿Quinse napoleones la fló de la maravilla?... Eso es queré una Girarda por lo que vale una maja pa el armiré, o er palacio e San Termo por lo que vale un tinglao pa un puesto e calentitos. ¡Ponse usté en razón, ponse usté en rasón! o diga usté de una vez que no quié usté la burra, y no piérdamos er tiempo en pamplinas pa canarios... ¿Dá usté los treinta y tres duros, la edá e Cristo?

—Quince, y ni un perro más, y eso porque ya he empeñado mi palabra.

—¿De moo que no quise cuarenta en la feria e la Parma, y tiene usté való pa ofrermeme ni la mitá? Usté ispense si lo he jecho alevantarse de la mesa pa muar de aires. Pa viajes como este, no se nesesitan arfojas. ¡Abur y hasta la vista! (A la burra, echándole el brazo por encima) ¡Vámonos, madre!

(Canturreando.)

Por querer a una morena
estoy perdiendo er sentío;
lo mejón será orviarla,
y lo perdío, perdío...

Y a propósito de pérdias, señó on Rafaé: a arriero perdío, atajarres e sea. ¿Quea en los veintisínco, y un Padrenuestro ar santo que le ha traío a usté a su casa un premio gordo a la lotería, sin meté?

—Los quince, y punto en boca.

—Los diecinueve siquiera, que es el número e San José.

—Los quince, y gracias.

—Espérase usté que tome resuello. Ma queao engollipao con la oferta. Y me va a entrá jasta jipo. (Pausa). Conque quince, ¿no es verdá usté?... Y de ahí, ni un ocha-vo moruno ni pa er Pastó... Güeno; po usté no llevará a mal que yo me tome tiem-

po pa pensarlo... La cosa, como usté comprenderá, no es un güevo que se echa a freí, y contá con mil y pico de reales, y encontrarse con quince duros na más, es lo mismo que en mitá de un chaparrón contá con un paragua y encontrarse na más que con las varillas... (Gran pausa.)

¡De modo que quince duros, por la luna de enero!... Quince duros pelaos y mondaos por la torre der Babé, jecha de carne humana!... Quince duros cochinos, por... er sabio Salomón venío a menos!... ¿Cuándo se suisidia uno, Dios eterno?... (Grandísima pausa.)

¿A que no sabe usté lo que estoy pensando, señó on Rafaé?

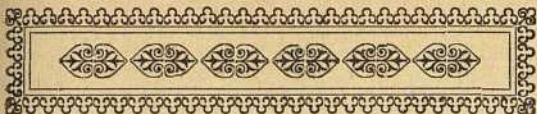
—Tú dirás.

—Que, como lo siga pensando, me voy a arrepentí. Damusté lo quince duros, y que no lo chanele ni el aire, porque esto es un escrérito.

—Voy por ellos; espera.

(Mientras don Rafael hace mutis por el foro.)

—¡Si supíás tú, gaché, que la burra que te he vendío es la misma que te choré pa la Vigen de Agosto, na más que te la he pintao con nogalina...!



LAS PRIMERAS CADENAS

Y en el mismo tiempo el rey Herodes envió tropas para maltratar a algunos de la Iglesia.—Y mató a cuchillo a Jacob hermano de Juan.—Y viendo que hacía placer a los Judíos, pasó también a prender a Pedro. Eran entonces los días de los Azimos. Y habiéndole hecho prender, lo puso en la cárcel, y lo dió a guardar a cuatro piquetes de a cuatro soldados cada uno, queriendo sacarle al pueblo después de la Pascua. Y mientras Pedro era así guardado en la cárcel, la Iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él. Mas cuando Herodes lo había de sacar, aquella misma noche, estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, aherrojado con dos cadenas: y los guardias estaban delante de la puerta, guardando la

cárcel.—Y he aquí que sobrevino un Angel del Señor y resplandeció lumbré en aquel lugar: y tocando a Pedro en el lado, lo despertó y le dijo: Levántate pronto. Y cayeron las cadenas de sus manos.—Y el Angel le dijo: cíñete y calzate tus sandalias. Y lo hizo así. Y le dijo: échate encima tu ropa y sígueme.—Y salió y le iba siguiendo: y no sabía que fuese verdad lo que hacía el Angel: sino que pensaba que él veía visión.—Y pasando la primera y segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que va a la Ciudad, la que se les abrió de suyo. Y habiendo salido, pasaron una calle: y luego se apartó de él el Angel.—Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: ahora sí verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel y me ha librado de mano de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los Judíos.—Y considerando esto, fué a casa de María, la madre de Juan, que tenía por sobrenombre Marcos, en donde estaban muchos congregados y orando.—Y tocando a la puerta del patio, una muchacha llamada Rode salió a escuchar.—Y luego que conoció la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corrió den-

tro y dió nuevas de que Pedro estaba a la puerta.—Y ellos le dijeron: tú estás loca. Pero ella afirmaba que sí era. Y ellos decían: Su Angel es.—Entretanto Pedro continuaba llamando. Y habiéndole abierto, lo vieron y quedaron pasmados.—Y como él les hiciera señal con la mano para que callasen, les contó el modo como el Señor le había sacado de la cárcel y les dijo: haced saber esto a Jacob y a los hermanos.

Del libro de los Hechos de los Apóstoles, desde el versículo primero al diecisiete inclusive, a excepción del último inciso, del capítulo XII.

I

—¡Triste herencia, Simón, la que nos legó el Maestro! Seréis aborrecidos de todo el mundo por causa de mi nombre. Jacob el de Zebedeo, el hermano de Juan, acaba de ser decapitado por Herodes Agrippa... Aun palpitan, como quien dice, los miembros de Esteban; aun su sangre, arrancada a pedradas de la cantera de su carne, humea en las afueras de la Ciudad pidiendo a Dios venganza como en las afueras del

paraíso la de Abel, y ya hoy otra sangre inocente vertida por odio al Maestro. A este paso, Jerusalén va a tener que trocar su nombre de Sión por el que puso la Sinagoga al campo del Altarero comprado para sepultura de peregrinos con el dinero de Judas Iscariote: campo de sangre: ¡Hacéldama!... ¡Vaya una herencia la que nos legó el Maestro!

—Considera, Efraín, que no ha de ser el discípulo de mejor condición que el maestro, ni el siervo que el señor. Justo es que si a él lo persiguieron hasta matarlo, nos persigan también a nosotros. Jacob el Boanerges no ha heeho otra cosa al morir que beber el cáliz que se ofreció a beber... Aun me parece que estoy oyendo el diálogo.—¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?—Podemos.—Pues ciertamente beberéis mi cáliz.—Veremos cuándo me toca a mí seguir al Crucificado. Tú me seguirás—dijo.—Y sus palabras no pasarán aunque pasen los cielos y la tierra.

—¡Y lo dices con esa serenidad!

—Apercibido y aparejado estoy a ir por él a la cárcel y a la muerte. El que no tome su cruz y le siga no es digno de él.

—Pues anda con ojo avizor, que te la tiene jurada el Sanedrín. El Idumeo, como buen cobarde, gusta de la populachería y es muy buena manera el echarte mano para congraciarse con el pueblo.

II

—¿Adónde irá esta mujer, tan desatentada...

—¡Huye por Dios!

—¿Huir?...

—Huir, sí! ¡y ahora mismo! ¡A mi casa de Betania, que es lo que está más cerca! En la puerta de la Ciudad te espera Lázarro con dos caballerías para que os pongáis a salvo antes de sexta. Allí está Marta, que te cuidará como al Maestro.

—Pero ¿por qué huir, María?

—Porque Herodes ha prometido al Sanedrín que no se pondrá el sol de hoy, día de los Azimos, sin haberte prendido para entregarte al pueblo en cuanto pase la Pascua. Me lo acaba de decir Joana la de Kus, cuyo marido ha estado de guardia ayer en el tetrarcado, y hemos convenido entre las

dos que yo venga a decírtelo para que huyas. María Cleofás quería que te fueses con ellos a Emaús; pero Betania es más seguro. Lo que importa es que huyas sin desaprovechar instante... ¡Huye por Dios!

—¿Huir?... ¿Pero tú sabes lo que estás diciendo?

—Lo que dijo el Maestro. ¿No os dejó dicho:—cuando os persigan en una Ciudad huid a otra?... Mira, Simón, que tú no eres ya tú. Tú eres Pedro, el pastor de las ovejas, la piedra fundamental de todo el edificio. ¡Huye por Dios!...

—Mira, María: hartó me ha hecho llorar en este mundo la cobardía sin nombre que me hizo negar al Maestro en el atrio de la casa de Anás... ¡y negarlo tres veces!... ¡tres veces, Magdala!!... ¡y en la noche sacrosanta de su pasión!... (Llora) (Gran pausa) para venirme ahora con otra nueva ingratitud, con otra apostasía. No quieras, puesto que me llamas pastor, que porque veo venir el lobo abandone las ovejas y me dé a huir. Eso lo hace el mercenario, pero es porque las ovejas no le pertenecen... El buen pastor da la vida por sus ovejas.

—Tienes razón. No huyas. El Maestro

tampoco huyó.—Confiad: yo vencí al mundo—dijo: y lo venció muriendo... ¡Murriendo, Pedro, por tí... por mí... por todos!... Muere por él, como él murió por nosotros... y en una cruz... y con sed en la boca... y con la amargura de hiel y de mirra en el paladar... sin tener parte sana desde los pies a la cabeza como el varón de dolores de Isaías y el ánima sumida en el más negro y más grande de los abandonos... —¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿por qué me has desamparado?—Cada vez que recuerdo estas palabras de su agonía, créete, Cefas, que me vuelvo loca. (Llora.) (Gran pausa.) Así, pues, no lo abandones tú. No huyas... Muere por él... ¡Ojalá me fuera dado a mí derramar por su amor toda la sangre de mis venas, como vertí a sus pies las lágrimas de mis ojos y el perfume de nardo líquido de mis esencieros de alabastro. Perdona si, pusilánime como mujer, te aconsejé que huyeras. Amor por los intereses del Maestro fué lo que me movió a venir.

—Pues nada: vete en paz y dí a Joana, y a María la de Cleofás, y a cuantos sientan flaquear su fé, que confíen en las promesas del Maestro. Yo moriré más tarde o

más temprano, porque tengo que morir; pero las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.

III

—Ojo con él; ojo con él! ¿estamos? No se repita aquí lo de la sepultura de su Maestro: que la cercamos de guardias, y de guardias de los de mayor confianza para el Sanedrín, y se quedaron dormidos como troncos los muy bergantes y vinieron los discípulos a media noche y robaron el cuerpo, para propalar la superchería que aún perdura de que había resucitado. Así pues, mucho ojo con él y con los alrededores de la cárcel... Es mala gente. ¡Con decirte que matarlos es prestar un obsequio a Dios!...

Que todas las precauciones te parezcan pocas. Mira que son astutos como serpientes y seductores como el espíritu de las tinieblas... ¿Tú no conocías a Saulo el de Tarso, fariseo él y perseguidor de esa canalla hasta ofrecerse a ir a Damasco con cartas de la Sinagoga para traerse presos a Jerusalén a cuantos hombres y mujeres

hallase por allí de los prosélitos de la nueva secta? Pues ahí lo tienes; vuelto lo de dentro afuera en un abrir y cerrar de ojos, saliendo a viaje por día y a disputa por hora, predicando donde se terciaba y donde no se terciaba que el crucificado es Dios. ¡Dios un crucificado! ¿No es verdad que es un escándalo?

—¡Una locura!

—Pues bien: con esta gente es con quien tenemos que habérmolas... No te vayan a seducir a tí, como han seducido al tarsense... ¡Que se trata nada menos que del que ejerce entre ellos de caporal!... ¡hasta le llaman Cefas!

—Pues mayores precauciones que las que se han tomado, es imposible, Rabbí. Dos cadenas. Dos cadenas nada menos y dos soldados con él dentro del calabozo. Añade a esto cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno para que custodien la puerta de la cárcel, amén de todos esos cerrojos, y de todas esas aldabas, y este manojo de llaves que no me descuelgo del cinto ni por Cástor y Pólux. Puedes irte tranquilo, Rabbí. Yo te respondo con mi cabeza.

—Pues a ver si te cuesta la torta un pan.

—Como no se filtre por las puertas cerradas como dicen que hacía su maestro...

—No sueltes tú las llaves ni te las arranque la fuerza o el soborno, y riete tú de filtraciones de cuerpos de carne y huesos a través de los muros. Hechicerías hacen y encantamientos manejan. Pero aquí no cabe otro que sobornarte a tí.

—Pues lo que toca este Can Cervero no gusta de tortas aliñadas con adormideras. No temas que le roben a Proserpina.

—Bien: así me place oírte. Incircunciso y todo, eres un hombre que sabe cumplir con su deber. Toma, para que agasajes a los soldados, que la noche es larga... No diréis los hijos de la Loba que nos manejamos con tacañería los sacerdotes de Israel.

—¡Por Baco! que sois pródigos como el cuerno de Ceres.

—¿Díceslo con chungas?

—¡Por Venus! que lo he dicho con toda verdad.

—Pues adiós, y ¡ajo al preso!

—Los de Argos me parecerán pocos, para corresponder a tu largueza.

IV

—Qué es esto, varones Israelitas? ¿Entregarse a las lágrimas como mujeres y aturdirse y sobrecogerse y amilanarse, porque haya arreciado un poco la persecución?... ¿Cuándo hemos tenido días más bonancibles? Desde la resurrección del Maestro ¿hemos gozado, por ventura, ni de una hora de reposo?

Bien nos lo inculcó él en su buena nueva: —Donde yo esté allí estará mi servidor.— Si él fué prendido por Pilato, no es mucho que Cefas lo haya sido por Herodes. El reino de los cielos padece violencia y solo los valientes lo alcanzan. Lejos, pues, de la Iglesia el temor.

Aunque Pedro llegase a morir de esta hecha, la Iglesia no moriría. Pedro que es hoy el fundamento de la Iglesia, no es el fundamento fuera del cual nadie puede poner otro. La piedra fundamental, la piedra que menospreciaron los edificadores y que ha sido puesta en la cabeza del ángulo, es

Jesús Nazareno que no puede morir. Jesús resucitado de entre los muertos, ya no muere: la muerte no volverá a dominarlo ya nunca jamás.—Yo estaré con vosotros—nos dijo—todos los días, hasta la consumación de los siglos.

Aquí está, pues, entre nosotros. En él vivimos; en él nos movemos; en él estamos. Estando él con nosotros, todo lo podemos en él.

¿Que arrecia la tormenta?... Clamemos a él como cuando dormía en la barquilla en la noche de la tempestad:—Sálvanos, Señor, que perecemos.—Y se puso de pie en la barquilla, imperó al mar y al viento y vino calma grande.

Clamemos a él sin intermisión, mientras Pedro esté encarcelado; pero para que se cumpla en todo y por todos su voluntad. A orar de día y de noche, hasta entrar en agonía y sudar sangre, como él la sudó en el huerto de los olivos:—Padre mío, que se cumpla tu voluntad.—El nos dió el ejemplo y hasta nos dictó las palabras. Digamos, de rodillas, como oraba él.

—Padre nuestro, que estás en los cielos santificado sea tu nombre. Venga tu reino

a nosotros. Hágase tu voluntad, como en los cielos, así en la tierra.

—Hágase tu voluntad como en los cielos así en la tierra.

V

—Y el preso ¿qué?

Que no será la primera zorra que habrá desollado. Ese debe de haber rodado mucho por cárceles y calabozos, cuando está entre las cadenas como entre las guirnaldas de un festín de los dioses. Lo que yo le decía a Tiburcio cuando hace un rato lo veíamos dormir a pierna suelta y le oíamos roncar tan quitado de cuidados: o es un estóico, a quien las ruinas del universo herirían impávido, o tendrá para su capote que va a recaer sobre él el indulto de la pascua. Porque él come cuando se le introduce el condumio, con un apetito que ni el del cuervo de Prometeo, y si es dormir sobre las húmedas losas del calabozo, como si estuviera en un triclinio de plumas de ruiseñores. ¡Por Venus! que ni le inquietan los cuidados ni tiene a menoscabo de su

honra el encarcelamiento. Tiene que ser a la fuerza uno de esos seres degradados y envilecidos que con tal de comer sin trabajar, aunque sea bazofia, y dormir a destajo, aunque sea en el suelo, le parecen de rosas de Chipre entretejidas las cadenas. Tiburcio está hasta irritado con semejante desvergüenza.

—Pues verás tú, Cuadrato, mañana a estas horas a dónde ha ido a parar toda esa sangre fría. No quisiera yo hallarme en su pellejo. No sabe ese cómo las gasta Herodes, ni la rapacidad de los gatos que lo acechan en la ratonera. Buena gente hay en el Sinedrio para que se lo dejen escapar de sus uñas una vez caído en la trampa. Más valiera que tanta circuncisión en donde no hace falta para nada, (ya tú ves nosotros) la tuvieran en el corazón. ¡Gente más sin entrañas!

—Pues, ave, Porcio, que me retorno al calabozo con el preso, que ya estará diciendo Tiburcio que me enredo como las zarzas...

—Sí; la consigna que se nos ha dado: siempre las dos cadenas y dos números con él. Ya mañana, sin preso que custodiar, sacrificaremos libremente a Baco y a Morfeo.

VI

Vosotros lo matásteis y Dios lo hizo resucitar de entre los muertos. Nosotros somos sus testigos en Judea, en Samaria y hasta los últimos confines de la tierra.

.

Ni oro ni plata tengo. Pero una cosa que tengo te la voy a dar. En nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda.

.

No es justo que dejemos la palabra de Dios y que sirvamos a las mesas. Escoged, pues, hermanos, de entre vosotros, siete varones de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de Sabiduría a los cuales encargaremos de esta obra.

.

¿Adónde iremos, Señor? Tienes palabras de vida eterna.

.

¡Tu dinero sea contigo en perdición! Tú has creído que lo que es dón de Dios se compra con dinero... ¡Haz penitencia de tu pecado!

.

¡Tabita! ¡Levántate!... Ea: ahí la tenéis ya viva...

Lo que dijo el profeta David refiriéndose a su prevaricación:—Sea su habitación desierta y recoja otro su episcopado. No: yo no escojo entre Matías y Barsabás. Que lo decida la suerte. Señor; tú que conoces el corazón de todos, manifiesta el que eliges.

Partos y Medos, Elamitas y Mesopotamios, habitantes de la Judea y de la Capadocia, del Ponto y del Asia, de Frigia y de Pamfilia, del Egipto y de la Libia que linda con Cirene, Romanos advenedizos, Judíos y Prosélitos, Cretenses y Arabes... no: no estamos borrachos como creéis ¿quién ha visto a nadie borracho a la hora de tercia? Esto es lo que fué dicho por el profeta Joel:—Yo derramaré mi Espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños.

Unos que Elías, otros que Jeremías, otros

que Juan Bautista. ¿Que quién decimos nosotros que eres tú?... ¡Tú eres el Cristo!... el hijo de Dios vivo...

Dí, Safira ¿por qué os habéis concertado para tentar al Espíritu Santo? No habéis mentido a los hombres, sino a Dios. Hé ahí a la puerta los pies de los que han enterrado a tu marido, que también te enterrarán a tí.

.

Bueno es, Señor, permanecer aquí... Tus vestiduras son como la nieve... tu rostro resplandece como el sol... En verdad eres tú la luz del mundo... ¡Que me ciegas con tanta luz!... Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo... luz... luz... ¿Qué?... ¿quién me sacude?...

—¡Levántate pronto!

—Pero... Si no puedo abrir los ojos con tanta luz.

—Cíñete. Cálzate las sandalias... Envuélvete en la chilaba... Sígueme.

VII

—Pero esto ¿qué es?... ¿Realidad o visión? ¿Dormía, y me he despertado, o esta-

ba en vigilia y me he dado a soñar?... Las cadenas... ¿pero dónde están las cadenas?... Desprendido se han de mis manos y disipándose como de humo... o, si en realidad las tengo puestas, yo no las siento... ¡A ver?... Nada: que no hay señal de tales cadenas... Es decir, señales sí: en las muñecas y en los tobillos... ¡Cosa más peregrina...

Y nada: que no puedo dejar de andar... Una fuerza irresistible tira de mí... y me filtro por el muro de la cárcel como el rayo de sol por el cristal... y... paso por la primera custodia y no me ven... llego delante de la segunda y no me sienten... y no: no es que estén dormidos... Hablan, ríen, los oigo... Atravieso por entre ellos a causa de la estrechura del corredor hasta... ¡vamos! hasta olerles el aliento, que por más señas trasciende a vino, y no: tampoco: tampoco se han percatado de mi paso...

¡Justo! ¡la puerta de hierro que lleva a la Ciudad!... ¡Pues veremos ahora!... ¡Abriéndose de por sí, de par en par... y tornando a cerrarse por sí misma: no bien hemos pasado...? ¿Pero esto qué es? ¿Sueño?... ¿Delirio?... Pero si yo estoy despierto, ¿cómo puedo soñar?... Cuando soñaba era en la cárcel... Ahora...

Nada: una calle de la Ciudad... ¡La casa de Ananías y Sáfira!... ¡La corralada de la casa de Gamaliel!... ¡Las estrellas del firmamento!... ¡El ruido del torrente Cedrón, con la crecida de las aguas del equinoccio de primavera!... ¡Las bocanadas de aire, oliendo a flores del mes de Nisán!... ¿No es verdad, compañero... Pero... ¿dónde se ha metido ese hombre? ¡a ver!... ¡Compañero! ¡Compañeroooo!... ¡nada! ¡que no parece!

¡Si seguiré soñando!... ¡Que no sueño, ea!... Yo ando: ¿ves?.. Yo me detengo a mi sabor... ¿Lo ves? ¡Parado!... Yo torno a andar... yo me toco... yo me aprieto la faja... yo me restrego los ojos... ¡Que estoy despierto, vaya! ¡Que cuando dormía a pierna suelta era en la cárcel, pero ahora no!

Y el compañero, sin parecer... Y... ¡tate! La puerta del atrio de la casa de María la madre de Juan, a quien llamamos Marcos para distinguirlo del Boannerges.... ¡Compañero!... ¡Compañeroooo!...

Pues nada: yo, despierto, en plena libertad, y ese hombre o lo que quiera que sea, sin parecer ni vivo ni muerto por ninguna parte, es que verdaderamente el Señor ha enviado su ángel y me ha libertado de la

mano de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos.

VIII

—Señor: Pedro está en la cárcel y tu Iglesia maltratada y afligida... ¡Sálvanos, Señor, que perecemos! Pero hágase tu voluntad como en los cielos así en la tierra!

—Hágase tu voluntad como en los cielos así en la tierra.

—¡Señor! no hieras al Pastor, para que no se dispersen las ovejas. Pero hágase tu voluntad como en los cielos, así en la tierra.

—¡Hágase tu voluntad como en los cielos así en la tierra!

—¡Señor, que nos digiste pedid y se os dará, llamad y se os abrirá! Salva a Pedro de las manos de Herodes como lo salvaste de las aguas del mar. Pero no se haga, Señor, como yo quiero, sino como quieres tú.

—¡La paz sea en esta casa!

—Hágase tu voluntad como en los cielos, así en la tierra.

- ¡¡La paz sea en esta casa!!
—Parece que han llamado...
—Y... ¿pero quién podrá ser?
—¡¡¡La paz sea en esta casa!!!
—¿Será la gente de Herodes, que...
—Anda a ver si es algún hermano que viene a la oración...
—¿Quién es?
—La paz sea contigo.
—Y con su espíritu.
—Pero ¿no abres?
—¿Y se puede saber quién es el peregrino y qué quiere a estas horas?
—¿No me conoces, Rhode?
—¡Ay sí!.. ¡Pedro, Cefas!...

IX

- ¡Signo!.. ¡Signo!... ¡Portento!... Pedro es el que está a la puerta... Yo vengo mala... Ay...
—Tu estás loca, muchacha. ¿Pedro a la puerta?
—¡Pedro a la puerta!
—Será su ángel.
—¡Será su ángel, pero con la misma voz! ¿No la oís?

- ¡La paz sea en esta casa!
—Pues es verdad.
—Sí... Cefas, Pedro.
—¿No lo decía yo?
—¿Pero no le has abierto?
—¡Con la alegría no me acordé!
—Pues anda, corre...
—Que vengan unos pocos conmigo, que me da miedo. ¡Que no voy sola!
—Vamos con ella.

X

- La paz sea con vosotros.
—Y con tu espíritu.
—Pero ¿qué es esto...
—Pero ¿quién te ha...
—¿Cómo...
—¿Cuándo...
—Pues nada: que el Señor me ha enviado su ángel y aquí estoy entre vosotros.
—¡Poder de la oración!
—¡Signo! ¡Portento!
—¿Será fantasma?
—¿Qué fantasma ni fantasma? Miralo, tó-

calo... ¿No es verdad, Cefas, que...

—Callad y sosegaos, y anúnciese cuanto antes todo esto a Jacob y a los hermanos.

XI

—¿Era, o no era? Cuando digo yo una cosa...

(Telón rápido)





INDICE

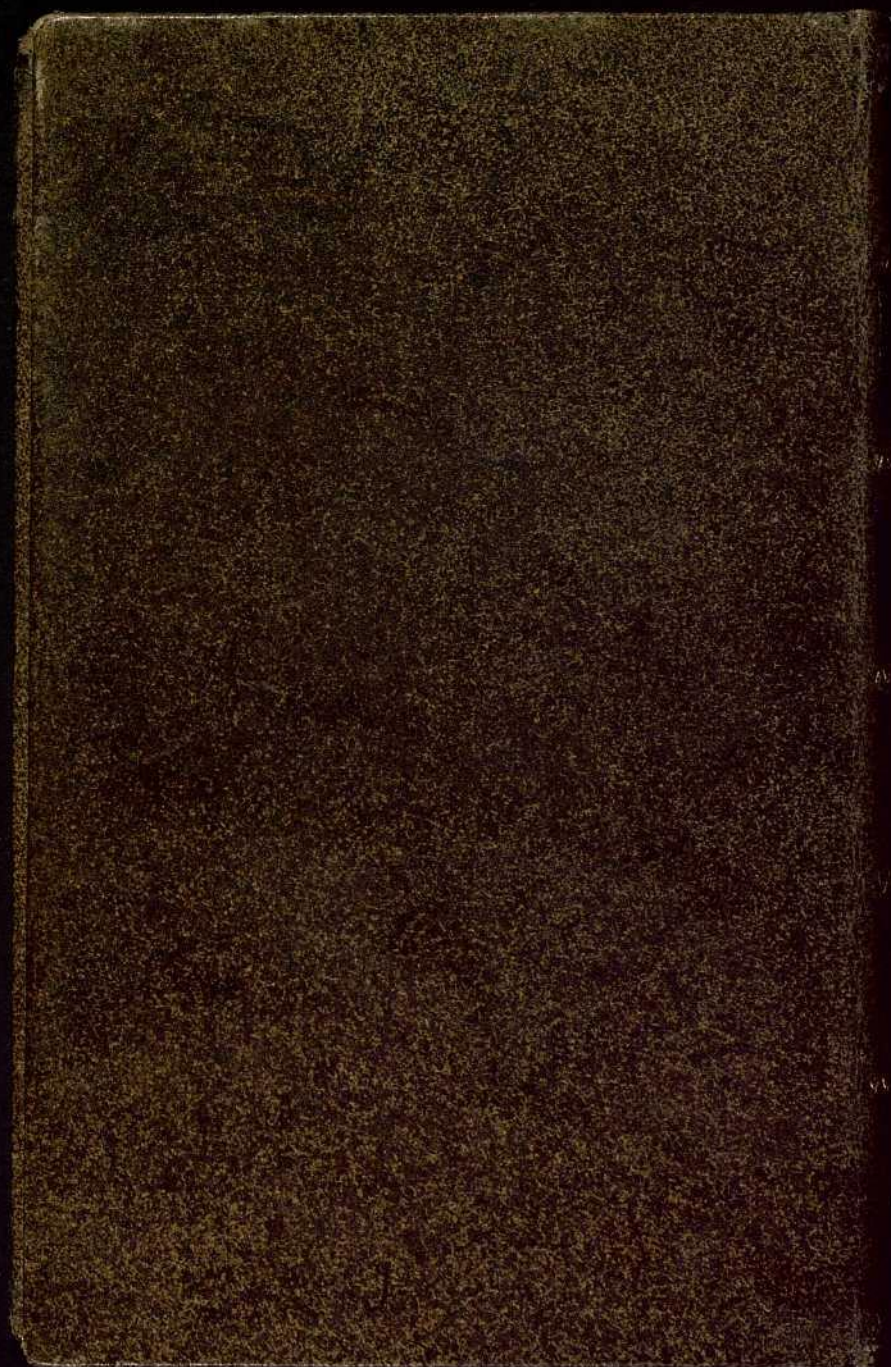


Páginas

AL SR. D. MIGUEL DE QUESADA Y DÉNIS .	5
Metemuertos	7
El miserere del Conde.	37
El tirabuzón	61
El concepto del delito.	91
El traje blanco	101
El ave fénix	127
El lienzo de la Verónica	143
El beso de la perfidia	149
Envidar el resto	161
Obrad bien, que Dios es Dios	169
El final de «Lágrimas».	179
«Serventur mores»	187
El monólogo del corcho	195
El Almendralejo	205
La mosca del infierno	215
La venta de la burra	229
Las primeras cadenas	239







JUAN F. MUÑOZ

Y PABÓN

DE GUANTE

BLANCO

FAN
XX
610